

PARADOJAS DEL DESTINO

Ramón
Bucarito





Paradojas del destino

Ramón Bucarito Henríquez

Ramón Bucarito
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2022.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9798802274958

Diseño de la portada:
Luis Perozo Cervantes

Corrección:
Álvaro D'Marco

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultanadellago.com
+584246723597

Salvo lo dispuesto en los artículos 43 y 44 de la Ley sobre el Derecho de Autor, queda prohibida la reproducción o comunicación, total o parcial de este libro, siendo que cualquier individuo u organización que incurriere en la conducta impropia señalada, podrá ser perseguido penalmente conforme a lo establecido por los artículos del 119 al 124 eiusdem, constitutivos éstos del Título VII de la aludida ley y sin perjuicio de las responsabilidades civiles a las que pudiera haber lugar.

Capítulo I

Edecia, la de la matriz amargada

Me cuenta mamá Edecia que un tres de julio el majestuoso Orinoco tuvo una crecida bestial, y sin compasión alguna arrasó con el caserío El platanal. El insólito y torrencioso caudal del río en su desbordamiento parecía un endemoniado mientras arrancaba árboles, destrozaba ranchos como que si fueran juguetes, arrastraba a la gente ocasionando infinidad de muertes y una terrible devastación del pueblo.

Esto marcó un hito, ya que fue una verdadera catástrofe de la que solo tres personas sobrevivieron: Edecia Parabaviré, con apenas cinco añitos, —nacida y criada en El platanal— y Ana Coromoto Expósito, una señora preñada desde hacía siete meses y medio, quien al ver que la madre de Edecia fuera golpeada en la cabeza por un tronco de madera y la niña se le desprendiera de los brazos, quedando inmersa en aquellos borbollones de agua; ella, consciente de que si no la ayudaba también moriría ahogada como la madre, desesperadamente logró asirla por los cabellos enrollándoselos en su mano derecha, y la arrastró luchando contra las aguas embravecidas mientras la conminaba a rezar, pero la niña Edecia no le obedecía porque por el impacto emocional perdió el habla.

La preñada no se amilanó y a gritos pedía a Dios que las salvara. Él la escuchó, porque el río que parecía un monstruo desquiciado las lanzó a las ramas más altas de una enorme ceiba. Allí se guarecieron, mientras la embarazada continuaba pidiéndole al Supremo a todo pulmón que las salvara. Los gritos de Ana Coromoto hacían ecos que penetraban el espacio, las montañas y lo que se le atravesara. Vociferaba cada vez con más fuerza, ya que la única esperanza para salvar sus vidas era que alguien la escuchara.

Transcurridas unas ocho horas, Edecia continuaba muda y Ana Coromoto estaba casi sin fuerzas para seguir pidiendo ayuda, pues, la poca que le quedaba la gastó pariendo, y a pesar de su experiencia por haber tenido ocho partos anteriores,

desesperada por la emoción que la embargaba, no coordinaba lo que tenía que hacer, y le rogaba a la niña Edecia que le aguantara a la recién nacida mientras ella anudaba el cordón umbilical, el que previamente cortó con sus propios dientes. Para colmo, la placenta, adherida a un útero viejo de poca fuerza para contraerse, se negaba a desprenderse. Ella sabía que al no poder expulsarla corría el riesgo de desangrarse y morir, y consecuentemente también las dos indefensas niñas. Ya era de madrugada, cuando el ruido del motor de una lancha de la Guardia Nacional hizo que Ana Coromoto gritara a todo pulmón:

— ¡Ayuuuúdeenos, Ayuuuúdeenos, por favor!

Con sus potentes focos de luz amarillenta iluminando aquella semioscuridad, los guardias las divisaron e inmediatamente se orillaron a socorrerlas. Tuvieron que usar mecates de nylon y una escalera para el rescate, porque en el lapso de espera el río bajó su nivel de agua considerablemente y ellas quedaron en lo alto de la ceiba, cuyo tronco estaba todo escarapelado por tantos objetos que el río arrastró y se estrellaron contra él. Aún hoy día, el ruido de un motor de lancha para Edecia es más agradable que cualquier melodía, por muy dulce y armoniosa que esta sea, porque eso fue lo que escuchó cuando llevaban catorce horas esperando la muerte en lo alto del árbol.

La sobrevivencia de estos tres seres fue reseñada por todos los medios de comunicación, resaltando a la niña de cinco años que había atendido un parto, lo que produjo mucha algarabía, ya que se pensaba que nadie había sobrevivido a la inundación. A los guardias nacionales que intervinieron en el rescate se les dio reconocimiento público y sus respectivos ascensos. Las tres náufragas permanecieron en un refugio que las autoridades crearon especialmente para ellas, hasta que le aparecieran familiares; lo que a la vez era una especie de aislamiento, porque después de la inundación, por la cantidad de cadáveres que quedaron dispersas a lo largo de las márgenes del río, en los habitantes de caseríos aledaños se desencadenaron todas las enfermedades típicas de estas catástrofes.

Diez días después del desastre se presentaron los abuelos de Edecia, que se enteraron casualmente a través de un noticiero de radio que la niña había sobrevivido, a retirarla del refugio. Ellos dijeron y demostraron con documentos legalmente registrados su parentesco, además que ella, sin poder hablar aún, pudo reconocerlos. La llevaron al pueblo de San Juan, donde ellos eran dueños del único sarrapial de la región, de manera que vivían más o menos bien. Allí continuó viviendo su infancia con el apodo de La parterita, llevando a cuestas la historia de la niña que atendió un parto a los cinco años, cuando el río Orinoco se llevó el caserío El platanal, y por el susto de pensar que moriría había quedado muda.

Aunque siempre las recordaba, Edecia, nunca más en su vida supo de Ana Coromoto y de su niña, parecía como que se las hubiese tragado la tierra.

A los pocos años de vivir en el pueblo con sus abuelos comenzó a esbozar frases bajo un fuerte tartamudeo, auspiciado su progreso en el lenguaje por el empeño que ellos pusieron para que recuperara el habla. Recibió la típica crianza que dan la mayoría de los abuelos: con una gran sobreprotección. Era una niña físicamente muy bien dotada, por lo nutrida que estaba, y la única que le podía sacar a su abuelo Etanislao un poco de ternura, porque en el pueblo decían que él era un verdugo, que rayaba en la locura; sus perturbaciones llegaban a tal extremo que, algunas veces por nimiedades y otras por capricho y necesidad de saciar sus instintos, mataba a latigazos a los peones de su hacienda; aunque legalmente nunca le sucedía nada al acusar a las cascabeles, a los Anopheles y a las peleas entre los propios peones de ocasionar dichas muertes. Edecia se quedó analfabeta, aunque la inscribieron cinco veces en las dos escuelitas que había en el pueblo terminaban rechazándola porque no aprendía, no se le entendía lo que hablaba, por eso la llamaban: Lengua e trapo. Ese fue su apodo hasta los doce años cuando, habiéndose vuelto una mujerona que había copiado el carácter del abuelo, se hizo respetar y se acabó el mote.

A ella le quedó el gusanillo de atender un nuevo parto. A los catorce años le llegó la oportunidad y socorrió a una vecina

llamada Chelina, quien, a pesar de las pocas dotes femeninas que la naturaleza le dio, era muy coqueta con los hombres, lo que le acarreó su primer embarazo cuando apenas contaba trece años. Creían que era gemelar, porque estaba rechoncha e hinchada hasta más no poder. Luego de ese parto quedaba preñada de quien se le antojara; además, tenía un lunar cerca de la comisura derecha de la boca a través del cual muchos admiradores quedaron prendados, pero con el tiempo le fue creciendo la nariz y achatándosele más de lo que la tenía; igualmente las caderas que ya eran anchas después de cada embarazo se le ensanchaban cada vez más, por lo que fue adquiriendo el aspecto de bruja. No se sabe si por fortuna padecía toxoplasmosis, por lo que tuvo cinco abortos y cinco partos de los que los niños salieron vivos y sanos; todos de diferentes padres. Ella fue la escuela de Edecia como comadrona, porque siempre le tocó atenderla, hasta en los abortos; y fue tan mal agradecida que ni siquiera la puso de madrina de uno de sus niños producto de tantos partos que le atendió. A los diecinueve años Edecia era conocida como la comadrona más famosa de San Juan y sus alrededores, y dicho por ella misma: “No so dotor poque Dio me quitó e habla mu teprano pa que no lo fuera”. Frecuentemente, decía que se casaría con un galeno, porque cuerpo le sobraba —era escultural—, que tendría ocho hijos: cuatro hembras y cuatro varones, y que todos serían médicos. Lamentablemente, su sueño se disipaba en una cuesta arriba, porque San Juan era un pueblo de tantas carencias que ni siquiera tenía un médico. La gente que se enfermaba tenía que buscar ayuda en la ciudad de Los Barrancos o irse a la capital.

Un día cualquiera apareció un hombre muy elegante, blanco, alto, de bigotes bien acabados, lenguaje acartonado y vestimenta llamativa; del que solo se sabía que estaba encargado del proyecto de construcción de la medicatura del pueblo, que venía de la capital y se llamaba José Agustín. A este galán le dio por seducir a Edecia, con el cuento de que “fue un flechazo de amor a primera vista”. Se enamoró de su estatura y de su maravilloso cuerpo; porque por lo demás, era una mujer de carácter fuerte, tartamuda, de facciones gruesas, ojos

grandes y brotados; y como complemento del idilio, a ella le encantaron los ojos de José Agustín. Además, él le pareció lo más aproximado a un médico, que era con lo que ella soñaba para su casamiento.

Por el aprecio que la gente le tenía la alertaron de que ese tal José Agustín no era un hombre de fiar, pues, los que apenas comenzaban a conocer su vida decían “que era un lince, que tenía muchas marranerías”. Fue una relación muy intensa que duró muy poco, porque apenas a los dos meses de noviazgo dejó de ver la menstruación. A ella todo se le vino a menos de un solo tirón, pues, cuando José Agustín supo que estaba embarazada, que se le puso tosca, gruñona y fue perdiendo paulatinamente su cintura de avispa negó que ese hijo fuera de él, y desapareció sin consideración alguna. A los tres meses y medio cuando la barriga se le notaba, ya no era tan activa, poco a poco se volvió una mujer aislada, que solo se le veía en la calle cuando salía a visitar a un enfermo, a hacer compras o a atender un parto; con esto último se ayudaba muchísimo, porque si bien nunca cobró, recibía regalos en dinero, insumos para su manutención y agradecimientos; que, de paso, le ayudaba más que la venta de dulces y de semillas de sarrapia, que eran sus otros pilares de sustentación económica.

De todas estas cosas que mamá Edecia me contaba, era enfática cuando me decía que yo nací una madrugada como a las tres y cuarto; nadie la ayudó, ni siquiera había un centro de salud a donde asistir; aunque ella estaba preparada para atenderse su parto, este vino a dificultarle la vida desmedidamente, lo que soportaba con estoicismo, porque era sola y vivía con muchas limitaciones.

Esta contingencia le produjo un estado de aflicción que la hizo odiar a los hombres, lo que vino a reforzarle su personalidad dionisiaca y, para colmo y resguardo de mi maldición, nací físicamente idéntico a mi padre: blanquito, peludito, de nariz respingada y con los mismos ojos de él. Entonces ella tuvo en lo más profundo de su fuero interno confusión en el amor que me tenía; porque mi padre se fue, pero seguía presente a través de mi persona. Sin embargo, de su ambivalencia del afecto predominó la cara de sobreprotección. Así tomó ella su revés.

Esa herida que ese hombre le produjo estaba destinada a no cicatrizar, eternamente sentiría ese dolor, y toda su vida por allí sangraría odio; con esa sanguaza que de su alma manaba me embadurnaría desde antes de mi nacimiento, atapuzando mi mente y mi cuerpecito de odio y más odio, hasta que no me cupiera más, y me puso el nombre de Etanislao, como se llamaba mi bisabuelo, que fue un ominoso ser; no dejando dudas de que en su inconsciente sus rencores no solo eran más importantes que yo, el niño que ella permitió engendrar en su matriz amargada, sino que vivió solo para llevar a cabo sus monstruosos planes, y para eso me tenía en sus manos, para que en lo que yo naciera y en mi crianza inculcarme la necesidad de su venganza; que podía hacer de mí lo que quisiera, a sabiendas de que yo era un niño inteligente, que venía huérfano de otros favores porque la vida me los negaba en todo momento. Esto le creaba mucha confusión, y a la vez de querer hacerme fuerte para la venganza, en realidad me hacía pasivo y dependiente de ella. Era como su meñique izquierdo que solo hacía lo que su voluntad quisiera.

De manera que mi desdicha comienza antes de mi nacimiento, por la madre y el padre que el destino me asigno, además de vivir amparado por la pobreza en un miserable pueblo, con ese nombre y único apellido que tengo que llevar a cuestas: Etanislao Parabaviré; y que conste que yo no hago este relato porque mi maestro Hogilling me obligó a ello, ya que ni siquiera lo conocía cuando comencé a escribir el diario de mi vida, lo hago por una fuerte necesidad que nace de mi interior de contar mi desdicha, que ya no soporto más, para así, quizá, aliviar un poco mis penas, que son tantas que resultan infinitas. De los sentimientos traumáticos que albergaba en mi pecho y en mi alma cuando apenas era un imberbe, nunca sabré cuál me hizo más daño: los distorsionados mensajes y el odio de los que me impregnó mi madre en su profunda ignorancia y sed de venganza hacia mi padre, la intensa desesperación por superar tantas frustraciones y llegar a ser alguien importante en la vida o la desdichada noche aciaga que pasé en Los Barrancos en el primer intento de separarme de mi madre.

Toda la sobreprotección que mi madre me dio le creó el te-

mor de que algún día cuando me fuera a estudiar a la ciudad, ahogado en tentaciones propias del medio urbano y la falta de su presencia me llevaran al fracaso; porque por intuición y lo que había oído, sabía que la mayoría de los jóvenes del medio rural y de la provincia cuando iban a las grandes ciudades, si no llegaban con objetivos claros y preparados para enfrentarse a la vida citadina estaban destinados al fracaso. De manera que ella se empeñó en crearme un mundo interior donde todo girara alrededor de los estudios, privándome de todo esbozo de vida social y de sentimientos hacia otra persona que no fuera ella y solo ella, para que la urbe no me *tragara* con sus incitaciones. Lo que sí tengo claro es que mi existencia se convirtió en una deleznable y catastrófica lucha sin fin, que hizo de mi vida un solo tormento.

Lo del padecimiento de los nervios vino con mi nacimiento, quizá por todo lo que ella sufrió, porque el muérmano de mi padre la abandonó estando embarazada, con el mísero argumento de que “ella ya no era el monumento de cuando él la conoció, y que ese hijo no era de él”; desapareciendo sin un adiós siquiera, haciéndonos llorar por muchos años, primero de dolor moral y por lo económico, después de odio; el que se cimentó en mí en un continuo poco a poco. De manera que esto no era del todo nuevo, sino que yo ya venía predispuesto a la inestabilidad emocional.

Eso ella lo repetía frecuentemente, mordiendo la rabia, con esa intensa sed de venganza que la cuidaba más que a mí mismo, porque quería mantenerla vivita para ese día que, en su rodada y con las vueltas que da la vida, él —el que me engendró— apareciera arruinado a querer pedir perdón así como así, para disfrutar de mis logros, que eran los de ella, no así de él; restregarle sus genes y su derrota en todo su cuerpo para que aunque tarde supiera que con una mujer de su temperamento no se juega, y menos con los sentimientos del niño que se desarrollaba en su vientre, no tanto por ella que siempre se supo defender sola, sino por nuestro honor y por mí, quien como todo niño necesitaba del amor del padre y del apoyo económico. Eso lo sé y lo tengo muy claro, porque aquella vez en que nos ahogábamos en carencias y se me ocurrió decir: “mamá

Edecia, ¿por qué no buscamos a mi papá para que nos ayude?”, ella estalló en un ovillo de llanto y maldiciones, sin tomar en cuenta que yo era un niño muy sensible, que fácilmente podía traumatizarme, sin darme otra opción y estando yo allí presenciando toda su expresión de dolor y de rencor, para que, precisamente, yo la escuchara y sus emociones se grabaran en mi frágil mentecita, para contaminarme bien temprano y cada vez más de su amargura, gritó:

— ¡Pefiero que no muramo ate que ese madito vuelva a pisa mi casa, y apreda de una ve po toda que pa nosotros é se murió, y sí no se muere de muete naturá: uté tiene la misiód de matalo, me ecuchó..., de matalo...!

—Entonces que no venga nunca si es como usted dice —fue lo único que se me ocurrió decir; quedando espantado por la misión que me acababa de asignar.

Después de exponerme a todo este rencor, en un desespero de mi psiquis por protegerme, mis emociones progresivamente se transformaron en conductas reprochables. Todo fue más difícil, porque ellas se volvieron culpas y rabia que si alguna vez se desvanecieron yo no me enteré, o creo que nunca desaparecieron, sino que se revirtieron sobre mí bajo un estado enfermizo sublimado.

Desde que yo cumplí cuatro años de edad andaba con mi madre de parto en parto; me sentía orgulloso de llevar el maletín con todos los utensilios de una partera. El último parto al que le acompañé, y creo que el último que ella atendió —ya yo tenía diez años—, recuerdo que ella se vio obligada a explicarme lo que pasó, porque para mí fue desquiciante. Sucedió que fue a atender a una mujer primípara que llevaba más de doce horas pariendo, tenía nueve meses de embarazo y desarrolló una buena barriga, por lo que debía de ser un parto normal. Cuando ella le hizo el tacto vaginal se encontró con algo raro... Quedó totalmente confundida, no sabía si el niño venía de cabeza o de nalgas, y eso era grave. Ella agotó toda su vasta experiencia. Lo último que hizo fue montársele en la barriga para ayudar a la parturienta y al útero exhausto a que expulsara al niño, sin lograr su objetivo.

Afortunadamente, hacía dos meses que había llegado un mé-

dico joven a San Juan, y, en vista de que el parto no se producía, ella optó por pedirle ayuda. Él tuvo una conducta muy profesional y después de examinar a la paciente le dijo que ese feto era un anencefálico —no tenía cabeza—, que generalmente eran muy pesados, podían llegar a pesar cinco kilos o más, y como no tenía posibilidad de sobrevivir había que trasladarla a la medicatura, porque para salvar a la madre tenían que descuartizar al niño a medida que lo fuera expulsando, y eso había que hacerlo en la sala de partos.

El descuartizamiento se hizo en mi presencia, debido a que con el apuro se les olvidó que yo andaba pegado de la falda de mamá. Fue un acto extremadamente cruel: vi cómo el niño se retorció cada vez que le amputaban partes de su cuerpo como única forma de extraerlo por la vagina. Desde esa vez ella dejó de atender partos y yo de decir que iba a ser médico. Después de esto, a ella le dio por aumentar la venta de semillas de sarrapia, y el negocio de los dulces se incrementó en la localidad. Ambos eran la base económica de nuestra exigua subsistencia.

El patio de la casa donde yo me crie —propiedad de mi bisabuelo— que cualquier provinciano recordaría con anhelo y nostalgia como su sitio de diversión, su parque privado, donde jugó con tierra, se montó en los árboles, corrió libremente, lamentablemente para mí no fue así; más bien, era un sarripial tenebroso y engendrador de traumas, del que me cuenta mamá que cuando su abuela murió de vieja, su abuelo a los tres días se ahorcó en la ceiba que estaba al inicio del patio. Él no estaba bien de la cabeza, porque a los Parabaviré ya a los sesenta años les atacaba una especie de demencia. Por eso, ella consideraba que ese lugar era peligroso porque de noche se veían luces, sombras tenebrosas que pasaban, se oían llantos y gente gritando; como quiera que el único baño de la casa quedaba al lado de esa ceiba, ella me obligaba hacer mis necesidades fisiológicas temprano, en la tardecita, para que no saliera al patio en la noche cuando se producían todos esos fenómenos, a conciencia de que yo era un niño nervioso. Esto fue otra de las causas que me perfiló como un ser que se fue llenando de temores, por lo que era *terreno abonado* para más adelante tener las crisis de ansiedad que inclementemen-

te se fueron apoderando de todo mi ser, presentándose bajo diversas modalidades de trastornos que en el curso del tiempo se fueron haciendo cada vez más complicados.

Esas propiedades de mi bisabuelo, aun habiéndome criado allí hasta mi pubertad, solo llegué a conocerles en una mínima parte, por la inmensidad de hectáreas de extensión que tenían, donde no había arbustos, todos eran árboles selváticos: ceibas, merecures, cauchos brasileiros, ... sarrapios —éstos últimos eran los que más abundaban—. Dicen que cuando la hacienda tuvo su mayor auge, dos veces al año se recogía la cosecha de sarrapia para sacarle la semilla y enviarla a Francia en barcos que navegaban por el Orinoco. Allá las compraban por *quintales* para hacer los mejores perfumes de la época. Durante la zafra moría mucha gente por mordidas de serpientes, el paludismo era un azote, había muchos casos de neumonía agravados por la desnutrición, la alta humedad y lo imbricado de la selva donde los peones dormían en chinchorros, y, además, estaban aquellos a los que mi bisabuelo mataba por capricho o banalidades.

En la adolescencia vencí el miedo e iba al patio en las noches a ocultas de mamá Edecia, a calmar mi efervescente lujuria pensando en el cuerpo de ella, a quien le dio por dormir a mi lado con poca ropa, para que no pensara en ninguna joven que me atrajera. Fue en una de esas noches cuando descubrí que parte de las luces que se veían en el patio las producía la señora Chelina —la vecina inmediata a nuestra casa— que se metía en el sarrapial con su hijo menor, el que quedó con ella después que los otros se fueran a las minas y que en esa época no era mocho. Salían con una linterna y veneno de matar bachacos que hacían ciudades subterráneas en las tierras amarillejas del sarrapial, llenas de ovillos de grotescas raíces y abundantes hojas que les servían a esos animalitos para alimentarse, y no conformes con eso se iban al huerto de esa vecina y le destruían sus siembras, las que ella cuidaba con mucho amor porque eran parte importante de su sostén económico. El problema era que ella usaba un veneno tan poderoso que no solo mataba a los bachacos, sino que también secaba los gigantescos árboles de nuestro terreno. Esto

constituía motivo de enfrentamientos con mi mamá, quien todavía vendía unos pocos sacos de semillas de sarrapia que ayudaban a nuestro sustento.

Toda nuestra existencia fue un solo batallar, la vida nos tejó una andanada de vicisitudes agravadas por la *desgracia* de un sino común teñido por la fatalidad. Tradiciones que para la gente común son enardecedoras de sentimientos agradables, como las fiestas decembrinas por ejemplo, en un hogar lleno de carencias como el de nosotros, con mamá luchando para convencerme de que eso del Niño Jesús y la cena navideña era algo inútil —costumbres que ella aparentaba no compartir, pretendiendo ocultar nuestros ínfimos recursos—, que los días pasaban rápido y luego todo continuaba igual. Yo terminaba obedeciéndola ciegamente, y tragándome la frustración. Una de esas navidades, a escasas horas para la Nochebuena, un grupo de jóvenes que estaban de vacaciones se acercó a la casa de la vecina; yo conocía a cuatro de ellos, todos muy bien vestidos, de ropa nueva, hasta los zapatos. A pesar de sus ojos inyectados por la parranda que comenzaron tres días antes, sus miradas eran vanidosas y dignas de admirar; solapados en un sentimiento de superioridad por el hecho de tener dinero, con la cuenta perdida de los frascos de ron que se habían tomado, por lo que se sentían muy hombres. Iban a esa casa porque allí expendían cervezas, cigarrillos, comida rápida y se realizaban tertulias muy familiares; además de que la señora Chelina le sabía la vida a todo el mundo en el pueblo, y eso era un señuelo para sus clientes. Se las sabía porque, aparte de todos los chismes que allí se producían, ella era averiguadora de la vida de la gente, y tenía la mala costumbre de que cuando algún cliente se embriagaba y ella necesitaba alguna información en particular, lo sentaba en una poltrona sumamente cómoda, le daba un menjunje y le realizaba un interrogatorio para que le hablara de sus cuitas, de sus conflictos, de su familia y de todo lo que a ella le interesara.

Yo observaba desde el patio de mi casa a los jóvenes ocultándome detrás del tronco de un árbol de ceiba centenario; desde allí me deslicé hasta el terreno de la vecina para detallarlos más de cerca y entender lo que conversaban en su

lenguaje farfullante. Hacía dos años que ellos trabajaban en las minas de hierro, y hablaban solamente de sus supervisores, de las guardias, de carajitas y del dinero que ganaban. Me ocultaba porque me avergonzaba que me vieran con la ropa de siempre: vieja y roída. Regresé a mi casa deslizándome por el suelo, escupiendo parte de la rabia que ya no cabía ni una gota más en mi cuerpo. En tono no habitual, considerando el respeto y el miedo que le tenía, llamé a mamá Edecia desde la sala de la casa y le espeté:

— ¡Mamá, hasta cuándo usted me trata como a un niño!, ¡vea cómo andan todos esos muchachos bien vestidos, con dinero y yo aquí perdiendo el tiempo! ¡Apenas comience el mes de enero, me voy para las minas!

Ella, sin entender lo que sucedía ni afuera ni dentro de mí y tratando de controlar mi rebeldía, quiso persuadirme:

— ¡Uté no se va pa ninguna patel!, ¡ya e u bachillé y tiene que sé dotor! Así que deje de etá ivetado vaina, copiándose de uno tarajallo, solamete pa decí que carga dinero en el bosillo pa dásela de hobre ate de tiepo y mañana mimo no siva pa ná.

Me le rebelé, y exaltado le expresé:

— ¡Entonces me voy sin su permiso..., porque ya estoy cansado de ser un mantenido, con el cuento de que debo ser un doctor, sabiendo que esa es una carrera muy larga y cuesta mucho dinero!... —pensé ser insolente, pero ella con su mirada me controlaba.

—Cuidao como uté me dice una grosería ¡carajo!, poque aquí única que puede decí grosería so yo, nojoda, y dije, ¡uté no se va y no se va... ¡

No tuve Navidad ni Año Nuevo; todo el tiempo estuve encerrado, alterado, insistiendo en irme a trabajar a las minas. Hasta que ella tuvo un cambio inexplicable:

—... Uté no puede ise como u loco, como que no me tuviera a mí, eperese que hable co su padrino Wecelao y verá que to sale bie.

A mi padrino Wenceslao lo recordaba con agrado y mucha nitidez, por su alta y llamativa estatura, su voz grave, diente de oro y sombrero pelo e guamo, desde aquella vez en que nos visitaron él y su esposa, a la que no recuerdo

bien, pese a que ambos estuvieron tres días en el pueblo haciendo compras y vendiendo tabaco. Tenía yo exactamente ocho años de edad.

Mientras orgullosa me acariciaba el pelo al sentir que, siendo apenas un púber, tenía suficiente coraje para tomar decisiones, y si era capaz de rebelarme contra ella, eso me garantizaba un futuro exitoso, porque al yo creer que la vencía, ya nadie en la vida impediría que lograra lo que al final ella deseaba que yo fuera: un doctor importante, que más nunca pasara penurias, que nadie me humillara y de vencer cualquier obstáculo que se interpusiera en el camino hacia mis metas.

No sabía cómo, pero mi intuición me decía que algo sucedería para ella evitar que mi desespero por trabajar en las minas se hiciera realidad; algo tramaría para que yo volviera manso al seno de sus predios. Me dejó ir porque sabía que yo era muy dependiente de ella y estaba segura de que en lo mediano cambiaría de opinión, porque al extrañarla no soportaría. Ya ella había ganado disputas más difíciles, como en la ocasión en que se percató que yo estaba enamorado de una compañera de estudios en el liceo, y en su ignorancia y desespero por evitar que desviara mis fuerzas y mi tiempo hacia otros objetivos que no fueran los académicos, le dio por hablarme mal de las mujeres y de los riesgos que implicaba enamorarse. Y más allá de eso, en una ocasión me enteré de que en una visita que hizo la joven a mi casa, en mi ausencia, para congraciarse con ella, con descaro le dijo que era muy pobre y muy poco para mí, que me dejara tranquilo, poniendo como ejemplo cómo mi padre nos abandonó, por ella estar de loca enamorándose de él; y que si insistía en su empeño estaba destinada a que le sucediera lo mismo, porque esa forma de ser de mi papá yo la llevaba en la sangre, y al final la echó diciéndole que se olvidara de mí, que yo estaba muy joven para andar de novias, que no la quería volver a ver en su casa. Cuando la muchacha me lo contó, estaba destrozada.

Conmigo, para rematar, agregó otro tipo de trabajo persuasivo, porque mi madre no sabía leer, pero para manipulaciones le sobraba inteligencia; y me puso a escoger entre su persona y esa muchacha, a conciencia de que yo era muy dependiente

de ella en todo. Luego de esto, no conforme con lo que me había hecho, le dio por salir del baño y entrar al cuarto común de los dos en ropa íntima. En una ocasión se lo dije y fue peor, porque con ese cuerpo escultural que tenía, le dio por salir del baño como Dios la trajo al mundo, y con una toalla pequeñita se secaba en mi presencia y se tendía en la cama boca abajo, yo me moría de los nervios porque estaba en el pleno furor de la adolescencia. Después de todo esto, mi vida sexual de autosatisfacción giró alrededor de esas imágenes de mamá Edecia; siempre saciaba mis necesidades pensando en ese cuerpo, para después sentir que había cometido un pecado, lo que me producía mucha culpa. Y ella sin conciencia de que podía causarme un inmenso daño que acabaría de una vez con todas sus esperanzas, y cada vez me convenzo más de que sí me lo causó; lo que sucede es que son tantos traumas que no sé diferenciar entre ese y otros cuál fue el que me afectó más y posteriormente me enfermó.

En los primeros días de enero del año siguiente, mamá contactó a sus compadres Wenceslao e Indelesa y les habló acerca de mi decisión. Ellos vivían en una ciudad llamada Los Barrancos, aldeaña a las minas de hierro. Nunca antes había salido solo de mi casa, y menos a un lugar tan distante. Lo que me daba más valor para tal decisión era imaginarme trabajando en las minas, y en diciembre con ropa nueva, dinero, a lo mejor hasta con carro; pero no solo para mí, sino, que quería tener dinero para ella, a quien consideraba como una reina que todo se lo merecía, porque para eso a bastantes privaciones se había sometido por mí.

En una bolsa plástica —ella, intencionalmente— solo metió como equipaje una *muda* de ropa, de la poca que tenía, y mi diccionario de toda la vida. El viaje fue por la carretera vieja, debido a que en la nueva se había derrumbado uno de los puentes. Parecía que nunca llegaría porque aunque salimos tempranito por la mañana, rodamos tanto que nos tomó la tarde. Estaba sorprendido ante una carretera tan larga que, a medida que miraba a lo lejos, se estrechaba hasta a un punto donde parecía que se unía al cielo.

Al fin la carretera se terminó en una explayada de arena fina

y blanquecina que se sumergía en el majestuoso Orinoco. La muchedumbre que esperaba para ser trasladada hasta Los Barrancos mostraba inquietud ante el retardo de la chalana. Cuando nos embarcamos, yo pensé que se hundiría con tanto peso, porque la sentía desvencijada y jadeante. Al anochecer se atisbaba la ciudad que por la cantidad de luces que comenzaban a encenderse parecía bastante grande. A medida que la chalana avanzaba también se veía el barullo de gente, carros y camionetas que se movían en la semioscuridad, esperando para venir al lado opuesto. La travesía fue un enfrentamiento de colosos, el Majestuoso en su bravosía queriendo voltear la chalana, y ella rugiendo sus vetustos motores como dragones, segura de no dejarse vencer. Era impresionante, los no acostumbrados contemplábamos temerosos el encuentro, y los expertos en el viaje conversaban sobre cualquier cosa.

Cuando nos acercábamos al malecón se avizoraba ansioso mi padrino Wenceslao, con su impresionante estatura que destacaba del grupo de gente, la que exageraba con su sempiterno compañero: su sombrero pelo e guamo. Intermitentemente dejaba ver su brillante diente de oro detrás de su inescrutable sonrisa y en una permanente inquietud. Atracamos. Mi padrino Wenceslao se barajustó hacia mí y me arropó fuertemente con su cuerpo; yo sentí en su pecho la alegría de recibirme, sobre todo cuando, sin soltar mis manos, me retiró a lo que daban sus largos y fuertes brazos para verme de arriba abajo. Yo, conmovido, lo sentía como un padre.

— ¡Bendición, padrino! —le dije emocionado, sin poder soltar mis manos de las de él, para besárselas como debía ser: cruzando los brazos en actitud de sumisión, respeto y religiosidad.

— ¡Dios me lo bendiga, palo de hombre! —me respondió con su grave voz, arrastrándome con un brazo sobre mis hombros.

Mi padrino estaba orgulloso de mí; no así de sus hijos que eran unas sanguijuelas que ni estudiaron ni quisieron trabajar. Él estaba al tanto de mi decisión, la que a su vez concordaba con su manera de ver la vida; por eso me admiraba más que antes. Me llevó hasta su camioneta Ford negra, vieja, destaralada, llena de láminas de zinc deterioradas, bultos de cazabe

y tabaco en rollo en la parte de atrás, la de carga. Mi padrino podía tener mucho dinero, pero trabajaba todos los días, en lo que fuera, como que si no tenía ni para comer. Apurado, tiraba de mi brazo como si el tiempo fuese a acabarse.

El arribo a su casa, en el barrio Roble Adentro, fue en cosa de minutos; donde Indelesa —su esposa— nos aguardaba con una succulenta cena. Él comía y tragaba sin masticar y sin atragantarse, pese a que hablaba sin cesar. En tres o cuatro minutos lo devoró todo; yo apenas comenzaba a despedazar la carne. Transcurrirían dos minutos de haber terminado la cena cuando mi padrino, todo azaroso, me tomó de la mano para dirigirnos hacia la casa donde yo dormiría —la de doña Matuca, madre de él—, que quedaba en la misma calle principal del pueblo, a unos doscientos metros de donde nos encontrábamos.

Con la noche empoderada de la urbe; mientras caminábamos pensaba que debía recogerme temprano por varios motivos: el cansancio producido por el viaje, tenía que levantarme a las cinco de la mañana para lo del trabajo en las minas y porque, según me dijo mi padrino mientras comíamos, había racionamiento de corriente eléctrica y a las ocho *cortaban la luz*. Repentinamente se apagaron las luces, inmediatamente mi padrino sacó una linterna, y mientras alumbraba tenuemente la acera me alertaba que mirara bien porque esta era irregular y podía tropezar. Simultáneamente al apagón los equipos eléctricos cesaron sus ruidos, a continuación se produjo una sensación de paz y tranquilidad, a pesar de que el chirrido de los artefactos continuaba en mis oídos muriéndose poco a poco; silencio que fue aprovechado por los ruidos propios de la noche para agudizarse: voces estertorosas, toses con eco, bostezos, pisadas ruidosas, pjar de pájaros que peleaban por pernoctar en frondosos árboles del centro de la ciudad.

A poca distancia de la casa de Matuca estaba la única bodega que en ese trayecto permanecía abierta a esas horas; donde algunos adultos compraban, más que todo cigarrillos y velas. En los marcos de las tres altas puertas de la bodega colgaban lámparas de aceite encendidas que iluminaban el área, cuyas flameantes ráfagas de luz movidas por la brisa de la noche proyectaban sus reflejos hacia la calle como filosas lanzas

amarillentas entrecruzándose en continuo movimiento, dando la sensación que se peleaban entre ellas endemoniadamente por disipar la oscuridad.

Al fin llegamos a la casa de doña Matuca. Frente a la puerta principal nos esperaban los hermanos y algunos amigos de mi padrino. Unos en sillas de cuero recostados contra la pared y otros agachados, casi todos fumando cigarrillos formaban un óvalo. Después de las ¡buenas noches!, mi padrino me presentó:

— ¡Miren, este es mi ahijado Etanislao!, viene de San Juan, y con apenas quince años ya es bachiller de la República. ¡Quiere trabajar en las minas!

Sentí que lo dijo con arrogancia; yo me solapé en mi orgullo ante lo que tomé como una alabanza, porque se trataba, para ese momento, de la industria más importante del país, después de la petrolera.

Uno de ellos intervino en la inmediatez para opinar:

—Qué buena decisión; ahí está el futuro de nuestra nación. Todos nosotros trabajamos allá. ¿Y por qué no se queda a conversar un rato antes de acostarse?, dicen que los sanjuaneros son muy dicharacheros.

Mi padrino me preguntó:

— ¿Ahijado, quiere quedarse un rato conversando antes de irse a acostar?

Yo asentí con la cabeza y reforcé el gesto con un ¡umhju!, aunque tenía sueño, pero me sentí halagado de participar en una reunión de adultos, con gente que trabajaba en las minas y vivían en la ciudad, más aún, el que me invitaba tenía acento de la capital, cosa que yo admiraba en silencio, siempre imaginando como sería la gran metrópoli. Inmediatamente hubo un perturbador y tenso silencio, que en la oscuridad llamaba al encuentro con uno mismo, que fue hacheado por la voz estertorosa y grave de Alejandro —hermano menor de mi padrino—, para decir:

—Desde que Matuca quedó sola, la casa se ha ido cayendo en pedazos; ya ella tiene ochenta y seis años y es poco lo que puede hacer por sí misma, porque el cuerpo ya no le da y los dolores en los huesos no la dejan salir de su habitación

antes de que caliente el sol. Todos nos fuimos poco a poco y nos hemos despreocupado y, fíjense qué ironía, desde que se fue el que no debió irse esos anaqueles quedaron pelados, ni siquiera con una lata de atún para vender; no por lo que podía ganarse en dinero, sino que con la gente que llegaba a comprar tonterías ella conversaba y eso la entretenía.

Uno de ellos preguntó:

— ¿Chiroco, el que despechao por lo que le hizo la esposa se ahorcó?

Hubo un silencio culposo; mirándose en la oscuridad, como evadiendo la incomodidad que produjo la pregunta, considerando que el ahorcamiento era pecaminoso, rechazado por la iglesia y una vergüenza para la familia.

Alejandro continuó:

—Lo que pasa es que cada quien tiene sus responsabilidades, bastante hago yo con traerle a Matuca dos comidas al día. Por cierto, anoche cuando llegué ya iba avanzada en sus rezos, y mientras esperaba en la puerta de su cuarto oía como mencionaba a los idos; sobre todo, al que no debió irse. Ella nunca se entera de mi visita nocturna, porque oye poco y está concentrada en sus rezos; yo solo cumplo con dejarle la cena en el sitio acostumbrado, gracias a Dios siempre tiene buen apetito, porque al día siguiente consigo la vianda vacía; pero al parecer estaba pendiente de mi llegada para contarme lo del morral, ya que apenas entré de puntillas para no hacer ruidos, ella, con ese ceceo que le quedó desde que viajó a España, me llamó: “Alejandro, quiero que revises qué cosas contiene ese morral que está allí detrás del mostrador; lo dejó una señora vestida de negro. Me dijo que venía de ciudad Ce-deño por un día para hacer una diligencia, y no quería andar con ese morral porque se cansaba. Quedó en recogerlo por la tarde, pero no ha vuelto”.

—Es que uno no puede estar recibéndole cosas a personas extrañas... —interrumpió nuevamente el mismo que había mencionado a Chiroco.

Alejandro lo buscó en la oscuridad, lo miró con disgusto y tomó aire para continuar:

—No te preocupes Matuca, le dije, esa a lo mejor se entretuvo

en el centro del pueblo comprando cosas, se le hizo tarde y se alojó en alguna pensión; seguramente viene mañana a recogerlo. Eso le argumenté para que no se angustiara. Ella soltó una de las suyas: “¡Cómo no me voy a preocupar, como están las cosas ahora!, vamos a abrirlo, una nunca sabe...”. Fue ella quien lo abrió. Del morral salió un hedor nauseabundo. En su interior había una calavera con pelos junto con huesos; eran de un niño, todavía tenían restos de carne reseca. ¡Ave María Purísima!, exclamó Matuca persignándose, blanqueando los ojos y mirando hacia el techo. Inmediatamente cerró el morral, se arrodilló, se agarró del rosario que permanentemente carga en su cuello y comenzó a rezar un Padrenuestro a todo galillo. Yo corrí hasta el fondo de la casa y lancé el morral con tal fuerza que fue a caer a lo lejos, en el centro de la enorme poza que está casi al final del patio.

—Pero eso había que denunciarlo a las autoridades... —volvió a interrumpir el mismo hombre.

Alejandro que siempre fue de “pocas pulgas”, ripostó:

— ¡Usted me vuelve a interrumpir y lo hago continuar el cuento!... Regresé y la acompañé en los rezos e inmediatamente se comenzaron a sentir pisadas en el recibo de la casa, donde estuvo la bodega. Yo me asomaba entre las viejas cortinas de chapas y vi a las ánimas que Matuca siempre decía ver. Esa noche ellas estaban alborotadas, con sus vestidos negros que le llegaban hasta los tobillos, sin cintura, de la cara solo se les veían los enormes ojos brotados, con incipientes lágrimas en cada uno; no sé cómo se oían sus pisadas porque ellas flotaban, hablaban en susurro y no se estaban quietas; eran ocho o diez. Como a las doce de la medianoche Matuca se fue a su cama y yo me acurruqué en el marco del portal que daba al patio, esperando que ellas se fueran. El tiempo se me hizo infinito, y a pesar de ser como soy, no lo voy a negar, sentí miedo. Después comencé a oír las iguanas acomodándose en los guamaches del patio, concentrándome en el bullicio de ellas pude diferenciar que ya no se oían voces, eran los soplicos de esas bichas que junto con el miedo me hacían creer que las ánimas seguían allí. Aproveché ese momento y salí a toda prisa, arrojando puertas como siempre lo hago a la salida.

Al día siguiente salí retrasado a traerle el desayuno, porque por el traspasado me había quedado dormido. Era tarde, ya Matuca cogía el sol de la mañana. Me contó que al poco rato de haberme marchado las ánimas volvieron. Estaba un poco ronca, porque tuvo que rezarles otro rosario a todo pulmón.

Hubo una larga pausa, el grupo quedó como congelado. El silencio dictaminaba que Alejandro había culminado su relato. Solo yo me moví tratando de hacer que desapareciera el vacío que sentía en mi espalda, la pegué contra la pared y este no se iba, por lo que me percaté que el tal vacío estaba dentro de mí, y no era más que un intenso miedo. Pensaba en mi casa, sentía ganas de estar allá. Para mí era una cuestión de honor y dignidad mantenerme allí soportando estoicamente mi sufrimiento.

Fue mi padrino Wenceslao el que ahora rompió el silencio con un carraspeo de garganta que estremeció mi cerebro. Ahora se me instalaba un miedo más intenso, con la típica sensación de extrañeza, sentía la necesidad de parpadear repetidamente. Mi padrino sacó un pañuelo, se lo pasó por la boca como en un gesto de secársela y señaló:

— ¡Mire compay, hay que creer en vainas!, una tarde me fui a bañar al río...

Y así se fueron turnando uno a uno echando sus cuentos de muertos cada vez más tenebrosos, como un concurso que a mí me enervaba. Ya rayaban quizá las doce de la noche cuando echaron el último cuento.

— ¡Bueno, mañana es otro día y hay que trabajar! —dijo mi padrino Wenceslao, dando fin a la tertulia.

Recogieron las sillas. El último en irse fue mi padrino, quien aparentemente desconociendo el grave estado de pánico en el que me encontraba, se despidió:

— ¡Dios me lo bendiga, ahijado! ¡Que pase buena noche! Prepárese pa levantarse temprano que mañana llevamos sus papeles pa las minas. ¡Ahh!. Una pregunta: ¿usted trajo el permiso firmado por la comadre?, porque recuerde que es menor de edad y ese papel es muy importante.

—Sí, tengo todo en orden —le respondí casi sin fuerzas, con voz apagada y temblorosa, de la que supongo él debió percatarse.

No sé qué me pasó: si él era una persona comprensiva, por qué no le dije que no quería estar allí, que me llevara a dormir a su casa porque no me sentía bien. Cualquier cosa le hubiera dicho y el trauma no hubiera sido tan intenso.

Una vez que quedé íngrimo en el umbral, como que si lo pensé para entrar a la casa de doña Matuca, y al hacerlo sentí que los músculos de mi cara habían perdido el tono, las mandíbulas se me desencajaron, estaba frío y el cuerpo no me respondía, hacía lo que no quería hacer, por eso vi hacia la poza, en el centro del patio, y allí estaban las ánimas de las que habló Alejandro, flotando sobre los crespos de las aguas que los rayos de la luna hacían mover más rápido; venían hacia la casa. Sentía que mi cuerpo era más grande, por momentos se me olvidaba cómo se respiraba, mi rostro y mi pecho estaban paralizados, temía no poder controlar mis esfínteres... Una extraña fuerza me obligó a detener la mirada en los ojos de Chiroco, el que se ahorcó, los que estaban en el centro de un platón de madera cuyo óvalo se hacía cada vez más grande, en el que alguien plasmó su retrato con pintura de esmalte, dándole un toque especial a sus ojos que en vida fueron azules, estaba seguro que se movían y me seguían en la oscuridad.

Doña Matuca ya no rezaba, sin embargo se oían susurros: eran esos espíritus que entraban a la casa; también oraban porque percibía una especie de cuchicheo, no se entendía lo que decían. Sus pelos entrecanos se veían en la oscuridad como la ceniza de un fogón a medio apagar. Ellas estaban detrás del mostrador, de la que fue la bodega, la que estaba frente a mi habitación. El perro de Chiroco, Oteló —que aún vivía—, aullaba trémulo, como que si le metían agujas en el cuerpo, se ahogaba en su llanto enristecido, como cantando el Ave María. Me senté en un borde de la cama, y a duras penas me quité los zapatos, me cubrí con una sábana vieja hasta el último pelo; uno de mis pies se salió por un hueco de la sábana y del miedo así lo dejé. Me acosté con los pies hacia el espaldar de la cama, mirando el platón para no ver hacia el mostrador, en cuyo techo estaba el garfio de hierro donde amarró Chiroco el mecate con el que se ahorcó. Sentía mi respiración como un ruido que venía de afuera que se unía a los susurros de las ánimas y a los

de doña Matuca, quien tomaba fuerzas para seguir rezando. En mi mente trataba de corear sus letanías buscando apaciguar el miedo, pero mi voluntad no daba para tanto, no coordinaba bien las ideas y me disgregaba.

Hasta hacía poco no entendía los rezos, ahora me concentraba en ellos y, a pesar de su ceceo, podía comprender perfectamente lo que decía. Rezaba por todos, espantaba a esos espíritus que buscaban a Chiroco, a quien, por haberse ahorcado, el cura no permitió que pasaran el féretro por la iglesia y por eso ellas lo buscaban: era un alma en pena que tenían que llevar al purgatorio. Ella las rechazaba y abogaba por su hijo ante Dios, argumentando que él era un hombre bueno, que no tuvo la culpa de lo que hizo, no fue más que su destino incluía que esa perversa traidora se le atravesara en su camino...

La noche se había detenido, ya no podía más, mi cuerpo era como una estatua asustada, el pie izquierdo que estaba fuera de la sábana las plagas me lo destrozaban, y no encontraba forma de retirarlo, ya que el miedo no me permitía moverlo; toda mi ropa y el colchón estaban enchumbados de sudor. Empecé a respirar rápido y profundo, como única acción que se me ocurrió para no morir de miedo, aunque una vez oí a mamá Edecia decir que de miedo nadie se moría, pero sí se sufría mucho, y lo que lograba era que la respiración alocada me mareara, aunado a ello mi corazón desbocado que latía demasiado rápido. Mi mente no pensaba, en la acalmia lo único que llegaba a mis ojos era la imagen de las ánimas en círculo que levantaban sus brazos para bajar a Chiroco del garfio de colgar plátanos, donde estaba atado a un mecate por su cuello. Quise llamar a doña Matuca, pero la voz no me salía, lo que emitía era un gemido como de un pito desafinado. Me iba agotando de tanto respirar profundo para que mi corazón se calmara, las manos las sentía dormidas y retorcidas. Mi cabeza no funcionaba, la ocupaba algo quemante, difuso; mi frente estaba como una plancha hirviente.

El tiempo no sabía andar, se quedaba detenido sin avanzar, lo que carcomía mi mente perdida, descompuesta. En mi desespero surgían algunas esperanzas y me conectaba con Oteló a través de sus aullidos, y con las iguanas por sus estertores;

les enviaba mensajes mentales para que vinieran hasta la sala de la casa y espantaran a esos espíritus. Ellos podían hacerlo, porque una vez oí a mamá decir que los animales tenían el poder de *hablar* con los espíritus y espantarlos, y los humanos en momentos de desesperación podíamos comunicarnos con ellos y pedirles favores. Trataba de mantenerme inmóvil, intuía que así no sufriría tanto, de alguna manera llegaría el que sería mi mejor aliado: el amanecer. Sin embargo, mi desesperación hacía la noche más larga. Algo que escapaba a mi voluntad me hacía recuperar la razón, la que fui perdiendo poco a poco en la noche aciaga, desde el mismo momento en que esa gente me invitó a quedarme un rato con ellos, era mi psiquis que en una sola lucha se recuperaba por si misma a través de sus propios mecanismos.

Aunque presentía que ya amanecía, prefería seguir con los ojos cerrados y comencé a conectarme con el mundo exterior a través del canto de los gallos, los perros callejeros y el roce de sus pezuñas con el pavimento; algunas personas dialogaban, tosían, se sentían sus pisadas. Los pájaros revoloteaban cambiándose de ramas, emitiendo sus trinares del amanecer. Creo que esos contactos onomatopéyicos me alejaron de las ánimas y del miedo perturbador de la noche, porque, ya un poco relajado, una serie de imágenes que se barajaron en mi mente en forma azorada me llevaron a un estado hipnótico.

Transcurriría más de una hora, cuando el sol entró por la ventana entreabierta, invadió la habitación y pegando sobre mi cara me despertó. Tenía una sed intensa, todo el cuerpo lo sentía ajado, doloroso, estaba cubierto por un sudor aceitoso; menos mi pie izquierdo, que estaba morado y reseco de tanto complacer a los anopheles que en él hicieron su última cena. En esa hora y pico que dormí, soñé todo lo que me pasó en la infausta noche, desde que alguien dijo que si quería quedarme un rato a conversar. Nunca imaginé que esas personas destruirían mi vida en una sola maldita noche; ni una herida, no me faltaba ni un pelo, pero mi alma amaneció descuartizada. Tenía que ir a la casa de mi padrino; allí estaba él con Indele-sa, esperándome para desayunar. Al llegar los saludé:

— ¡Bendición, padrino! Buenos días; buenos días, madrina Indelesa— a la que llamaba madrina sin serlo.

— ¡Buenos días! —respondieron a dos voces.

—Padrino, quiero irme a mi casa, me siento como enfermo, vea lo que me pasó anoche... —le conté todo lo que viví.

Imperturbable, él me interrumpió:

—Yo sabía que eso sucedería ahijado...

La conversación terminó cuando mi padrino, que parecía una persona desconocida al escuchar mi insistente deseo de marcharme, me increpó:

— ¡Usted no puede irse así!, ¡debe de dormir allá!; si huye, tendrá que huir toda su vida, los espíritus con sus susurros siempre le seguirán y los ojos de Chiroco eternamente lo estarán mirando.

—Por favor Wenceslao, no le hables así a nuestro ahijado —intervino piadosa Indelesa.

No tuve apetito, apenas piqué unas migajas de pan, con la mirada de mi padrino clavada en mí como si yo fuera un desconocido: un Judas. No había remedio, tenía que regresar a la casa de doña Matuca.

Apenas salía de la casa de mi padrino, cuando volteé con tristeza y allí venían las ánimas flotando. Se me ocurrió pensar que me habían ido a buscar; luego caminaba viendo siempre hacia delante, no me atrevía a volver a voltear. Serían las nueve de la mañana cuando llegué a la casa de doña Matuca. Después de abrir la ventana que daba hacia la calle buscando mayor iluminación, me senté en el borde de la cama esperando calmarme, pasaron muchas imágenes por mi mente y nuevamente me quedé dormido. Era un sueño superficial, estaba conectado con los ruidos que venían de la calle; tanto así, que me desperté al presentir que alguien me observaba; era doña Matuca, parecía un espanto andante, esquelético y alto; sus inmensas orejas casi descansaban sobre sus hombros. Al mirarla tan de cerca sentí su respiración jadeante, tenía un tufo evocador de trapo viejo mojado y su cuerpo despedía olor a bálsamos; su cara, de piel muy morena, emulaba una superficie de barro negro cuarteado por el sol.

Desdeñosa señaló:

—Estos muchachos de ahora no son como los de antes, les falta energía. —y asintió— ¡Levántese, que ya tendrá tiempo de dormir en su tumba!

Al hablar se le veía la prótesis dental simulada por un diente de oro como el de mi padrino. Con la misma se marchó, dejándome allí, anonadado, perplejo, sin oportunidad de darle respuesta alguna y sin la más mínima idea del daño que en segundos me ocasionó. Esta frase lapidaria, después de veinticinco años, aún me causa desvelo.

Me volví a levantar, decidido a irme a mi casa para no continuar allí en un infinito sufrimiento, que desde ese mismo momento intuía que mi vida se hundiría en un abismo del que no saldría nunca más. Recogí mi bolso y caminé nuevamente hasta la casa de mi padrino. No sé cuánto tiempo tardé en llegar, pero fue sumamente rápido. Le miré a los ojos y le dije con voz nítida y fuerte:

— ¡Padrino, bendición! Aquí estoy otra vez, ¡le dije que me iba y me voy!, ¡usted no se imagina la noche que he pasado!, quiso someterme a una prueba y ya lo hizo. Yo sé cuánto me aprecia, pero fíjese, las cosas no salieron como usted pensó, que eso forjaría mi carácter de hombre, contrariamente yo amanecí muy enfermo. No creo que en su mente haya estado la intención de hacerme el daño que me produjo esa noche que no le deseo a nadie. Solo quisiera que no lo sepa mamá, porque, a pesar de que supongo que no fue su propósito, ella no lo va a creer; más aún, nunca se lo aceptaría, bien la conozco, no sabrá contenerse, estoy tan seguro de eso como de que ella me parió, y ese santo sacramento que los une se rompería, yo sé que es así... Tengo que irme, ni una noche más donde doña Matuca, ni aquí en su casa.

Mi padrino lleno de sorpresa, y sin perder su ecuanimidad no titubeó y recuperando el amor hacia mí me respondió:

—Ahijado, me enorgullezco por la forma como ha dicho las cosas, eso me da más conformidad que si usted se hubiera quedado pasivamente con nosotros. Simplemente quise hacerlo un hombre a toda prueba; aunque comprendo que está muy jojoto, y que la comadre ha tenido que cumplir dos difíciles roles al mismo tiempo, pero ya veo que ha sido más ma-

dre que padre. No se desespere, que aún estamos a tiempo y para eso aquí tiene a su padrino. Entiendo que usted sí llegará a ser un hombre cabal, lamentablemente yo me precipité.

—Gracias padrino. Por ahora lo que quiero es estar en mi casa.

—No se preocupe que hoy mismo lo mando, solo deme tiempo para buscarle unos presentes a mi comadre, con algunas cosas que no se ven por allá y yo sé que a ella le gustan.

Embaló una caja con morocoto salado, moriches maduros en conservas y cazabe de yuca amarga cultivada a orillas del Orinoco, muy cerca de donde existió el caserío donde me cuenta mi madre que nació y un día tuvo que salir con lo puesto, a dar tumbos en la vida, muda y con apenas cinco años de edad. Ese problema del lenguaje no solo le impidió estudiar, sino que tampoco pudo ser monja o médico, que fue con lo que siempre soñó, y para colmo, después que ese muérgano le arruinó su vida, en todas partes donde tocaba puertas para labrarse un futuro se las cerraban. Así tuvo que vivir la *pobre*, siempre ceñida a la depresión para no defraudar a su tristeza. Mi padrino sabía de sus gustos por esas exotiqueces, pero no de esas cosas de su vida que yo sí conocía en detalles.

A las dos y treinta —una tarde que, a pesar de lo esplendorosa y soleada, para mí lucía melancólica— abordaba la misma chalana en la que había llegado dieciocho horas antes. Inmediatamente a mi salida, mi padrino Wenceslao llamó por su teléfono móvil a mamá para contarle lo sucedido, y por qué desistí de quedarme a trabajar en las minas; aunque su relato no era ni la décima parte de lo que realmente viví.

— ¡Comadre!, ¿cómo le ha ido?, ¿cómo la ha pasado sin su muchacho? —le saludó mi padrino.

— ¡Ay! Copaíto, gracia a Dio yo etoy bie; cómo la vo a pasá, si ese es mi vida. ¿Cómo ha etado él?, pógamelo ahí pa saludalo si quiera.

— ¡No, no se me asustel, pero ya mi ahijado está metido en la chalana, esta noche debe de está llegando. Lo dejarán en la puerta de su casa; el chofer es de mi total confianza. Lo que sí tengo que dale es una explicación del porqué de su repentino regreso y no se quedó en las minas como habíamos acordado.

Extrañamente, más que estar sorprendida o alarmada, mamá Edecia dio una respuesta conciliadora.

—Copaíto, gracia po to... No, no tigo poque asutame, me imagino lo que pasó.

—No, comadre, no creo que se lo pueda imaginar, todo fue fortuito, porque así es cuando las cosas van a pasa. Sucedió que la noche de su llegada nos quedamos con mis hermanos y unos amigos en la puerta de la casa de Matuca, y comenzaron a echá cuentos de muertos; yo creo que eso le hizo un terrible daño a mi ahijado. Comadre, él no está bien de los nervios, porque esos cuentos lo impresionaron tanto que si no hubiera sido tan jovencito le da un infarto, y eso que no fueron de esos que al hombre más verraco le paran los pelos. Imagínes que según usted dice mi ahijado quiere ser médico, pero, ¡cómo!, si le tiene pavor no solo a los muertos, sino a los cuentos de muertos. Yo sé que él de aquí se fue muy mal; figúrese que cuando se lo conté a Indelesa ella me llamó la atención y me hizo sentir culpable.

—Copaíto, no se preocupe, eta bie lo que Dio dipuso; así, conociédo la falla tomo ma tiempo pa edúcalo.

—Comadre, ahí le mando unos presentes con lo de siempre, lo que a usted le gusta. No le comenté nada al ahijado de sus gustos, espero que usté tampoco se lo diga porque ya veo que él es muy sensible y conocer esa parte de su vida seguramente le haría daño.

Desconocía mi padrino que mamá, así como alguna vez le contó a él, seguramente en momentos de soledad y tristeza, algunas cosas de su vida privada, conmigo se desahogaba contándome recónditos recuerdos, sus gustos por algunos productos que se daban en el caserío El platanal, donde vivió apenas hasta los cinco años, y de paso, me relataba como conoció a los Burnett —apellido de Matuca.

Durante el viaje de retorno venía preocupado y algo confundido, porque me sentía que había fracasado; ya no observaba la carretera, los paisajes; con la cabeza agacha solo pensaba que ya yo venía predispuesto desde antes de mi nacimiento a sufrir de los nervios, porque según le dijo un doctor una vez a mamá Edecia: “por el sufrimiento que usted tuvo durante el embarazo, es posible que el niño sea nervioso”.

Cuando llegué a mi casa, mamá me esperaba en la puerta; preocupada por mí como siempre. La abracé y le dije con voz entrecortada y con la cara oculta en su tibio pecho:

— No vuelvo nunca más a la casa de mi padrino..., creo que el agua me hizo daño...

Ella me contestó:

—No se preocupe, meno se me avegüece, que yo sé to que pasó —y me relató lo que hablaron ella y mi padrino.

—No crea eso mamá, fueron esos inoportunos y sin recato los que echaron los cuentos de muertos sabiendo que yo estaba ahí y dormiría en ese cuarto donde durmió en vida el que se ahorcó, sin tener siquiera respeto al difunto. Y mi mismo padrino me confesó que solo quería probarme como hombre, y vea lo que me hizo.

—Bueno, le insito que no se preocupe, que uté va a sé u dotor y yo sé cómo curalo de eto.

Con sus palabras de aliento sentía la comprensión que pocas madres tenían para con un hijo. Por mi parte, yo regresaba con tres enormes paquetes, algo de dinero para que comprara ropa y el alma destrozada. Simultáneamente al momento en que yo me apeaba del Ford de paseo que me trajo desde Los Barrancos, y hablamos todo lo anteriormente relatado en el umbral de mi casucha, la vieja Chelina estaba sentada en el portal de su casa en su corroedora tertulia con el grupito de siempre: algunos vecinos, otros que libaban cervezas y ella, casi sin permitirle la palabra a nadie, con la temática banal repetitiva de chismes, llena de ácido que salpicaba a cualquier presente y ausente. De repente, interrumpió la conversación y ahogándose en su propia saliva exclamó:

— ¡Ah... ay! ¿Y ese que se bajó del cacharro no es el hijo de Edecia...? ¡Sí es, pero qué pálido está, camina derrengao!; de qué hablarían que por estar distraída no oí. ¡Ya está!, aguantó fuera de las enaguas de su mamá lo que dura un *peo* en un chinchorro. Cómo va a compará ella a su hijo con los míos, un tarajallo que todavía tiene ceniza en el rabo. Vamos a ve con qué cuento sale ahora que su lagartija no aguantó ni un minuto alejado de las faldas de esa maruja.

Mamá, que escuchó los improprios de la vieja esa hacia mi persona, interrumpió nuestro reencuentro y me alertó de lo que sucedía, luego me tomó fuertemente por un hombro y me enrumbo hasta la sala de nuestra casucha, a la vez que me indicaba:

—No se asome a la pueta pa ná, que ya la bruja esa va a sabé que de uté nadie habla mal ni se bula.

Mamá se dirigió a un viejo baúl lleno de cosas que solo ella sabía qué contenía. De allí extrajo una navaja de las que llaman pico e loro, y se paró con porte de macho como a dos metros de la puerta de entrada de la casa de la corroedora vecina. Aquello fue casi un monólogo, porque cuando Chelina le veía esa mirada furibunda que infundía pavor, característica de mamá cuando perdía el control, yo digo que le tenía miedo, porque casi siempre se quedaba callada, con los ojos desorbitados y los brazos cruzados en recogimiento; porque ella sabía que en momentos así pasaba a ser una desjuiciada a la que nada le detenía y era capaz de cualquier cosa. Mamá la insultaba valiéndose del más agresivo y coprolálico lenguaje que podía albergar en su repertorio verbal:

— ..., ¡ma paría!, ¡párate de esa silla pa que vea que aquí hay mieda co sagre, po que ni una tripa te vo a deja sana pa que apreda a repetá a una familia decete!...

Los inoficiosos visitantes se fueron levantando presurosos uno por uno, arrumando las sillas contra la pared y alejándose en un silencio paralizante que les helaba la sangre, porque al mínimo parpadeo cualquiera de ellos podía convertirse en el objetivo de mamá. La vieja Chelina apenas logró articular, casi en vergonzoso susurro:

—Yo no he dicho nada, esa es tu propia imaginación.

— ¡No sea cobade que tú sabe que hablate ma de mi hijo, pero él tiene quie lo defieda, carajo!

Apenas la vieja se levantó y ganó la puerta de su casa, alzó su voz:

— ¡No joda!, como no están mis hijos aquí pa ve si eres capaz de decime lo mismo... ¡lengua e trapo!, ¡vieja maruja, vieja maruja! —le gritó mientras apuraba el paso para meterse en su casa, tratando de cerrarle la puerta en las propias narices a mi mamá, quien se le abalanzó con la pico e loro en la mano

derecha. Allí quedó la madera de la puerta cortada, repitiendo bajo profundo relieve el trayecto donde asestó el navajazo que le lanzó, que si la agarra la parte en dos.

Ella regresó a nuestra casa a abrazarme, mientras yo temblaba detrás de la puerta ahogado en llanto por lo que podía suceder; también ella comenzó a llorar para desahogar la rabia incontenible que la invadía y le quitaba momentáneamente el juicio. Por conocerla, sabía que tenía que darle un vaso de agua con hojas tiernas de guanábana y dejar que pasara unos treinta minutos, que era el tiempo que tardaba en apaciguarse. Como a la media hora del unilateral enfrentamiento, después de un silencio sepulcral, sacaron a la vieja Chelina de su casa embutida en una colchoneta haciendo hamaca, semidesnuda, embadurnada en aceite vegetal con unas hojas de una planta llamada *libertadora* en la frente y en el cuello; resaltaba lo blanco de los ojos porque llevaba los globos oculares desviados, el brazo derecho le temblaba en sacudidas repetitivas e involuntarias, por la media boca derecha botaba aire que animaba una secreción salivosa espumante que semejava a la respiración de una tetera ahogada en leche hirviente.

En la puerta de la casa de la vecina se aglomeró la misma gente que poco antes abandonó las sillas y otras curiosas más. Los comentarios eran que ella era hipertensa, y se le había subido peligrosamente la tensión arterial porque no podía co-ger rabias fuertes. Se comentó que antes de que perdiera el conocimiento juró que un día envenenaría a la maruja Edecia, porque ella era la culpable de su enfermedad. El hijo, que quedó mocho de una pierna en un accidente, quien la acompañaba en ese momento —los demás estaban trabajando en las minas—, se pegó a la cerca del patio que linda con nuestra casa, desde allí, empinado, con llanto insulso y agarrado del alambre de malla soltaba improperios. Entre tantas cosas decía: "... ¡Y rueguen que no se muera mi viejita que es lo que más quiero en esta vida, porque van a ser tres los muertos, carajo!". Yo, que ya venía enfermo emocionalmente, sufrí una nueva crisis de nervios al imaginarme que si la vieja esa se moría el mocho nos mataría.

Chelina se recuperó, y como a las once de la noche, tiempo

que me pareció un siglo, la trajeron. Ellas dejaron de hablarse, como sucedía todos los años; porque estar enemistadas era su estado natural, para luego, sin importarles en qué fecha habían quedado disgustadas, reconciliarse el día del Año Nuevo. En ese lapso de enemistad la única comunicación entre ellas era por las comidas que eventualmente se pasaban a través de un hueco que había en la cerca que separaba los patios, destinado solo para tal fin.

Después de la estruendosa frustración que sufrí con el fracaso del viaje a Los Barrancos para trabajar en las minas, mamá seguía comandando; ahora tenía la sartén por el mango, porque había sido certera nuevamente al intuir que yo volvería, sin importar el motivo, pero volvería, ya que conocía en profundidad mi dependencia de ella y sabía que podía volar solo únicamente cuando ella lo decidiera. Al menos por un buen tiempo a mí no se me ocurrirían ideas que no fueran las que tuvieran su aval, en aras de propiciarme el camino hacia un futuro prometedor que era, expresado en su media lengua y traducido: “estar segura de que yo no pasaría más penurias, que tuviera un título universitario, llegara a ser un médico famoso y matara al muérgano que me engendró”. Ese sueño esperanzador no se quedaba solo en ideas, sino, que me lo hacía sentir con dulces palabras, conduciéndome suavemente, de manera que yo no me percatara y ni siquiera sospechara que ella me controlaba; y así, todo lo decidía por mí. Con sutil persuasión me dejaba ver cómo yo sería un hombre de grandes logros, respetable y que tendría todas las cosas materiales y lujos con los que siempre soñé y ella no me podía dar, resaltándome que eso era lo que me faltaba para lograr mi total felicidad, ya que amor tenía en exceso, y para qué necesitaba más. Yo me entusiasmaba por poco tiempo, porque las ideas predicativas de ella no dejaban de ser para mí una presión que me producía dudas de si en verdad yo llegaría a ser lo que ella decía.

Apenas pasaban unos días yo volvía con el tema de que el problema era el dinero y la vida era muy corta para hacer planes tan largos, no se podía esperar tanto, ya no aguantaba ni un día más la vergüenza de ser pobre, y quería verla feliz

como se merecía una madre tan sacrificada; convencido de que yo no sabía cuándo Dios, que hasta ahora no había sido muy condescendiente con nosotros, me la arrebatara.

El insomnio y el miedo eran inclementes conmigo, en mi mente había quedado como grabada con tinta indeleble la imagen de Chiroco con sus ojos azules plasmados en el porta-retratos de madera de forma ovalada, y las ánimas no se quitaban de mi vista; lo poco que dormía en el día era para soñar con lo que me sucedió esa noche aciaga. Mamá perseveraba en la búsqueda de mi sanación e hizo un esquema de tratamiento que, al parecer, tenía cierta lógica, pese a ser producto de su intuitiva imaginación, consistente en un proceso a la inversa al que me traumatizó. Al comienzo de la terapia me relataría cuentos infantiles, luego relatos educativos que tuvieran un mensaje que no despertara mis angustias; después, me llevaría a todos los sitios donde echaran cuentos macabros, más que todo de muertos, hasta que yo volviera a escuchar exactamente los mismos que contaron en la casa de doña Matuca; ese era el sitio donde, según ella, yo encontraría la cura definitiva de esa enfermedad.

Los velorios, como parte de nuestro folclor, eran una fuente segura de todo tipo de cuentos, los que, por más chistosos y sanos que fueran, se daban en un ambiente donde había un muerto, y eso era suficiente para inundarme de miedo, hasta llegar a lo máximo, y, consecuentemente, por exceso el miedo desaparecería y superaría la enfermedad, fueran los muertos conocidos o no, aunque con los primeros el miedo era mayor, porque tenía las imágenes de ellos en vida, y verlos en ese estado de inercia incomprensible me exasperaba; lo importante era que yo me curara a expensas de lo que fuera y lo más pronto posible, porque venían momentos cruciales: se aproximaba mi ingreso a la universidad.

Al iniciar los estudios de medicina tendría que enfrentarme a cadáveres conservados en formol que más bien parecían muñecos, sin embargo eran impresionantes: algunos sin piel, en puros músculos lacerados por los estudiantes mientras estudiaban, otros disecados para observar sus partes anatómicas; pero nunca serían más impactantes que los que ella me

enseñaba en los velorios a los que me llevaba, donde al verles el rostro mi pensamiento entraba en una sola lucha, sobre todo cuando era por muerte natural. Siempre me preguntaba lo mismo, si estaban allí intactos, ¿por qué la vida se detenía?, qué faltaba para activarlos para que se movieran otra vez. Esta idea dubitativa no tenía fin, agravaba mi desesperación, hacía desaparecer mi sueño, mi seguridad e irremediablemente me agotaba hasta el desbordamiento de mis sentimientos. Pensaba que algún día si me graduaba de médico los haría mover, aunque siguieran muertos.

El peregrinar de mamá Edecia conmigo de velorio en velorio era digno de admirar. Gracias a Dios que su locura, desencadenada en una madre retada por el infortunio y las circunstancias, no fue en vano. Ella tuvo que ser muy fuerte, porque no era fácil soportarme en esas primeras noches de insomnio, aferrado a su cuadril, saltando, escondiéndome de esas imágenes que ella me obligaba a ver todo el tiempo que fuera necesario, para que matara el miedo por el resto de mi vida; apostando a lo que fuera, porque bien podía haber empeorado mi enfermedad con sus ocurrencias y volverse loco. Segura de que después de iniciarme en la carrera de medicina ya no habría otra oportunidad para la cura adecuada y sería un fracaso garantizado, porque allí todo sucedería de una vez ya que tendría que estudiar con cadáveres; además, la ausencia de ella después que me fuera para la universidad era muy arriesgado para mi salud y mi futuro.

Había pasado un mes de tratamiento consistente en todas las ocurrencias que ella considerara convenientes, sin poder oponerme a ninguna porque todo se originó por culpa de mi mala decisión de ir a trabajar en las minas; más, los resultados de lo que ella hacía eran favorables, no dejando dudas de que era certera en sus ocurrencias, pero también porque yo tenía que responder a sus esfuerzos y a mis deseos de curarme para poder llevar a cabo lo que ella decidió. Pasado el tiempo leí en uno de mis libros de medicina que por pura intuición ella me había aplicado un método de tratamiento conductual de trastornos fóbicos, denominado *flooding* (sobresaturación), que los científicos norteamericanos usaban desde hacía bastante tiempo.

En las etapas conclusivas de mi curación yo dormía solo en el cuartucho, acompañado de todas las fotos de muertos que ella pudo conseguir, cada uno con su respectiva vela encendida. Parecía un lirón entre candilejas durmiendo en un altar lleno de fe y esperanza. Hasta roncaba por lo profundo de mi sueño.

Solo me quedaba una semana para realizar mi desarraigo de San Juan y partir a la capital; tiempo que ella consideró suficiente para que volviera a la ciudad de Los Barrancos a darle los últimos toques a la cura definitiva de mi enfermedad y, de paso, despedirme de mi padrino Wenceslao y reforzarle el compromiso económico que debía adquirir con mis estudios. Viajé hasta Los Barrancos, fue un encuentro muy agradable y saludable. Al llegar a la casa de Matuca mi padrino la llamó desde atrás de la cortina de su habitación:

— ¡Matuca! ¡Matuca ven a ver quién está aquí!

Ella me miró de arriba abajo y le preguntó a mi padrino:

— ¿Quién es ese?

— Mamá, es Etanislao, mi ahijado, el hijo de mi comadre Edecia, ¿no te acuerdas que hace más de un mes estuvo aquí y durmió en la cama de Chiroco?

— ¡Ajá!, sí, cómo no, Edecia, la de los Jovitos, la que ahora se rejunto con las ánimas a echar vainas.

— ¡Viejita!, acuéstate y descansa, necesitas recuperarte para que se te refresque la memoria.

— ¿El descanso eterno? —preguntó Matuca. —No te preocupes que ese lo decido yo, y está cerca.

—Desde que dejaron de venir las ánimas ella como que está peor, ya se le olvida todo y dice cada cosa. La edad no perdona —comentó mi padrino.

Todo se dio a cabalidad, salvo lo del apoyo económico y los cuentos, puesto que esto último fue algo que se dio esa noche y mi padrino no era hombre que se prestaba a que su ahijado fuera objeto de burla, que era lo que sucedería si le pedía a sus hermanos y amigos repetir la noche aciaga; fue preferible dejarlo en secreto, porque ellos ignoraban lo que me había ocurrido. De todas maneras pasé esa noche allí, oyendo los rezos de doña Matuca, los latigazos que las iguanas producían con sus rabos luchando por una rama en las matas de guamache

y los aullidos de Oteló, que ahora parecían como el llanto de un niño recién nacido. Las ánimas habían dejado de ir a rezar. El platón con la foto de Chirico no estaba porque, según dijeron, una brisa que entró por la ventana, siempre entreabierta, lo tumbó y lo rompió.

Una vez que regresé y le entregué cuentas a mamá de cómo me había ido, ella mostró preocupación, porque aparentemente yo no fui claro al referirle a mi padrino lo del apoyo económico. Como ella hablaba con frecuencia por teléfono con él acerca de mi futuro, y lo iba preparando, a conciencia de que el sueño de tener un hijo doctor requería de recursos que ella no tenía, pero su compadre sí; el problema era que él pensaba diferente, más bien era partidario de que los jóvenes desde muy temprana edad trabajaran para que se hicieran verdaderos hombres, como lo hizo él. Cada vez que ella le asomaba la posibilidad de mandarme a la universidad, él *sabía por dónde venían los tiros*, enseguida se le alborotaba la tacañería y le hacía ver que la vida era una lucha en la que había que producir lo más temprano posible para poder disfrutarla un poco.

Ya se aproximaba la fecha de marcharme para la universidad y aún no contaba con ningún soporte económico seguro. Ella llamó a mi padrino, decidida a jugarse el todo por el todo —quien hasta ahora no había dado ningún signo de respuesta favorable—. Entre otras cosas, le explicó en una tonalidad bien persuasiva:

—... Copáito, uté e u hobre de mucha plata y nada piede con dale ayuda a su ahijao, a quie siepre ha admirao de sé ta itelígete; mañana mimo ese muchacho se gradúa y lo puede ayudá e mucha cosa de su salu, y si coto aguno...

Ella sabía que le daba en el mero sentimiento, no solo por tocarle a un ambicioso como él lo del ahorro en médicos cuando yo me graduara, sino que le recordó que cuando doña Matuca se perdió en San Juan, porque ya la cabeza no le andaba bien, aunque se dijo que era porque no conocía el pueblo, mamá que iba por las noches al mercado a comprar azúcar directamente a los camiones distribuidores, porque le salía más barata, en una de esas noches se encontró con una señora que pasaba de los sesenta años, que estaba sentada en las

escalinatas que daban a la puerta principal del mercado, y la viejita le preguntó: “¡Mija!, ¿tú sabes hacia donde quedan Los Barrancos?”, “¡Sí!, pero pai pallá tiene que eperá hata mañana que he cuado sale lo carro que la puede llevá, ¿po qué me lo preguta?”, “Es que yo soy de Los Barrancos y estoy perdida, además, traspapelé la cartera o no sé si me la robaron; lo importante es que no la tengo y me quedé sin dinero para regresarme”, “¡No!, uté no se queda aquí, poque e peligroso, e de noche, así que vegase comigo a mi casa, mañana e otro día y se verá cómo hacemos.

Mamá, que en esa época era una mujer sola y necesitada de compañía, se quedó con doña Matuca por más de un mes. Ella no reparó en gastos en lo que estuviera a su alcance para velar por su bienestar.

Cuando aparecieron los Burnett —después de una intensa búsqueda por todo el pueblo—, ella les pidió que se la dejaran por unos días más, aduciendo que se la había encontrado, que si se la dejaban por siempre mejor, porque habían hecho una gran amistad. Doña Matuca no paraba de hablar, relatando lo bien que había sido atendida. Los hijos agradecidos hasta más no poder por el favor recibido y eufóricos por haberla hallado sana, no encontraban qué regalos hacerle a mamá. Y quedó el compromiso de que los hijos que ella tuviera todos serían ahijados de los Burnett, como una forma de hacer perdurar el agradecimiento, la amistad y estar unidos por el santísimo sacramento. Después de este recordatorio, ella no tuvo la necesidad de continuar con la hemorragia de ruegos: sabía que su objetivo estaba logrado, porque cuando él carraspeaba la garganta de la forma en que ella lo escuchaba a través del teléfono, era signo de aprobación:

—Comadre, como usté diga así será; aparte de que es muy difícil que alguien se salve de su lengua cuando usté quiere lograr algo, ¡para escapársele hay que tené pacto con el diablo! —fue la única respuesta que le quedó a mi padrino.

Ahora todos los ingredientes para mi viaje a la capital estaban servidos. No sé si para bien o para mal, porque no era mi decisión, sino de ella.

Capítulo II

Profesor Hogilling vs. Destino

A las dos semanas, un sábado por la tarde, yo salía para Caracas a comenzar los estudios en la universidad. Llegaría a una habitación que mi mamá me había conseguido en la casa de una vieja amiga, que hacía muchos años se había ido a la capital a conquistar mundo, y por cierto le había ido muy bien. Allá nos aparecimos los dos, con una maleta de cuero vieja y un morral de tela azul que ella misma me confeccionó. Me impresionó que el recibimiento que nos hizo esa familia fuese bueno, sincero, sin malas caras, y por ese hecho no me sentiría una molestia o una carga para ellos, pese a que pagaría la habitación, como se acordó. Porque mamá puso la condición de que nada sería gratis, y claramente le dijo a su amiga:

—Como hablamos, quí lo traigo y de quí me lo llevo de bata y etetocopio; e u etudiate brillante, la única moletia que puede da e que su tema e estudiá.

Allí me dejó, la que siendo analfabeta sabía que la vida en el medio rural menguaba, a la par de que la ciudad estaba convulsionada por su descomunal crecimiento, violencia, sexo, drogas, hacinamiento, los jóvenes no tenían aferramiento a la vida y tantas otras adversidades. Nos separamos sin que ninguno de los dos echara una lágrima. Parecía que todas las habíamos gastado cuando el muérgano ese vio que ella estaba embarazada y se marchó... De manera que al desprenderme del yugo de mamá Edecia, estar libre ante todas las tentaciones de la ciudad y transitoriamente debía esperar el inicio de las actividades académicas en la universidad constituían un inmenso riesgo. Pero en vez de darle soltura a las tentaciones e instintos reprimidos, la reacción inmediata fue ampliar mi mundo interior para encontrarme conmigo mismo, y todas las elucubraciones de: cómo reaccionaría mi psiquis al sentirme *liberado* no fue tal, porque mamá estaba enraizada de tal manera dentro de mí que no era necesaria su presencia física, yo no tenía escapatoria, siempre estaría atado a esa cadena hasta después de su muerte.

La llegada a la gran ciudad no fue menos impactante y traumática que todo mi pasado. La falta de mi madre, contrariamente a lo esperado, era igual que haber perdido la esencia de mi vida: era un cuerpo sin alma, sentía un estado de total impotencia; me fue invadiendo una sensación de extrañeza que donde me encontrara parecía que no era yo: me sentía como otra persona o algo indefinible, y nunca llegué a comprender el porqué de esta sensación que, por más que la comparara con muchas cosas antes vividas, no tenía parangón. Era frecuente tener el temor de volverme loco cuando mi conciencia se perdía dentro de mí psiquis; era un pasivo observador del derrumbe de mí persona, las cosas más llamativas, interesantes y de mis gustos no me llamaban la atención. Los primeros días no salía de la habitación, me la pasaba postrado en la estrecha cama mirando nada, recordando cada día de mi vida, con un susto que no me dejaba ni llorar; hasta que mi estómago me obligaba a salir a la calle a comer, indeciso sobre si lo hacía o no, me veía tentado a comprar cualquier cosa, generalmente frutas para llevarlas a la habitación, mordisquearlas sin fuerzas y dejarlas a medio comer para que se pudrieran como lo hacía mi cuerpo, que ya se había solidarizado con mi desánimo. Estaba convencido hasta ese momento de que sin mi mamá no iba a poder continuar. Sería imposible.

El diecisiete de septiembre se volvió una fecha inolvidable para mí: ese día tenía que asistir por primera vez a la universidad, a una charla que daría el decano a los nuevos bachilleres que iban a ingresar a la facultad de medicina. La tarde del día previo a esta fecha fue un verdadero resurgimiento, una emoción intensa invadió hasta la última fibra de mi cuerpo. ¡Sería mi primer día en la universidad!, una energía intensa me reconfortaba y me devolvía mi yo. Esa noche previa dormí profundamente. Con un agradable despertar comencé a arreglarme para mi debut. Ante el espejo vi que nuevamente: era Etanislao.

Esa mañana, al salir de la charla lleno de fuerzas por los estimulantes mensajes que escuché de voz del decano, con un tríptico que contenía una salutación y un croquis que nos obsequiaron unas hermosas promotoras enchaquetadas que

conformaban el cuerpo de recepción de la universidad, recorrerí aquella inmensa ciudad universitaria. Ubiqué algunas áreas claves en mi nueva vida como la biblioteca, comedor, servicios médicos, todo lo concerniente a la facultad de medicina: aulas, laboratorios, hasta el hospital universitario visité; vías de acceso, rutas de autobuses... Quería saberlo todo de una sola vez. De este primer encuentro salí muy ilusionado, me sentí renacer, fue como una magia que roció mi mente de esperanzas; comenzaba la lucha, era como haber oído la palabra ¡partida! en la competencia académica, y la voz de mamá retumbando en mis oídos diciéndome: “uté tiene que se e mejo, uté tiene que sé u gra dotor”.

Transcurridas dos semanas, sin tiempo para más nada que no fuera estudiar, en momentos sentía la necesidad de salir de paseo como lo hacían la mayoría de los estudiantes después de la cena. Observaba que algunos estudiaban en sillas plegables en la calle, en parques, pero yo no había desarrollado esos hábitos porque había llevado poca vida social; ni siquiera sabía escoger amigos y los primeros que hice en la misma facultad no servían para nada, eran unos repitientes crónicos que solo se dedicaban a tomar alcohol; para ellos estudiar era secundario. Sin embargo, no todo fue malo, porque ellos me consiguieron una habitación ubicada más cerca de la universidad y más económica, la que alquilé con el beneplácito de mamá. Para mi fortuna ellos mismos terminaron rechazándome del grupo: por mi timidez, escasos recursos y que apenas tenía quince años, de manera que más bien era una carga, aunque no se puede negar que se entretenían con mi inocencia y ocurrencias casi infantiles.

A los dos meses, cuando ya había reestablecido mi obsesividad por los estudios, me llamó mamá Edecia, bien temprano como siempre lo hacía. La sentí nerviosa, no me saludó de la manera habitual. Me contó que esa mañana, cuando Alejandro le llevó a Matuca la vianda con el desayuno no la encontró en su cama... La búsqueda fue intensa, nadie la vio salir. Se sospecha que quién sabe de dónde sacó fuerzas, caminó hasta el Orinoco y se lanzó desde el malecón, a volverse pez, a ser parte merecida del Majestuoso. Se cree

que fue así porque ella siempre dijo que eso haría el día que presintiera su muerte, además que posteriormente nunca se encontraron sus restos.

El primer año pasó volando. Mi único entretenimiento era escribir mi diario, lo demás era totalmente académico, y sucedió lo que tenía que suceder: obtuve las mejores notas del curso, con un promedio que nadie nunca antes había logrado en esta carrera en la historia de la universidad, e inmediatamente pasé a ser preparador de la asignatura Anatomía Humana. Esto afinó mi seguridad económica; ahora, una que otra vez podía ir al cine, o agregar una camisa a mi escuálido vestuario.

Durante las vacaciones estuve trabajando junto al jefe de los Departamentos de Ciencias Morfológicas y de Anatomía Patológica: Profesor, doctor Saúl Ernesto Hogilling Bracamonte; un hombre de personalidad recia, impactante por su estatura, que cuidaba obsesivamente su abundante pelo negro y su fino bigote; usaba trajes costosos, preferiblemente oscuros y típicamente corbatas de lazo; era uno de los expertos de mayor trayectoria y reconocimiento entre los patólogos del continente, un gran catedrático e investigador; con innovadores trabajos científicos y conocedor de las técnicas más actualizadas de investigación en el área forense. Además, tenía en su haber el reconocimiento por sus sofisticadas técnicas histológicas, de su participación en el esclarecimiento de los crímenes más resonados en el país, de la mayor experiencia en embalsamamiento y en la preparación de cadáveres de familias de la alta sociedad a costos desproporcionados.

El profesor había puesto los ojos en mí por mi perseverante presencia en las áreas de anatomía y en la morgue, queriendo saber más y más de morfología, aunque esta era una materia tan extensa que parecía que no tenía fin. Por eso me invito a ser su ayudante, y en poco tiempo me convertí en su mano derecha, su pupilo, aunque a un sueldo muy bajo en comparación con los honorarios que él obtenía por sus servicios, no solo por mis capacidades e inteligencia, sino, además, por la fuerte atracción por los cadáveres que con la cura que mi mamá me hizo desarrollé. No tenía dudas que estos eran los motivos que nos acercaban. El profesor me aupaba: “No te

preocupes por lo que ganes ahora, ya verás cómo adquirirás experiencia y luego serás compensado”. Él lo veía solo por la parte material; en cambio para mí eran ambas cosas: lo académico y lo económico a futuro.

El profesor Hogilling comenzó a hacerme invitaciones a su casa, lo que yo disfrutaba extremadamente, por los lujos, las comidas... Lo que me crispaba el cuerpo era su colección de armas, las que obsesivamente me mostraba con mucho orgullo, enfatizándome en sus proezas como cazador empedernido, sobre todo de su perfecta puntería, y los casos policiales que había ayudado a resolver, dejándome entre dicho secretos que guardaba en relación a algunas de sus armas preferidas.

Los dos primeros años mamá se olvidaba de todo, hasta de su salud, se ahogaba en restricciones y trabajaba doble para ahorrar con el poco dinero que ganaba y viajar a la capital a acompañarme en las vacaciones; aunque igual yo andaba lleno de ocupaciones, cuando no era haciendo guardias ayudando en la emergencia de algunas clínicas y hospitales, era ganándome cualquier cosa ayudando a mi maestro embalsamando muertos, o adelantando materias en cursos intensivos.

Al tercer año de la carrera, cuando mi maestro me dijo: “El próximo muerto es tuyo”, se presentó la oportunidad tanto esperada para preparar el primer cadáver donde los honorarios serían íntegros para mí. Mi maestro no me dejó solo; él estuvo allí a mi lado dándome seguridad. Una vez culminado el embalsamamiento, consideró que mi trabajo había sido excelente, le sentí la alegría en su rostro. Me sugirió que había coches usados que vendían a buen precio y en buenas condiciones, que era hora de que comprara uno, que el tiempo me rendiría el doble. Por mi parte, yo sabía que lo disfrutaría más que cualquier joven pudiente, porque como nunca había tenido nada, lógicamente, la emoción y el disfrute serían mayores. Compré un Corola con seis años de uso que estaba como de paquete, porque la única dueña que tuvo fue una mujer. Un año atrás, el chofer de mi profesor por orden de él me enseñó a manejar. En verdad la emoción no fue como yo pensaba,

a veces estaba tan metido en mis estudios que ni me acordaba que tenía un coche.

Una tarde, encontrándome en uno de los cafetines de la universidad con mi maestro Hogilling, recibí a través de un extraño emisario una carta acompañada de una foto de alguien que decía ser mi padre —no supe cómo me había localizado—, manifestándome que quería verme, para que yo escuchara su versión de porqué se separó de mi madre, que lo supiera comprender; que no era como ella me lo había contado... Al final de la carta ofrecía botar la casa por la ventana por el fiestón que realizaría porque su hijo del alma se graduaba de médico, seguramente con honores porque era un estudiante muy aventajado, según le habían informado. Esta carta me impactó tanto que me mordía de la rabia, me produjo un desquiciamiento tal que ante los ojos de mi profesor desafortunadamente me la comí junto con la foto. Y este, sorprendido, me advirtió:

— ¡Etanislao, te volviste loco!, ¿por qué haces eso? —me reprochó sin conocimiento de causa, ni de la procedencia ni el contenido de la comunicación.

— ¡Porque es la única forma de volver estiercol los deseos del que dice ser mi padre y que nunca conocí! para sacar un poco la inmensa rabia que he acumulado por toda mi vida — le respondí con los ojos desorbitados y una voz grave que el profesor nunca antes me había oído.

El me miró con sorpresa, y refunfuñó:

—No me parece, es inadecuada tu reacción. No tengo por qué darte explicaciones inmiscuyendo a mi familia para convencerte que es imposible cambiar a los padres, son los que la vida nos asignó y ya, un día te contaré como fue el mío en mi crianza, y ni por sus malos procederés yo llegué a odiarlo. Gracias a Estefanía, esa mujer que Dios puso en mi camino para que fuera mi esposa, mi compañera de toda la vida, pude comprenderlo; pero lamentablemente bien temprano se me fue. Todavía la amo. Sin embargo, Juliette tiene mal concepto de ella, aun después de muerta, y por más esfuerzos que hago no he podido convencerla que madre es una sola.

Yo sentí en su expresión que mi actitud le había dolido; más aún, después de un silencio prolongado agregó:

—Muchas de esas cosas que perturban tu vida un día verás cómo desaparecen, yo te ayudaré a superarlas; porque de verdad, te tengo alta estima y quisiera que tu mente esté limpia, libre de traumas, para que puedas labrarte un futuro promisor.

No sé qué despertó en mí esta confianza de mi profesor, que se me metió entre ceja y ceja la idea de tener información detallada acerca de su difunta esposa. Quise tener la oportunidad de alguna vez visitar su tumba, con la excusa que fuera, que de paso sobraban, al menos llevarle flores.

Al culminar el tercer año de medicina comencé a extrañar con más fuerza que nunca la casa donde me crie, mi cuartucho y esa gente de la que siempre me oculté por mi roída vestimenta y mis extremas limitaciones de sobrevivencia. Siempre tuve una profunda vergüenza de ser pobre, todos tenían más cosas que nosotros, pero de alguna manera estas personas estaban ligadas afectivamente a nuestras vidas y, en vez de mamá venir a Caracas como estaba acostumbrada, ese año decidí pasar las vacaciones de diciembre en San Juan.

Mi llegada al pueblo, aparentemente sorpresiva porque ella sospechaba que yo iba, le produjo un peligroso remolino de emociones que le hacían llevar las manos a su pecho oprimido por una inmensa alegría que se le salía de la piel. Llevaba muchos planes, había ahorrado dinero y tenía un coche en cuya maleta iba mi nuevo equipaje, que entre otras cosas contenía trajes para ambos comprados en la capital, puesto que como estábamos en diciembre, era el momento propicio para vestirla como a una reina y yo ser su príncipe. Sabía con lo que me iba a encontrar: el mismo grupito de las minas con sus fanfarronerías, en permanente ebriedad y bien trajeados, dándoselas de grandes potentados porque les habían pagado bonos, aguinaldos. Pero esta vez sería diferente, no tendría que esconderme detrás del tronco de la ceiba, ni arrastrarme por el suelo tragando el polvo de mi propia vergüenza. Aparentemente comenzaba a adquirir coraje para superar el *complejo* de ser pobre. Lo que nunca logré.

No tenía dos días de mi llegada, ni siquiera había salido de mi casa a saludar a la gente porque aún no me recuperaba del trajín del viaje, la fuerte emoción de ver a mi mamá y estar juntito a ella, además del sacrificado año que había tenido estudiando, trabajando, cuando llegó la noticia de que a mi padrino Wenceslao lo encontraron en una de sus fincas hinchado y podrido. Tendría unos tres días de fallecido, porque mamá no aguantó las ganas de darle la sorpresa de mi llegada, y se adelantó a llamarlo y decirle que posiblemente yo vendría a recibir el Año Nuevo con ella, que en cuanto llegara ella le avisaba, para que se diera una acercadita y viera lo buenmozo, pulcro y educado que estaba su ahijado que ya era medio médico; y de eso, según ella me dijo, no hacía más de tres días que por teléfono había oído su voz por última vez. Mis planes de vestir a mamá de reina, hacer hallacas..., se vinieron abajo, ya que estaríamos de duelo, no era para menos, se trataba de mi padrino, a quien seguía sintiendo como el padre que no tuve. Qué se podía hacer, ese era nuestro destino.

Partimos en mi coche acompañados de un vecino que también asistiría al entierro. Este sería un velorio sin mucho protocolo por el estado de putrefacción en que seguramente se encontraba el cadáver; la única forma de retrasar su entierro era que los hijos pidieran que se le realizara la autopsia. No había tiempo para esperar a su hija que vivía en el exterior, para que lo viera por última vez; aunque sí lo hacía, vendría interesada por la herencia. Esta sería una pelea *a cuchillos* con sus hermanos.

Di mi primera sorpresa y de satisfacción, allí, en esa ciudad donde sufrí un grave trauma psicológico por el miedo a los muertos. Después de la autopsia legal de la que sería objeto mi padrino, prepararía mi primer cadáver sin presencia de mi maestro, porque siempre había actuado acompañado por él. Lo dejé jovencito, todas esas señoras coetáneas de él exclamaban: “¡Ay, Dios mío, quedó igualito a cuando tenía cuarenta años!”, aunque rayaba en los sesenta.

Después vinieron días muy duros, porque sufrí una recaída del miedo a los muertos, con mis respectivas crisis de pánico. Solo mamá lo supo, quizá primero que yo, porque ella al

verme los ojos y toda la expresión de mi cara, sabía que la enfermedad que me atacó en aquella noche aciaga había regresado; y todo nuevamente por culpa de mi padrino, a quien se le ocurrió morir de esa manera y precisamente después de tres años de mi ausencia de San Juan. Su rostro adquirió el poder de la omnipresencia, invadiendo todos mis espacios; a donde quiera que veía lo miraba; si cerraba los ojos, igual lo miraba con su sombrero pelo e guamo, su diente de oro, su camisa llenas de tacos —por su tacañería—, y a veces hasta su voz vibrante y grave oía, la que solamente modulaba para mí, para hablarme con cariño; no así para sus hijos.

Mamá me preguntó si estaba muy preocupado porque ahora no tendría el apoyo económico de él.

—No, mamá, no sé qué me pasa, creo que es lo de aquella noche en Los Barrancos que me está dando nuevamente; no tengo otras preocupaciones, porque usted bien sabe que hace un buen tiempo me ayudo como preparador en esa materia que se llama Anatomía, y embalsamando muertos me ha ido bien; de los estudios, como también lo sabe, he disfrutado de una beca por mi buen rendimiento durante estos tres años; es bastante lo que he ahorrado, por eso es que no entiendo lo qué me pasa.

— ¡Ay, qué bueno hijo, a pesá de lo que está pasado me da un alivio!

El dos de enero tenía que regresar a la capital, simultáneamente incubaba la idea de cómo rescatar el cadáver de mi padrino para tenerlo en un museo que rondaba entre mis futuros proyectos. Los miedos no me preocupaban, porque nuevamente me dedicaría a ver enfermos graves y cadáveres para reforzar mi cura, ya que de todas maneras a medida que avanzara años de carrera sería obligatorio estar en frecuente contacto con enfermos y muertos; eso formaba parte de mi existencia hasta que llegara mi propia muerte, porque estaba consciente que me casaba con esta profesión para toda la vida.

Un día después de llegar a la universidad las autoridades suspendieron las actividades por problemas políticos. Allí me di cuenta que me hacía falta ver cadáveres; esto se estaba volviendo una obsesión, una necesidad, y no sé si esta añoranza era buena.

El señor que decía ser mi padre continuó con el persistente acoso en su interés de conocerme, para ayudarme y muchas promesas más. Mi conciencia me reclamaba por no haberle hablado a mamá de lo que me pasaba con este extraño; porque sabía cuál iba a ser su reacción y no quería preocuparla. A través de un teléfono público le exigí privacidad y quedamos en vernos en un pasaje solitario cerca de su mansión.

Hasta allá me desplazé en mi coche un viernes por la noche. En una primera vuelta vi a un hombre solitario a la hora y en el sitio acordado. Todos los detalles fisonómicos y la estatura, a vuelo de pájaro, me decían que era él. Me llamó la atención que un coche muy lujoso, de vidrios ahumados me seguía de cerca. Como en este primer intento no quise detenerme porque la voz de mamá me decía: “¡Mátalo, mátalo!; ¡me etedió...! mátalo, tiene que matarlo!”, y alguna parte de mi conciencia se revelaba a este mandato que ella albergó en mí desde mi nacimiento. No sé en qué tiempo di la vuelta, volví al sitio y allí permanecía el hombre. Al alumbrarlo con la luz alta no tuve dudas de que era mi padre. El coche que antes referí se me encimó, creo que impactó al mío y en ese mismo momento arrojó al hombre en cuestión, o fui yo quien lo estropeó; de eso me quedó un recuerdo confuso, no obstante, como que sí vi que mi profesor lo conducía.

Ese fin de semana fue desastroso, en mi mente danzaba la imagen del hombre arrollado cuando iba en el aire, su rostro, pese a la expresión de dolor, era el mío envejecido; me sentía sucio, mamá Edecia había logrado que yo fuera un parricida, y luego para colmo sería médico. Lo único que por momentos me aliviaba de ese tormento era la duda de si golpeé con el coche a mi padre, o fue mi maestro en su desproporcionada admiración y sobreprotección que me tenía; más aún, cuando él quería mantenerme limpio de conciencia y poder realizar a través de mi persona todos los sueños que él no pudo realizar, aun, habiendo logrado la cima del éxito; aunque yo sabía que él no tenía fuerza moral para hacer de mí lo que él deseaba.

Antes de este hecho, llevaba unos quince días cursando la asignatura Anatomía Patológica y presenciaria, formalmente, la primera autopsia el lunes venidero a las siete de la mañana.

Llegado el día de la práctica, explicaba el profesor de esa asignatura que realizaría la autopsia: “Se trata de un mendigo, caucásico, de sesenta y cuatro años de edad, de sexo masculino, leptosomático, de un metro setenta y ocho centímetros de estatura, que murió hace tres días a las ocho o a las nueve de la noche, aproximadamente. Según informe policial, y del forense que levantó el cadáver el hecho sucedió en un sitio muy próximo a la que fue su casa. Aunque su estado físico previamente era de deterioro, la muerte se produjo por politraumatismos, pero el causante directo de su deceso fue el grave traumatismo craneal que sufrió al ser arrollado por un vehículo que se dio a la fuga. En esta autopsia debo ser más cuidadoso que en cualquier otra —continuaba exponiendo el docente—, aunque todas son importantes, pero este cadáver fue traído por cuerpos policiales, porque reviste carácter legal, ya que hay información extraoficial de que esta persona fue muy adinerada y echada de su casa por la que fungía de esposa. Existe el antecedente de que en componenda con los hijos de ella, no así de él, poco a poco lo fueron enloqueciendo, al desquiciarlo totalmente lo internaron en un hospital para enfermos mentales, para despojarlo de sus bienes, que eran bastantes; luego, cuando egresó de la institución psiquiátrica, lo echaron a la calle con lo puesto. Los familiares, de los que se dice que le despojaron de toda su fortuna y le ocasionaron la muerte, hasta ahora tienen todas las coartadas que impiden que se pueda demostrar que ellos lo arrollaron o mandaron a alguien.

A continuación de esta introducción, a las siete y treinta de la mañana, el profesor ordenó a sus ayudantes, que se mantenían detrás de nosotros como *mirones de palo*, de ojos desorbitados y brazos cruzados, ambos fuertes y barrigones, vestidos de batas grises que les daban hasta las rodillas y trenzadas a sus espaldas, traer el cadáver que sería autopsiado. Apenas estábamos siete alumnos para presenciar la autopsia, cuando, desde una camilla tipo cubeta de aluminio, los mismos hombres que trajeron el cadáver, lo mecieron y lo dejaron caer en un mesón de granito que era un poco más bajo que la camilla. Se produjo un porrazo seco que estremeció a todos los bachilleres presentes; fue como que si el golpe lo hubiera sufrido

un ser vivo, y a los estudiantes les hubiera dolido en el alma; a mí no me afligió este hecho, pero sí me pasó una película de mi doloroso pasado y del sufrimiento de mamá Edecia. Yo me sentía como ausente, me confundía en mi expresión y actitud con el resto del grupo. Realmente sufría, me sentía mal; no por repulsión, menos rechazo a algo a lo que yo estaba acostumbrado, sino que desde el momento en que tuve la convicción de que ese era el cadáver de mí abominable padre, y recordé la primera vez que mamá me lo describió con una foto tipo carnet, cuando yo apenas tenía cuatro años de edad, la recordaba diciéndome: "... y uté va a crecé pa que mate a ese muégano...". Esa también fue la imagen que me quedó la noche en que lo vi esperándome en la oscuridad. Sí era él, quedó muy demacrado, las *patas de gallo* y la barba descuidada lo hacían ver algo diferente de cerca.

Cuando abrieron tórax y abdomen, se sentían las respiraciones disarmónicas de todos los presentes —menos del patólogo y sus ayudantes—. El acto se hizo más espeluznante cuando el ambiente comenzó a enrarecerse por el hedor nauseabundo que expelía el contenido de sus intestinos; evocaba a los originales hedores de lo que el mendigo había comido uno o dos días antes de su muerte, en una caricatura descompuesta y repulsiva de lo que en algún momento fue comida para animales.

A los cuarenta minutos de iniciada la necropsia, con simultáneas explicaciones del docente, en un tedioso monólogo nos explicaba el porqué tomaba muestras de tejidos que en forma muy ordenada colocaba en recipientes acerados en forma de riñón, las caras de los bachilleres se tornaban lánguidas, con ojos desorbitados, de respiración contenida, privándose del elemento vital, agravando el amarillejo de sus rostros, con la boca llena de una saliva espesa en hermandad con la náusea que anunciaba el vómito. El docente mientras observaba nuestros rostros nos decía irónicamente:

—¿Ustedes no quieren ser médicos?, ¡pues, esto no es nada para lo que tendrán que vivir y soportar en esta bella profesión!

Ese día vomité varias veces; como no había comido nada, lo que botaba era agua verdosa, que simbolizaba lo que verdade-

ramente quería botar: la mezclanza de rabia, llanto, frustraciones y de tanto odio y rencores acumulados. Confirmando que mi vida era una tormenta que nunca cesaría, convencido de que con esas vivencias dentro de mí nunca resolvería los traumas que albergaba en mi mente; contrariamente, eran motivos para ser más obstinado en mi existencia.

Dos días después de la autopsia el miedo regresó, me di cuenta que era diferente al que me produjo los cuentos de la noche aciaga, como también lo era al de los cadáveres que hasta ahora había visto en la asignatura Anatomía Humana y en los embalsamamientos. Toda mi fobia volvió, pese a que ahora tenía suficiente denuedo para enfrentarla; aunque había un nuevo elemento disociador que mi mente apenas podía soportar.

Llamé a mi casa en San Juan con la noticia:

— ¡Mamá, bendición!, ¿cómo ha estado mi viejita?

— ¡Dio lo bediga mijo!, eperado que uté vega pa que me traiga buena medicina.

—Le tengo algo mejor que cualquier medicina que pueda existir en este mundo para usted: ¡ya el señor que nos abandonó murió!, fui a la primera autopsia formal de la carrera, y el cadáver que autopsiaron era el de él; cómo podría olvidar esa cara que usted me describió cuando niño. No la había llamado antes porque esperaba estar bien seguro de que era él.

— ¡Mijo!, eso no era que yo quería, que tuviera tata cosideració y hata ese exame le hiciera. Siepre quise que sufriera, pa que pagara tato daño que hizo. Tedré que viví co ete pesá e mi alma, de no habé podió vegame de muégano ese.

—Mamá, escúchame, murió como un mendigo, la mujer a la que se unió lo despojó de todos sus bienes, lo fue envenenando poco a poco, y logró enloquecerlo; lo echó a la calle y luego lo mandó a arrollar con un vehículo para ocasionarle la muerte... Peor no podía ser.

—Sí, mijo, ella pudo disfrutá to e daño que le hizo, poque era ta mala como él; pero yo no, yo tedré que trágame la sé de vegame, chupame el pus de mi herida pa que no se pudra ni sagre má...

Me trancó el teléfono sin despedirse, cosa que nunca antes me había hecho, y para colmo, ni siquiera estaba seguro sí

realmente yo lo había matado, como ella me lo ordenó, para al menos tener mi conciencia más tranquila por haber cumplido con el mandato de mi madre.

Estaba consciente que mi *ello* liberado se mimetizaba transgresor, producto de las inconcebibles privaciones a las que ella me sometió, y que mi mente en rebeldía caricaturizaba lo que ella deseaba que yo fuera, agravado por mi inteligencia, que me inducía conductas cada vez más complicadas a la razón y reprochables por el entorno que, por mi soledad, yo mismo lo constituía. Ya no soportaba lo pútrido que mi mente albergaba, pero el monstruo moral que ella me creó me impedía incinerarlo dentro de mi propia mente. Mi cuerpo y mi alma tenían que desaguar mi tormento, que no era más que una ruina de conductas enfermizas que yo reconocía, pero tenía que ocultarlas, aunque en los momentos más desesperantes de mi vida quería que todos lo supieran, que más bien era un rebelde, que en secreto inconsciente odiaba a mamá Edecia, la que me llevó por los caminos más inciertos, me hizo un ser aislado que solo la amaba y la deseaba a ella, un necrófilo que rayaba en la locura, porque ella lo quiso así; primero ella para todo, sin medida en las consecuencias de su conducta sobre mi persona.

La autopsia de mi padre me produjo una recaída de la ansiedad, soñaba repetitivamente con él en una misma noche, pero ahora tenía recursos mentales para enfrentarme al miedo, debía vencer de nuevo esta enfermedad. Solo que debía llevar a cabo una titánica lucha para subyugar la culpa, la perversión y este nuevo y viejo escollo: la ansiedad convertida en fobia; ahora corroboré el hecho de que cuando el muerto era conocido y estaba ligado a mí afectivamente, era cuando me producía recaídas.

En este ínterin en que las ideas hacían un remolino en mi mente, se me ocurrió con esta nueva experiencia que tenía que hacer como los maratonistas cuando en plena carrera pasan a un contendor, luego tienen que arreciar el paso, para que deje de ser un riesgo en la carrera, de una vez por todas perderse de vista y no quedarse allí a su lado contemplándolo, sintiéndole su jadeo, su respiración; así tendría que ser en

mi vida con mi enfermedad, dejarla bien atrás, que más nunca sintiera su resuello ni tuviera la posibilidad de atraparme. Luego me volví un empedernido más selectivo en las autopsias que presenciaba. Era muy detallista en las páginas rojas de la prensa, para enterarme de casos de quemados, suicidios, descuartizados, envenenamientos..., y mientras más trágica la muerte, mejor. Era una carrera sin fin, ya más nunca tuve miedos, pero seguía luchando como si existieran.

Aunque ya había aprobado la asignatura Anatomía Patológica, no dejaba de asistir a autopsias en forma compulsiva. Esto se volvió una peligrosa obsesión. A pesar de mi obcecación y todos mis esfuerzos al estudiar esa asignatura, en ella obtuve la nota más baja de toda mi carrera, pese a que en la historia de la universidad nadie había obtenido los dieciocho puntos que yo logré; puesto que en este Departamento todos los docentes, incluido mi maestro, eran del criterio de que el veinte era del profesor —mi promedio seguía siendo el más alto de mi promoción.

Luego me entusiasmé por la disección de animales, los que a veces obtenía de la cacería que hacía con mi profesor Hogilling en una de sus fincas preferidas, donde él criaba conejos, venados, tigres... para luego matarlos por las noches de algunos fines de semana, montado en un jeep que él mandó a acondicionar para tal fin, alumbrando con un reflector sostenido entre sus piernas, ebrio, gritándole al chofer que acelerara el vehículo, mientras fungía ser un gran cazador, haciendo alarde de su óptima puntería. Cuando yo disecaba a los animales que cazábamos los dejaba como que sí estuvieran vivos, para luego siempre hacerme la misma pregunta: ¿obtendré iguales resultados con humanos? Realicé todos los cursos para embalsamar de los que tuviera información, en ellos desarrollaba esbozos fingidos de integración a la odiosa vida social.

Cuando mi maestro me encontró intentando preparar cadáveres para que duraran más de ocho días sin descomponerse, a fines de esperar a familiares que tardarían en presentarse al velorio por encontrarse en el exterior o por cualquier otro motivo, fue él quien le dio el toque final a mis búsquedas que aún yo las consideraba inciertas e inconsistentes, al decirme:

—Etanislao, usted tiene que ser patólogo, porque en otras áreas de la medicina no tiene nada que buscar.

La respuesta que se me ocurrió fue:

—No estoy muy seguro, apenas comienzo. No sé si en algún momento me aburriré de esto, aún tengo muchos escollos por vencer y muchas otras materias por cursar en la carrera, quién sabe si me entusiasmo con alguna de ellas; además, soy muy sentimental y para algunas especialidades eso no es recomendable —siempre sin soltar prenda, como mi madrecita me enseñó.

Una mañana con el cielo un poco oscurecido, de esas en las que uno no quiere salir de la cama, pero no solo eso, sino que no me sentía bien del cuerpo, había soñado algo que no podía precisar, era como que se me habían caído todos los dientes; aún despierto seguía con esa sensación en la boca, por lo que me pasaba la lengua a cada rato para asegurarme de que los tenía ahí. Desayunaba leche con hojuelas de maíz y una rodaja de piña, cuando repicó el teléfono. Seis y quince minutos de la mañana; esa era la hora en la que ella me llamaba todos los días. Su saludo era como una grabación repetida en su contenido:

— ¡Bue día mijo, Dio me lo bediga!, ¿cómo maneció?, ¿ya desayunó?, ¿cómo te prepara hoy?

— ¡Mamá, bendición!, todo bien, listo para enfrentar el día. Hoy para variar tengo trabajo fuerte, en este mismo momento estoy desayunando, ¿y ya usted desayunó?

—Yo me sieto mu bie gracia a Dio..., me dijite de comé... e u rato, po ahí tego comida que me pasó Chelina, la dejé pa ma tarde cuado provoque. Bueno, mijo, pa eso de trabajo ute ta prepara, que tega bue día. Dio me lo bediga.

—Igualmente, ¡bendición!, la llamo en la noche —me despedí sin asomarle en absoluto que no me sentía bien.

Aún no eran las once de la mañana cuando el móvil volvió a repicar. Yo no quería atenderlo porque después de hablar con ella quedé con un mal presentimiento y, además, tenía los guantes sucios porque estaba ayudando en una autopsia. Pero luego me resigné a atenderlo:

— ¡Buenos días! —saludé.

— ¡Buenos días, Etanislao! —me dijo esa voz que yo reconocía bajo cualquier circunstancia en la que me encontrara.

Pensé que era más de lo mismo: pedirme que hablara con mamá para que se comportara debidamente porque la había agredido nuevamente, con las amenazas de siempre.

— ¡Señora Chelina!, ¿cómo está usted?, ¿qué se le ofrece? — le respondí cambiando de opinión y pensando que a alguno de sus hijos le había sucedido algo, convencido de que ese era el destino de los jóvenes de San Juan.

¡Desastroso!, esa vieja fue la comisionada para darme la destrozadora noticia, ya que mamá solo le había confiado el número de mi móvil a su sempiterna enemiga; aunque en el fondo se querían como hermanas.

— ¡A mí no se me ofrece nada!, prepárese pa lo que le voy a decí: ¡conseguimos a Edecia muerta hace media hora! ¡Íngrima y sola murió, porque lo único que tenía era a usted, y desde cuándo que la abandonó! Es necesario que se venga urgentemente a atenderla, aquí los vecinos estamos haciendo lo poco que podemos para el funeral. Lo único que puedo adelantarle es que en su casa estuvo un hombre extraño de aspecto fino, aunque mal vestido, que no sé con qué fin la visitó, yo no tuve tiempo de averiguá nada, y cuando fui a preguntarle de qué se trataba la encontré muerta...

Las palabras de esa vieja bruja contenían un caudal de sentimientos de venganza; la que ya no podría descargar en mamá Edecia, supuestamente muerta, la drenaba conmigo; era su última oportunidad, y en parte lo logró, porque desde cualquier sitio en donde ella se encontrara seguramente se retorció de rabia e impotencia al no poder resarcir el daño que la vieja esa me producía en escasos segundos. Me quedé sin aliento, no lo podía creer, tenía que sacar fuerzas para enfrentar todo lo que me venía y que me parecía imposible soportar; más aún, llegué a pensar que esto era una broma bien pesada de esa para martirizarme. ¡Pero si yo hablé con ella temprano en la mañana!, apenas hacía cuatro horas o menos... Todavía me quedaba un esbozo de esperanza, aunque sentí que no valía la pena seguir, estaba sin fuerzas, una sensación de mirada desorbitada, un desasosiego recorría todo mi cuerpo, me sentía como en el aire, estaba trancado, todo se me quedaba del pecho para abajo, no me salía el llanto que era muy necesario para aguantar, para desahogarme.

El patólogo a quien yo acompañaba en la autopsia se quedó mirándome y me preguntó con frialdad:

— ¡Cómo que se raspó algún conocido!

— ¡Sí, sí! Se trata de mi mamá. Discúlpeme doctor, pero no podré continuar, tengo que marcharme ya.

—Cuánto lo lamento, ¿y de qué murió?

— ¡No sé, no sé, la tienen en San Juan!, debo partir inmediatamente para allá.

Él patólogo se percató de lo mal que me encontraba, porque me sugirió:

—Es conveniente que busques quien te acompañe, para que no manejes en esas condiciones, y si vas solo, anda con mucho cuidado que de todas maneras ya está muerta; no sea que en vez de una sean dos.

—Gracias, doctor —le dije, a pesar de que su última frase la sentí como una puñalada en mi corazón.

No busqué acompañante para el viaje porque lo que quería era llorar. No sabía qué hacer. Por primera vez en mi vida tuve tanta claridad de que yo era solo en este mundo. Como a la media hora de ir en la carretera, me acordé que debía avisarle a mi maestro lo que me estaba sucediendo. Estacioné el coche en una explayada de la vía y lo llamé a su móvil.

— ¡Maestro Hogilling...! ¡Maestro!... es Etanislao.

— ¡Qué pasa, que tienes la voz tan rara!, no te conocía.

— ¡Maestro, maestro!..., ¡cónchale maestro, se murió mi mamá, se me fue!..., ¡no sé qué hacer, estoy desesperado!, ¡necesito su ayuda, que me dé fuerzas...!, uugh, uugh...

— ¡Espérame!; ¡yo te acompaño, no se te ocurra manejar en esas condiciones, yo te busco donde estés, dime dónde te encuentras y no te muevas de allí!

—Maestro, es que ya voy en camino... Gracias, seré cuidadoso como usted me dice..., me controlaré, se lo garantizo.

—Él sí podía imaginarse en qué condiciones me encontraba, porque él sabía quién era ella para mí.

Yo manejaba muy lento por temor a tener un accidente, porque cuando logré explotar fue tan intensa la crisis de llanto, que en momentos me detenía en la vía o el coche prácticamente iba solo, a riesgo de producir otras muertes, o lo del

destino de mis amigos; lista en la cual según la lógica me encontraba, por lo que tenía que ser muy cuidadoso. A las siete horas de viaje estaba cerca de la medicatura de San Juan, donde tenían el cadáver. Llegamos casi iguales, aunque había salido mucho antes que mi maestro Hogilling. Él fue quien me corroboró lo de la muerte de mamá, al llamarme de su móvil para informarme:

—Etanislao, ¿dónde te encuentras?... , porque ya yo estoy aquí en la medicatura de San Juan; voy a realizar las diligencias de la parte legal, soy partidario de que se le haga la autopsia ya que fue una muerte súbita, y no me impresiona como muerte natural por lo que debemos actuar ahora mismo. La tendremos en el depósito de la medicatura, aquí no hay morgue ni cavas donde conservarla.

Mi maestro fue muy frío al confirmarme la muerte, nuevamente me sentí apuñalado en la herida... Apenas alcancé a responderle:

— ¡Ah, ah, sí profesor, lo que usted diga!, ¡yo me siento muy mal!

—Te comprendo, no es para menos, yo sé que ella fue una madre especial, pero hay que resolver... ¡Yo estoy contigo!

No vacilé en brindarme todo el apoyo que él sabía que yo, su pupilo, necesitaba en estos momentos tan difíciles.

Cuando entré a la medicatura, tenía la necesidad de que me sostuvieran; temía caer en cualquier momento porque me sentía sin fuerzas, extraño, caminaba como en el aire. Para verla tenía que subir unos tres escalones que llevaban al depósito; no levanté bien el pie derecho en el segundo escalón, por lo que trastabillé y fui a dar donde estaba un enfermero, quien me tomó por la cintura para que no cayera. Cuando vi la sábana azulada, adornada con flores en hilo de seda rosado, bordadas por ella misma, cubriendo su cadáver, del pecho me salió un involuntario y profundo gemido: esa era la sábana que usábamos cuando ella me pasaba a su cama para que yo no durmiera solo, con esa nos arropábamos, siempre olía a limpio; pero ahora no, ahora estaba llena de vómitos y heces, la descorrí para verle la cara; estaba con el rostro amarillado, sin perder su donaire, aún tenía los ojos abiertos..., esperando que yo llegara para que se los cerrara. Me sentía confuso,

creía o deseaba que estuviera dormida, le sobé las canas de sus sienes, una película de nuestras vidas pasó por mi mente, nos miramos no sé qué tiempo, displacé mis dedos derechos desde su frente, y con una sola mano le cerré los ojos. Cuando hice este último movimiento, sentí como que en realidad ella acababa de morir; entonces voltee y estallé:

— ¡Cómo se te ocurre hacerme esto mamá Edecial, ¡porqué tantos esfuerzos para que ahora me dejes!... —le reclamé ahogado en llanto—, ¡para qué me engañaste, si apenas hace unas horas me dijiste que me esperarías, ahora qué hago yo solito en este infierno! —Le descorrí un poco más la sábana, la abracé, le di un beso en la boca, y volví a estallar en llanto... En las intermitencias, no era que me calmaba, porque el dolor moral era más intenso cuando dejaba de llorar. Daba vueltas en lo incierto, quería volver a abrazarla, quería desaparecer de allí..., no sabía que quería... y por automatismos seguía exhalando dolor.

— ¡Ayyy, mamá Edecial, ¿por qué te vas tan temprano?!, ¿cuál es el apuro? nunca imaginé que me dejarías, ¿por qué me abandonas...? ¿Para qué seguir, si los motivos de mi lucha se van contigo?, ¡siempre pensé que yo tenía que irme primero... porque tú eras más fuerte...!

En ese momento no supe más de mí, ahora fue el maestro Hogiling quien me tomó por la cintura... Cuando reaccioné, estrujé la sábana que fue de los dos y la volví a cubrir con una sola idea en mi mente: se va tu alma y lo que sea, pero tu cuerpo se quedará conmigo para la eternidad —fue el único gesto de fortaleza que me salió en ese momento—. Aunque cuando me calmaba concientizaba que el alma de mi madre nunca se iría de mí mientras yo existiera, porque la crianza que me dio, las responsabilidades que me asignó a través de sus mensajes y su sentimiento de propiedad sobre mí persona hicieron que su alma se enraizara en cada fibra de mi corazón, de mi psiquis y de todo mi cuerpo de manera inseparable mientras yo existiera.

Frente a la medicatura estaban los vecinos como unos animalitos asustados, la mayoría agachados debajo de un árbol de almendrón. Eran como las cinco y media de la tarde cuando le sugerí al médico de San Juan que los dejara pasar para que

la vieran. Se aglomeraron alrededor del cadáver, todos con los ojos agrandados y la respiración entrecortada; nadie lloraba, había poca gente conocida por mí, los demás sabía que eran del pueblo, pero no los conocía de trato. Algunos estaban sorprendidos por lo súbito de la muerte, lo expresaban en susurros con voces quebradas, llenos de dolor e incompreensión acerca de lo que era la muerte. Chelina tuvo la idea de llevarla a su penúltima morada, la de toda su vida desde que tenía cinco años de edad; allí la velarían. “Después, si su hijo quiere quemarla, que la queme”, dijo en voz alta.

Mi maestro la *preparó* para que, en lo inmediato, durara unas setenta y dos horas, después se vería qué tratamiento especial se le daría, porque suponía que yo no la incineraría. Por orden de él traerían un féretro desde la capital.

Cuando ya el sol encandilaba nos la llevamos para la casa. Chelina, quien estaba muy preocupada porque el hombre que recibió la única corona que había en el velorio le parecía conocido, pero no lograba identificarlo, había improvisado un salón velatorio con cortinas negras en las puertas, dos mesas adheridas una a la otra cubiertas con sábanas blancas en donde ubicarían el féretro que encargó mi maestro para depositar el cadáver de mi madre, en lo alto de la misma pared colocarían un Cristo grande de madera que usaban en todos los velorios del pueblo. Pegadas a las paredes de la sala había una heterogeneidad de sillas prestadas por algunos vecinos. De ornamentos solo había una corona que decía: Dr. Saúl Hogilling y familia, y muchas ramas de helechos y flores que crecían silvestres en el patio de las casas vecinas.

Súbitamente Chelina se paró al lado del cadáver y con fuerte voz expresó:

—¡Adiós Edecia, para mí fuiste como una hermanal, Dios, el santísimo sacramento y la Virgen de Coromoto te perdonen por todas las cosas malas que me hiciste, como también tienes que reconocer que yo comía lo mejor de ti y tú lo mejor de mí. Si algo me duele de tu muerte, es ver tanto que te jodiste vendiendo sarrapias y haciendo dulces para mantener a tu hijo y no podrás verlo graduao; así es la vida, quién sabe qué mujé lo irá a disfrutá. ¡Dios te perdone todos tus pecados

y te tenga en su gloria! ¡Cómo te extrañaré! ¡Descansa en paz mi hermana! —y estalló en llanto.

Después de estas palabras, conversé con algunos de los presentes que se interesaban en saber a qué hora la enterrarían, y les informaba que mamá sería cremada para yo conservar sus cenizas y tenerla siempre cerca de mí.

A Chelina no le pareció justo que no se le diera una cristiana sepultura, como lo mandaba Dios. Y lo dijo a toda voz en pleno público:

— ¡Los que queman a sus muertos es porque no les duelen, y nunca tienen razón, porque, aunque los muertos no sientan dolor, a los vivos que los queremos si nos duele en el corazón! Solamente su hijo, El mocho, se desató en insulsos e inadecuados aplausos, más nadie movió un dedo.

El profesor, al notarme tan compungido, me recordó que me iba a ser difícil desprenderme del cadáver de ella, por lo que creía que era necesario conservarla, y aprovechó para hablarme de una novedosa técnica que me llevaría mucho tiempo realizar, pero que me garantizaba que mientras yo viviera el cadáver estaría en buenas condiciones, y me permitiría aliviar más de la mitad del dolor que su muerte me produjo. Yo le dije que tenía eso entre mis planes, y al referirle sobre el secreto de una nueva técnica de embalsamamiento que yo creé, pero que solo la había practicado en animales, esta resultó ser idénticamente igual a la que mi maestro había descubierto, que también la había mantenido en secreto.

Experimentaría con esta nueva técnica con la esperanza de que el cadáver durara mientras yo existiera, pensando que nunca me resignaría a aceptar que ella se había ido, y más aún en esas circunstancias; al menos el dolor moral de la separación se reduciría enormemente, tratándose de una persona que ni siquiera estaba enferma, la que me había dado todo, la que a pesar de que no sabía leer ni hablar y con tan escasos recursos económicos no se desesperó y me hizo un obrero a los quince años, como habían hecho las otras madres del pueblo con sus hijos. Me habituó a tener un diccionario a mi lado para que desarrollara un buen lenguaje, me insistía en que tenía que aprender a hablar bien, por lo menos español

e inglés, la que me guio hasta el mismo día de su muerte y en los últimos minutos de su vida me había dado los consejos del día. ¿Por qué el destino falaz tenía que hacerme tan mala jugada?; por eso iba a ser imposible resignarme, esta rabia y el profundo dolor del que no se escapó ni un solo pedazo de mi cuerpo cambiaría mi vida. No quise notas de condolencia ni rezos, porque los veía como dardos lanzados a mi dolor; sin embargo, Chelina ya los había organizado.

La noche del velorio aparecieron las conocidas rezanderas del pueblo. Eran dos señoras expertas en estas lides; lo habían hecho toda su vida. La entrada de estos personajes a cualquier velorio era típica: llegaban dando órdenes, ubicando a los presentes en los asientos. Característicamente actuaban con mucha rapidez; porque la gente podía estar hablando de cualquier cosa, recordando anécdotas y peripecias del muerto o saboreando un café, cuando surgía una voz acartonada que parecía venir de la misma ultratumba con un padrenuestro en la boca, e inmediatamente los presentes tenían que enfilarse a corear sus rezos. Entre ellas acordaron: “Comenzaremos con un rosario, después las letanías y por último finalizaremos con una coronilla y unos cánticos que aún no se le han realizado”.

Chelina salía de la cocina con dos amigas detrás de ella; venían de tomar té con anís estrellado y canela, para tener fuerzas, aguantar tanto trajín y tan dolorosa pérdida. Al ver a las rezanderas gritó:

— ¡Qué está pasando aquí!, ¿quién las invitó?, ¡ustedes no tienen nada que ve con esta muerta, faltas de respeto!, ¡zamaras!, que donde haya un muerto ahí están pa montá su teatro y salí muy orondas como que si hubieran resucitado al difunto, si lo único que les interesa es llamá la atención, aquí este tipo de gente no me monta su show... ¡Se salen de aquí antes que se seque esta saliva! —Y escupió en el centro de la sala—. Acuérdense que están dentro de mi casa y no respondo por lo que haga, tengo todos mis derechos —miró altiva a su derredor, en actitud de demostrar ser una mujer de carácter que se hacía respetar.

Las rezanderas salieron cabizbajas, reforzadas sus actitudes por miradas lastimosas de los presentes en desaprobación

de la conducta de Chelina, considerando que ellas eran muy queridas en el pueblo, y con sus rezos, un ceremonial tan importante, lograban que el alma del muerto descansara, llegara hasta Dios y aliviaban el dolor de los deudos.

Decidí asistir a los rezos organizados por la vecina, aunque dentro de mí había una confusión en relación a su persona y la fatalidad que me agobiaba, porque en lo inmediato estaba agradecido por todo lo que ella había hecho por mi madre.

En un momento quedé solo, y pude mirar a mi interior, reconocía que mi ánimo andaba por el suelo, me sentía íngrimo en este mundo, pensé que no valía la pena seguir estudiando; porque de verdad, mi estado anhedónico me producía un total desinterés, no tenía deseos de nada ni para nada; tomé clara conciencia de que lo único que tenía en mi vida era a mamá Edecia, y mi otro gran motivo para vivir, que eran mis estudios, ya no tenían razón de ser; además, mi record académico se ponía injustamente en riesgo por los días que llevaba ausente de la universidad. Todo se perdió en un instante. Sentí ganas de desaparecer, la idea de dejar de vivir pasó por mi mente varias veces.

Pese al mal momento por el que pasaba, tuve un hálito de esperanza a través de mi maestro, quien me informó que por un estallido de conflictos políticos en la universidad, las actividades fueron suspendidas indefinidamente, porque en uno de esos enfrentamientos hubo un estudiante muerto; de manera que hasta ahora no había perdido clases ni evaluaciones. Esto me libraba de la necesidad de estar llevando reposos o buscando cualquier otro tipo de excusas para que no se me aplicaran los reglamentos internos propios de la institución, lo que me produjo un estado de ambivalencia, ya que me dolía mucho mi universidad y así lo manifestaba cada vez que esta era afectada por asuntos políticos propiciados por los que iban a ella en otras búsquedas que no eran precisamente las académicas.

A la semana siguiente me volvieron los miedos, pensaba mucho revisando nuestro pasado... Tantos sacrificios. Extrañamente, los deseos de seguir estudiando reaparecían lenta y progresivamente. Ante la pregunta de la gente de qué hice con la difunta: siempre sostuve que la llevé a la capital para

cremarla. Estuve más de una semana con sus respectivas noches embalsamando el cadáver, comiendo muy poco y a ocultas, para que nadie se enterara de mi presencia en la casa. De mucho me sirvió ser una persona de pocos o de ningún amigo, porque eso facilitaba mi ocultamiento; sin embargo, debía cuidarme de la vecina que se mantenía al acecho y era muy chismosa.

La embalsamé con tanto esmero y delicadeza que la dejé como si estuviera viva, porque en mis entrañas lo que quería era eso: revivirla. Ella parecía una muñeca sonreída, con todos los dientes arreglados, con esos ojos de vidrio que no tenían nada que envidiarle a los que tuvo en vida, solo que aparentaba una edad de veinticinco años menos a los que tenía cuando murió.

Lo hice así para disfrutarla, y luego irla envejeciendo poco a poco, como única manera de resarcir el tiempo de mi ausencia que, aunque habían transcurrido solo tres años, me parecía un siglo, y sin poder contar lo que me faltaba de estudios, porque hubiera sido para mí otra tortura. Valieron la pena tantos esfuerzos, el embalsamamiento resultó una obra de arte. Tantas noches sin dormir me dejaron un agotamiento físico riesgoso, con serios trastornos del sueño, confusión y alucinaciones visuales, en cuyo contenido veía un grupo de desconocidos de andar lento y mirada sombría con mamá al frente, sonreída caminaba hacia el sarrapial, volteando cada cierto tiempo, mientras los gigantescos árboles también volteaban. Ella gritaba a medio campo: “¡No seño, uté no se va pa la mina! (...)”; los extraños que la acompañaban y los árboles repetían en tétrico coro las mismas frases, tal como ella las pronunciaba.

En el curso de los días, me arrepentí de no haberle practicado la autopsia y buscar sustancias venenosas en los tejidos, sin desestimar que estaba agotado y desesperado y por eso muchas cosas quedaron pendientes. Es que aún no comprendo, si yo hablé con ella a las seis y cuarto de la mañana como habitualmente lo hacíamos, me dijo que se sentía muy bien y cada vez estaría mejor y más orgullosa con mis progresos y preparándose para cuando me graduara. La sentí alegre. Me confió que la vieja Chelina, pese a estar, una vez más, disgus-

tadas desde hacía unos meses, casi de madrugada le había pasado un suculento desayuno, cosa que no era de extrañar, porque así lo acostumbraban cuando estaban enemistadas; pero que ella, aunque la comida estaba calientica y apetitosa, no se la había comido en lo inmediato porque era muy temprano, que más tarde se la comería. Por eso tengo mis sospechas de que la vieja esa la haya envenenado; a pesar de que por boca de la misma Chelina supe que un extraño estuvo en la casa averiguando mi estado socioeconómico, como requisito para poder mantener mi beca de subsidio estudiantil, y esa persona, aunque vestido de lugareño, parecía de otra clase social. Se me hace difícil aceptar que mi madre se me fue de muerte natural, pero eso no se va a quedar así, en cuanto me recupere le hago todas las pruebas y salgo de dudas.

Para toda la gente de San Juan la finada fue incinerada, pero realmente la mantenía muy bien simulada debajo de la cama del cuarto que fue de ambos. El sitio no era seguro, porque la vecina era muy fisgona y en cualquier momento podía romper las cerraduras, meterse en la casa y descubrir mi secreto. Después de haberla ocultado y poner todo en orden regresé a la capital. Afortunadamente solo perdí dos días de actividades académicas, porque los conflictos de la universidad continuaron y, aunque los detestaba, me vinieron al dedillo.

Antes de terminar el pregrado tenía amores con la única hija de mi maestro Hogilling —Juliette, la que posteriormente sería mi esposa—, catalizada dicha relación por el mismo profesor, quien con descaro me la metía por los ojos desde el mismo día en que me llevó a vivir a su casa, con la excusa de que era dañino para mí vivir solo después de la muerte de mi madre. Ella era empresaria desde muy joven, quien junto a su padre con la venta de órganos de cadáveres y ser los propietarios de la cadena de funerarias más grande del país hizo mucho dinero; aunado a ello el hecho de que los bienes de ella eran considerables por ser sumamente audaz para los negocios.

Durante el inicio del noviazgo frecuentemente hacíamos largas caminatas en el inmenso jardín de su casa, lleno de tupidos bosques de cayenas, amapolas, pinos..., y grama San Agustín. Esto me resultaba muy relajante. Ella era una despojada de la

naturaleza, la que mezquinamente le negó cualquier indicio de gracia femenina; y para colmo tenía la cara de su padre; sin embargo, todo su aspecto era de gente de abolengo. Durante las caminatas me pedía que le diera un hijo: “Porque cuando un ser querido se va, hay que reponerlo con otro rápidamente, eso lo recomiendan algunas culturas chinas”, me decía. Yo le alertaba que las cosas debían de hacerse bien, como debe ser: primero el matrimonio y después todo lo demás, esto soportado por el argumento de que yo la respetaba mucho, al igual que a su padre.

De verdad, a mí Juliette nunca me apetecía como mujer, solo que yo estaba muy agradecido de mi maestro, y ella disfrutaba de bienes y prebendas que siempre ambicioné; no obstante, le señalaba que para casarnos esperara al menos que me graduara. Esta presión me hizo mudar de la casa del profesor, porque ya no soportaba tenerla todas las noches en mi habitación, cosa que su padre no sabía porque se la pasaba fuera de la casa trabajando y viajando. Su perseverancia estaba influyendo en mi rendimiento académico, lo que para mí era sagrado, y ella en su obsesión lo estaba interfiriendo.

Cuando conversé con el profesor acerca de mi decisión de mudarme de su casa, él, sorprendido, se opuso rotundamente; hasta me llegó a insinuar que yo era un mal agradecido. La única forma como logré convencerlo fue cuando le dije que para mí era mucha tentación tener a Juliette en la habitación contigua, siendo yo un hombre soltero, por lo que prefería irme antes que faltar el respeto a su digno hogar. El me dio la razón, y yo, por mi parte, le juré que la mujer de mi vida era su hija y que en cuanto me graduara me casaría con ella.

Motivado al cambio de residencia me vi obligado a variar muchas cosas de mi cotidianidad; entre otras, buscar otro sitio donde comprar la prensa, solo para ojearla indagando noticias amarillistas sobre muertes extrañas. A la mañana siguiente de la mudanza me detuve casualmente en un sitio próximo al apartamento. Fue una gran sorpresa ver desde dentro del coche que la persona que atendía el quiosco de periódicos era tal cual como si estuviera viendo a mamá Edecia. Se lo atribuí al deseo de verla viva, y por ser mi primera noche en ese apar-

tamento no había dormido bien; sin embargo, me restregué los ojos con los nudillos de los pulgares, y, efectivamente, la mujer era idéntica a mi madre. ¿Qué me sucede?, me pregunté. Pude haber encendido el coche y continuar, pero no podía irme así, quedaría con una duda de mi estado judicial; por eso decidí ir hasta el puesto de periódico y ver a la persona de cerca para cerciorarme de la realidad.

— ¡Buenos días! —Saludé mientras la detallaba y esperaba oírla hablar, y aun estando al frente de ella seguía viéndola igualita a mi madre. Sentí una confusión de emociones.

— ¡Buenos días! ¿En qué le puedo servir?

— ¡Este...!, ¿cómo es? —respondí confuso.

— ¿Qué desea, la prensa o alguna revista en particular?

— ¡La prensa! —le solicité, sin poder dejar de mirarle a la cara.

— ¿Alguna noticia en especial?, ¿qué periódico desea? —inquirió la dependienta, al sentirse incomodada por mi fija mirada.

— Todos los de hoy que tenga por ahí, siempre que no sean de política.

— Se ve usted como sorprendido o asustado —me advirtió.

— ¡No, no, nada!, es que usted se me asemeja tanto a una persona, que me parece increíble el parecido físico, la puedo diferenciar solo por la forma de hablar...

— Es usted muy sincero, porque debe saber que a las mujeres no nos gusta que nos comparen, aunque a mí eso no me hace mella.

— Disculpeme, son cosas que pasan... —le cancelé, caminé hacia el coche sin dejar de mirarla y tropecé con un hidrante que me hizo salir de mi abstracción.

— ¡Señor, su vuelto! —me alertó.

— ¡No, no se preocupe, puede quedárselo!

— ¡No, gracias!, no acostumbro, este es su vuelto y debe llevárselo. Desde ese día, todas las mañanas, muy temprano, antes de dirigirme a la universidad me desviaba hacia el quiosco de la señora a buscar la prensa.

Una mañana en que compraba el periódico me dijo que se llamaba Benigna y que no era ninguna señora, porque su príncipe azul aún no había llegado. Cuando tuve la oportunidad de profundizar la amistad con esta señorita, en una de esas conversaciones banales, ella me reveló que era hipertensa en

tratamiento, y tuve un lapsus linguae al responderle emocionado: “¡Oh, qué bien!”, ante la inconsciente esperanza de que en algún momento terminaría en la morgue.

En el transcurso de las semanas siguientes perdí la rutina del periódico y lo compraba en cualquier parte, sin que esto significara que me había olvidado de Benigna, sino que me cansé de buscar el periódico, simplemente no sabía cómo decirle para estar con ella en otro sitio para conocerla mejor, porque, además de ser poco sociable, “yo no sabía enamorar a una mujer”.

Cuando fijaron la fecha de mi graduación fue martirizante: el mundo y el tiempo retrocedieron; en mi tristeza veía la alegría de mi madrecita, tendría que retocar su cadáver, su expresión debía de ser de euforia y ponerle unos años más a su rostro, el que estaba permanentemente en mi memoria hasta agotarme.

Decidí graduarme por secretaría: no sentía que hubiera algo que celebrar; la única que lo justificaba ya no estaba. Al culminar mis estudios de pregrado debía tomar otro tipo de vida, enfrentarme al trabajo, realizar un posgrado..., lo que para mí sin mi madre era una injusticia angustiante. Por eso decidí que mi graduación sería por secretaría, evadiendo los honores académicos que debía de recibir por haber culminado como el mejor del curso: suma cum laude. El maestro Hogilling me señaló que era una conducta irresponsable, ya que hasta unas palabras debía decir en representación de los graduandos, porque así rezaba en los reglamentos de las graduaciones en esa universidad; además, ya mamá en mi mente y mis oídos me lo reprochaba; pero también ella sabía que resultaba imprecendente y egoísta que yo celebrara solo un triunfo que era de los dos.

El tiempo volaba, ahora ya era médico, y me daba cuenta de que en seis años de vivir en la capital conocía muy poco de ella —sin desestimar que era una ciudad muy grande—, salvo la rutina diaria. Nuevamente la metrópoli pudo haberse convertido en mi tremedal; no obstante, ella desde mi fuero interno me ordenaba ser la excepción: “uté va a etudiá pa sé u gra docto, no tiene ma nada que buca en esa ciudá llena de

pura tentació”. Esta voz interna me hacía recapacitar que faltaba mucho trecho por andar, poco a poco la seguiría conociendo, por ahora tenía que trabajar obstinadamente, buscar el éxito profesional y económico.

Ejercí por muy poco tiempo la medicina general, porque apenas culminé los ocho meses de rural —dicha obligación laboral, como reza la ley del ejercicio de la medicina en mi país, cumplí en un ambulatorio de la misma ciudad— ingresé como número uno en el grupo de estudiantes del posgrado de Anatomía Patológica. Para este momento, ya era esperado y admirado por los docentes del Departamento, considerado el mejor estudiante que había pasado por mi universidad y uno de los mejores preparadores de cadáveres del país, con un sinnúmero de investigaciones científicas relacionadas con el tema. Siempre seguía compartiendo los embalsamamientos con mi maestro en forma alterna, él uno, y yo el otro. Él quizá lo hacía por entretenimiento, porque le gustaba estar conmigo, ya que dinero le sobraba. Me hice famoso y me podía dar el lujo de atender solo casos de la alta sociedad, para tener mejores ingresos con menos trabajo, y así poder compartir esta actividad con el posgrado que era bastante exigente. Mis viajes al exterior para presentar investigaciones de carácter científico eran cada vez más frecuentes; a casi todos los eventos iba acompañado de Juliette, la que no quiso estudiar y administraba sus propios bienes y los negocios de su padre. En el posgrado me volví un desaforado, tenía que ser el primero, quería permanecer en la biblioteca, presenciar todas las autopsias, seguir los resultados de cada muestra de tejido, me quedaba solo hasta tarde en la noche estudiando los casos de muertes más impactantes socialmente.

La delincuencia y la inseguridad hacían que, paradójicamente, yo llegara cada vez más tarde a mi apartamento, ya que por el inmenso trabajo cuatro patólogos no eran suficientes para cubrir la intensa faena; y pocos se atrevían a realizar tanto trabajo por el mismo sueldo. Yo aprovechaba estos excesos para adquirir más experiencia. Quizá, aun superada la necrofobia, no tuve tope y avancé más allá de mi curación, y de tanto vencer el miedo a los cadáveres quería verlos cada vez más, creo

que ya los amaba, o quién sabe tantos traumas emocionales que en conjunto facilitaron que fuera objeto de la enfermedad que a continuación me atrapó.

Capítulo III

Las perversiones

El inicio de lo catastrófico fue el día en que me quedé estudiando un caso anatómico-clínico, y sin darme cuenta se me hizo de madrugada. Era peligroso salir de la morgue a esas horas, por el hecho de la inseguridad, por lo que decidí quedarme en alguna de las oficinas, pero me encontré con que todas estaban cerradas bajo llave. Estaba extenuado y sobresaturado de agotamiento por el exceso de trabajo, al extremo que me sentía aturdido. Esto facilitó que curiosamente y observara el cadáver de una mujer de unos veinticuatro o veinticinco años, que había decidido dejar de vivir horas antes —se suicidó con benzodiacepinas—, estaba allí porque ya no quedaban cavas disponibles para su conservación.

Creo que por desazón fui acercándome al rostro de ese cadáver de la que fue una bella mujer, me quedé mirándola fijamente por tiempo no precisado; me impresionaba como que sí estaba viva, en un momento vi que movió los ojos y esbozó una sonrisa de Mona Lisa; le estuve acariciando el rostro y el pelo, primero con lástima y tristeza, luego con entusiasmo y cierto sentimiento lascivo; quitándole con parsimonia la sábana que la cubría, muy excitado, fui descubriendo su cuerpo, luego me fui abrigando a su lado, y tuve la misma sensación de cuando me acurrucaba al lado de mamá Edecia; desesperadamente friccionalaba las palmas de mis manos enloquecidas tratando de darle calor a sus fríos muslos, los fui separando con un poco de esfuerzo, ya que comenzaban a ponerse rígidos. Me bajé los pantalones y el interior e instintivamente intenté penetrarla: era mi primera experiencia. Al sentir cierta resistencia mentalmente revisaba mis conocimientos de anatomía y concluí que era muy extraño que, a esa edad y en esta época, ambos fuésemos vírgenes. Quería saciarme de algo que ya no podía posponer ni un minuto más... Tuve varios orgasmos.

No sé en qué momento me quedé dormido en el mesón de granito al lado del cadáver. En esos escasos minutos soñé que

salí desnudo a la calle, la gente pasaba y me miraba, yo estaba acurrucado debajo de un banco de una plazoleta, sentía una vergüenza intensa y ganas de vomitar. Al despertar, me levanté apresuradamente, hice un movimiento como queriendo retirar las arrugas de mis pantalones golpeándolo en las piernas con la palma de mi mano, al mismo tiempo me acomodé el pelo, le miré al rostro y ya no me parecía tan bella como hacía apenas unos minutos.

Con el amanecer, el alba aclaró mi mente, aun así, no me avergoncé por lo que hice, era un impulso que sentía desde hacía mucho tiempo, lo disfruté y hasta podía repetirlo. Después, sentí el temor de sí alguien me observó en el acto. Salí en rápida marcha, rogando que nadie me viera a esas horas en la morgue. No tuve suerte, porque uno de los técnicos en histología avanzaba hacia la misma puerta mientras yo la cerraba, y me saludó:

— ¡Buenos días, doctor!, ¿qué le pasó?

Le respondí con un movimiento de mano, con la cara baja, sin disminuir mi apresuramiento y sin mirarlo, con voz disminuida, saludé:

— Buenos días.

Me introduje en mi coche y arranqué torpemente. En el trayecto fui objeto de un insoportable desasosiego, sentía la voz de mi madre torturándome: “uté e un traidó, yo no le eseñé así, a uté no le gutaría que a mí me hiciera eso”. No podía soportar este tormento, no quería estar solo, por eso decidí ir al apartamento a cambiarme de ropa y luego buscar a mi maestro, para estar con él un rato mientras me calmaba. Al llegar a su casa, me percaté de su presencia en el comedor. En ese momento desayunaba, lo hacía en forma frugal como él acostumbraba. Con la boca llena de alimentos hizo un gesto de sorpresa, luego de tragar y con su voz grave, me dijo:

— ¡Buenos días! Te hacía en el posgrado.

— ¡Buenos días...! No, es que preferí pasar por aquí para hablar algo muy importante con Juliette.

— ¡Juliette...! ¿Acaso que se te olvidó que está de viaje?

— ¡A caramba, es cierto, es que tengo tantas cosas pendientes! Entonces la llamaré.

—Ya estás aquí, siéntate y acompáñame a desayunar.

—Se lo agradezco mucho maestro, pero tengo una autopsia a las siete.

Él se apresuró en deglutir y sorbió un poco de jugo de naranja para decirme:

— ¡No, no, jovencito!, así en el trabajo no se llega muy lejos, esta es una carrera para toda la vida y hay que llevarla con mucha calma; hay prioridades entre las prioridades y en este caso lo primero es la salud. Así que siéntese y tómese al menos un café con leche y una rebanada de pan.

—Gracias, profesor —y lo complací.

Estaba seguro de que en mi cara se me notaba el trasnocho y mucho más, a lo que se agregaba la dificultad para verlo a los ojos, porque sentía que los míos hablaban por sí solos. Nadie me había visto, pero mamá y mi conciencia sí, y ahí estaban fustigándome. Él, indiscretamente, me buscaba la mirada para delatarme la culpa que intuía; simultáneamente, yo con mi actitud gritaba lo que había hecho. Después de picar un pedazo de pan con jamón serrano para complacer al profesor, inmediatamente regresé a la morgue, con lo poco que había comido en el esófago y la imagen del cadáver de la joven en mi mente.

Esperaba llegar antes que mis compañeros de curso a la morgue, porque en el cadáver había muchas evidencias del ultraje del que fue objeto; recapacitaba y sabía que estaba en problemas, por eso la quería autopsiar, a la vez para darle un tratamiento especial. Pese a que en todo lo que hice no tardé ni una hora en regresar, al entrar a la morgue encontré que el doctor Harris, madrugador y muy trabajador, ya estaba terminando la autopsia: el cráneo descubierto, el plastrón esternal colocado en su regazo... Me sentí doblemente incómodo, al pensar que un rato más al lado del cadáver y me hubieran descubierto, además que mi cuerpo seguía gritando mi perfidia. Al ver lo avanzado de la autopsia sentí un inmenso dolor en el pecho: me pareció que ella había muerto por segunda vez. Con la conciencia turbia ambiguamente quería conservar la imagen de su rostro, para seguir sintiendo el agrado que su cuerpo me produjo esa noche orgiástica en que las circuns-

tancias me obligaron a quedarme. El doctor Harris y otros de los colegas se dieron cuenta de mi actitud, y todas las evidencias de necrofilia encontradas —aunque pruebas similares se habían encontrado anteriormente en otras muertas, por lo que se sospechaba que entre los trabajadores había un necrófilo—. Sentí que susurraban algo relacionado con mi persona; sumado a ello el comentario acusador que supuse hizo el técnico por la hora en que salí de la morgue. Gracias a que por el exceso de autopsias realizadas esa mañana muchos detalles se pasaron por alto.

La noche de ese mismo día visité nuevamente a mi maestro, por la necesidad que sentía de su compañía. Mientras conversábamos le hice una pregunta matizada de perversa inocencia: —¿Profesor, usted ha sentido algún tipo de atracción por un cadáver...?

Su respuesta fue desproporcionadamente sospechosa.

—Qué te pasa, acaso crees que soy un necrólata.

—No he querido decir eso, menos para ofenderlo o causarle disgusto; ¿qué tiene de extraño que personas como nosotros, que amamos nuestra profesión, alguna vez un cadáver nos haya parecido bonito o atractivo?

—Lo que estás diciendo es muy delicado, se trata de personas muertas que merecen el mayor respeto de nuestra parte y no podemos verlos de otra manera. Si alguna vez nos hablaron en la carrera de medicina de atracción fue cuando se refirieron a la contratransferencia hacia pacientes vivos; de los muertos no nos dijeron nada, así que tienes que ser muy cuidadoso y entiendas de una vez que no te voy a aceptar otro tipo de preguntas como esa.

—Gracias maestro, pero si no trato de aclarar estas dudas tan delicadas con usted, con quién más lo puedo hacer —quedé con curiosidad por su reacción.

Fui llamado para la preparación y maquillaje de un cadáver de una de las familias más pudientes de la ciudad, y por cosas del destino el acabado del trabajo de un artista como yo era catalogado no fue avalado por los familiares de la difunta, y peor aún, consideraron que era una burla, sobre todo los hijos —todos hombres—, porque la finada no se parecía en

nada a como ella fue en vida: ni de joven ni de vieja. Regularmente, después de preparar un muerto acostumbraba a salir por una puerta que no me pusiera en contacto con familiares o dolientes, como de la que disponen las funerarias de clases elitistas para tal fin; el personal de la funeraria se ocupaba de mostrarles a las personas más allegadas el acabado del trabajo. Por eso, ellos me llamaron por teléfono para manifestarme su disgusto. Inmediatamente puse al tanto a Juliette de lo que me estaba sucediendo. No me amilané y me presenté en la funeraria donde la velaban. Al entrar fui fulminado por todas las miradas con un: “¡Ese fue!”.

— ¡Buenos días!, recibí una llamada de alguno de ustedes... ¿en qué les puedo ayudar?

Enseguida fui abordado por uno de los que parecía más indignado y, sin responderme el saludo, me dijo:

— ¡No es para que nos ayude, es que aquí pasó algo grave! ¡fíjese lo que usted ha hecho con nuestra madre..., la transformó en otra persona...! ¡Vamos a ver cómo arreglamos esto!

—Si hay algún error se puede corregir. Ya verán que todo sale bien —le respondí con tranquilidad y prudencia.

Me dirigí hacia el familiar que se mostraba más cuerdo, le resté importancia a los que estaban muy disgustados por los resultados del maquillaje, porque eran precisamente los que lloraban más fuerte, los mismos que llevaban años sin verla, bien porque vivían en el exterior o porque no se preocuparon por visitarla ni siquiera en sus últimos días de vida, y esa era la forma de aparentar que les dolía más que a todos la pérdida y, de paso, lavar sus culpas conmigo. Si me presionaban más me tendrían que escuchar, porque eso era lo que les iba a decir, para que sintieran vergüenza, si es que la tenían. Llamé a un empleado y le pedí que me trajera la foto con la que me guíé para hacer el maquillaje; y allí se percataron todos de que la fotografía que me dieron los de la funeraria era de la muerta que velaban a dos salones funerarios más allá. Entonces cogí fuerzas, a la vez que era muy persuasivo con los dolientes. Pedí un retrato que fuera de la difunta. Con la nueva fotografía en mis manos hice la aclaratoria de que en esta la señora tenía unos cincuenta años y, en el momento de su muerte era octogenaria.

Cuando me dirigía a preparar el material para los nuevos toques cosméticos que me fueron exigidos, me percaté de la presencia de Juliette en la funeraria hablando con los familiares de la finada, pidiéndoles paciencia y garantizándoles que todo saldría bien. Para iniciar el maquillaje la pasaron nuevamente a la sala mortuoria, donde podía trabajar a mis anchas. Al terminar, me vi solo con el cadáver y no pude soportar el deseo de penetrarla. Lleno de intensa emoción disfrutaba del susto por el riesgo que corría de saber que afuera había mucha gente.

En este velorio se me movieron agradables sentimientos novedosos, porque Juliette mostró una solidaridad que yo le desconocía; sentí en ella la fortaleza de su padre cuando defendía cualquiera de sus argumentos, además de que esa era una de sus funerarias. Luego, con el cadáver en el salón velatorio, ella al ver que el segundo intento fue todo un éxito, se mostró mordaz ante los familiares de la difunta. Después de mi logro, algunos en susurro me felicitaban o se disculpaban, y otros, pocos, persistían en su inconformidad; notaba que a pesar de mi juventud era una *personalidad* en ese campo, en las furtivas miradas de los presentes captaba el respeto que me tenían.

Vencido el escollo, a corta distancia oía las carcajadas de mi novia mientras tomaba té y compartía con dos familiares de la finada, sentía que era la risa de una mujer enamorada que no escatimó ningún esfuerzo por defenderme. Aquella risa que antes consideraba tétrica y disarmónica, ahora me resultaba agradable al oído. Esta sensación me ocasionaba cierta confusión al no poder precisar si era en agradecimiento por sentirla a mi lado en el momento difícil, si realmente sentía amor por ella y no me había dado cuenta, o lo más preocupante: la asociaba con el momento en que estuve acariciando el rostro del cadáver de la mujer que se suicidó y esa risa de Juliette me parecía emanar de ese hermoso rostro, que en momentos se tornaba perturbador y después me resultaba triste y enigmático. Desde esa vez, sentí la necesidad de estar ungido de su protección, que no era más que la falta de mamá Edecia, que era la única que podía llenar ese vacío existencial que yo evadía sublimándolo en el trabajo.

Mi maestro captó que me encontraba envuelto en un estado catatímico, puesto que él estaba consciente de lo poco agradecida que era su hija. Este cambio de mi conducta lo hizo conversar con ella y le señaló cuan de importante era que, a pesar del tiempo sin estudiar, retomara los libros y realizara un curso para formarse en técnico en patología, como una forma de justificar su presencia en actos médicos para fortalecer esta coyuntura de la manifestación de amor que en mí surgía.

Una tarde de un sábado en la que me encontraba en San Juan, adonde eventualmente viajaba “a cargar las baterías espirituales”, saludando a todas las señoras contemporáneas de mi madre, revisando mi pasado con una mirada vacía y de desaliento, llegó la noticia de que Pepo, pionero del éxodo de púberes que fueron a ganarse la vida en las minas, tuvo un accidente. “Tengan mucho cuidado con la mala noticia porque la señora Isabel —madre de Pepo— no está bien de la tensión arterial y puede morirse de repente por el impacto que esto le va a producir, porque él, además de ser su sostén económico, era como sus ojos”, se alertó. Todos estaban de acuerdo en que sería yo quien daría la funesta noticia a la madre del difunto, por considerarme el más apto para tal fin. Inmediatamente algunos de los vecinos, jóvenes, me llenaron el coche que estaba estacionado cerca de la puerta de mi casa; el último en entrar fui yo. Alguien desde el asiento de atrás me dijo con voz temblorosa:

— ¡Dale pa ciudad Barrancos, que según lo que me contaron ya yo sé dónde fue el accidente!

Yo comprendía muy bien el doloroso momento, para eso estaba curtido de experiencias traumáticas y de presenciar situaciones de desesperación de familiares de heridos graves y muertos. Aceleré el auto, al tiempo que respondí:

— ¡Conozco la vía, aunque hace mucho que no la transito, cualquier desvío me avisan porque el tiempo apremia!

No obtuve ninguna respuesta, y así, en silencio, se mantuvieron como por dos horas y media, lo que a mí me pareció una eternidad, cuando la misma persona del asiento de atrás dijo:

— ¡Disminuye la velocidad, que estamos cerca!

Cuando vi el carro de Pepo tan destrozado, metido contra un árbol, pese a estar seguro de que allí no podía haber vida, pero siempre con un hilo de esperanza, me detuve. El amasijo de hierros aún echaba humo por el capó y por lo que quedó de las llantas. Su cuerpo estaba debajo del volante: era como una bola de helado hirviendo decorado con su propia sangre desparramándose a su libre albedrío, brillante y rutilante como su vida joven; la cabeza quedó en el asiento del copiloto haciéndole la compañía que no tuvo, ya que de haberla tenido pudo haberle salvado. En su abundante pelo liso, negro, lucía su copete, el que siempre usaba. Su peinado estaba tan intacto que parecía que lo último que había hecho, además de tomar alcohol, fue peinarse como lo hizo obsesivamente en su corta y narcisista vida; irónicamente, en lo que quedó del asiento de atrás había una botella de güisqui a medio consumir acompañada de otra vacía.

Cuando uno de sus amigos imbuido en un dolor sin parangón expresaba su llanto a gritos: “¡Pepo, Pepooo...! ¡Cuántas veces te lo dijimos...! ¡Pepoo..., nunca quisiste escucharnos!”... Yo tenía que mantenerme con el dolor comprimido en mi pecho; solo meditaba: “otra vida joven que se va, es el mismo motivo... ¿cuándo cesará todo esto, cuándo los jóvenes volverán a amar al menos su propia existencia?”. El recuerdo más vívido que me venía a la mente era cuando él tenía dieciocho años y estuvo aquel veinticuatro de diciembre en la casa de la vieja Chelina, muy bien trajeado, siempre ebrio, fante y quizá orgulloso porque siendo tan joven ya ganaba dinero. Igual el resto de jóvenes del grupo que le acompañaban, con los que yo no podía reunirme porque mi madre me lo impedía con sus manipulaciones y su empeño de que no me juntara con esos porque yo tenía que ser un doctor.

En mi mente comenzó a cuajar la idea de cómo lo dejaría al embalsamarlo, si apenas se había salvado la cabeza, el resto del cuerpo era una masa chamuscada. En ese momento fue cuando tomé conciencia de lo que toda esa gente significaba para mí, eran parte de mi vida, porque allí me crie y afectivamente estaba impregnado de ellos. Había que esperar que llegaran las autoridades para que levan-

taran el cadáver; necesitarían de la *quijada de burro* para la extracción del cuerpo achicharrado y decapitado, porque las puertas del vehículo quedaron reducidas a un metro de altura, aproximadamente. Todo era desquiciante. Entre la llegada de las autoridades y el rescate del cadáver nos dieron las once y pico de la noche.

Cuando comenzó el macabro retorno de amigos, familiares y autoridades íbamos en total unos diez vehículos, incluida la furgoneta, para llevarlo a San Antonio donde se acordó que lo enterrarían. Nos desplazábamos en una carretera desolada, todos con luces intermitentes encendidas, cortando el aire soporoso que evaporaba el asfalto, que a esa hora aún estaba caliente por el inclemente sol que durante el día lo castigaba. Altas yerbas y arbustos bordeaban paralelamente a ambos lados los hombrillos en un permanente, irónico, burlón y alegre bailoteo que producía la brisa, aumentado por el viento que desplazaban los vehículos. En la parte posterior de la furgoneta una mísera cubeta de acero golpeada, rayada hasta más no poder y sucia por todas partes de sangre reseca, con la cabeza de Pepo en su interior dando tumbos, impresionando como que si abría y cerraba los ojos por efecto de los rayos de luna que periódicamente burlaban uno de los vidrios posteriores del coche, y una masa de carne en forma de helado decorada en su parte superior con sangre, ya no rutilante, y esquirlas de hierro fulgurando por el mismo efecto.

Cuando llegamos al pueblo, nos dirigimos directamente a la funeraria; eran como la una y media de la madrugada, parte de la gente estaba alborotada y corría detrás de la furgoneta que avanzaba lentamente evitando un arrollamiento. Los hermanos de Pepo la golpeaban y daban gritos imbuidos en el llanto: “¡Tan buen hermano, un buen hijo, apenas comenzando a vivir!”, “¿cómo Dios nos lo vino a quitar de esa manera?”, “¿por qué tenía que hacernos esto?”, “¡una persona tan joven...!”. Otro grupo más orillado, la mayoría de brazos cruzados —negando lo sucedido—, hablando en susurros; llantos aislados, más de niños hambrientos que no sabían nada de lo sucedido, que de adultos adoloridos.

Mentalmente, mientras viajaba, escogí las que consideré las mejores palabras para dar la noticia a la señora Isabel, sin que le fuera a producir una crisis hipertensiva y poner en riesgo su vida; consideraba que era una gran responsabilidad la que se me asignó. Al llegar no tuve que decir nada, porque ya la vieja Chelina, que para esas cosas sí estaba presta a salir de su casa, se lo había contado a todos los familiares del difunto. Dicen los que la oyeron cuando dio la noticia, y que dijo: “¡Isabel, agárrese de lo que pueda, que su hijo Pepo ya descansó!”. “¡Cómo que ya descansó!” —le contestó Isabel, impactada—. “¡Bueno que por andá con esa tomadera de ron se mató muertecito! Y pa seguí en esa vida, más vale lo que Dios decidió”. —A Isabel se le fueron los ojos y las piernas, la llevaron hasta un sofá, le echaron aire con un pedazo de cartón que arrancaron de una caja de velas, hasta que reaccionó y le vino el llanto.

Extrañamente algunos familiares del difunto, entre ellos la madre, en su lamento exteriorizaban las culpas de Pepo, argumentando que bastante se lo habían dicho: que primero se comprara la urna y después el coche, porque se sabía que más temprano que tarde eso iba a suceder, ya que un hombre como él que siempre andaba ebrio no podía estar manejando, y menos en carreteras tan peligrosas; aparte de que no tenían cómo enterrarlo, porque todo lo que ganaba se lo gastaba en absurdos lujos y bebidas alcohólicas.

Todo este dramático y doloroso cuadro facilitaba la posibilidad de que yo me apropiara de lo poco que quedó del cadáver. Conversé en privado con el hermano mayor del difunto, quien también trabajaba en las minas y era el que lideraba todas las acciones y diligencias a realizar. El finado sería velado con todas las de la ley, yo correría con la mayoría de los gastos; y respecto al cadáver —aunque solo me interesaba la cabeza, que quedó intacta—, a todos les dije que posteriormente sería cremado y que yo me responsabilizaría de dicho trámite, como también apenas se realizara el procedimiento de incineración les entregaría las cenizas.

Mi obsesión por los cadáveres crecía ilimitadamente. Me había curado del trauma que me enfermó y terminó en fobia, pero

no solo logré mi curación, sino que vencí tanto los miedos que no tenía límites; seguí avanzando exuberantemente hacia objetivos más tenebrosos y macabros. Yo me daba cuenta, pero no me preocupé por evitarlo y, celestinamente, le dejé continuar porque creía que cuando yo quisiera podía detenerlo.

A pesar del progreso logrado en mi relación con Juliette, y que regularmente ya yo no disponía de tiempo para leer la prensa, decidí volver a visitar a Benigna, con la simple excusa de comprar el periódico y así seguir frecuentándola, aunque eso significaba invertir unos quince minutos más para llegar a mi trabajo; afortunadamente, a las seis de la mañana ella habitualmente tenía abierto el quiosco. En el curso de los días corroboré que al verla lo que hacía era buscar a mamá Edecia en su figura; había días que la veía idéntica y otros menos, pero siempre era ella aconsejándome: “¡Qué tenga buen día! ¡Cúideseme mucho, mire que ahora hay tanta inseguridad y tantos peligros...!” Había sido muy recatado, aunque me moría por invitarla o decirle que quería conocerla un poco más en un sitio fuera de su trabajo. Ensayaba en la mente lo que le diría, pero al verla no me salían las palabras. Ya llevaba dos meses y medio de frecuentarla sin fallar un día, y cada vez se me hacía más difícil hacerle alguna propuesta que me permitiera intimar con ella, porque había algo de su gestualidad que me hacía una barrera. Entonces solo me quedaba la esperanza que la iniciativa procediera de ella. Ya estaba dispuesto a desistir, cuando pasé, quizá por última vez, y armado de más valor le saludé:

— ¡Buenos días, Benigna, hoy está usted más guapa que nunca! —le dije así porque estaba ataviada diferente a lo acostumbrado; con un turbante muy parecido al que se ponía mamá cuando tenía que hacer alguna diligencia.

— ¡Muy buenos días doctor! Sí, me arreglé un poco porque estoy de cumpleaños...

— ¡Cómo va a ser, entonces mis felicitaciones! A las damas no se les pregunta la edad, pero como yo soy médico tengo licencia para hacerlo.

— ¡Ay, doctor Parabaviré! Ya son treinta y cinco... cómo pasa el tiempo...

—Pero usted luce de menos edad —le dije.

—¿Usted cree? —Respondió, agrandando los ojos y aumentando su brillo, demostrando su alta sensibilidad a los halagos.

—¿Y dónde se partirá la torta?

—Mis hermanas me ofrecieron hacerme *algo* en mi apartamento, pero como ellas se la pasan tan ocupadas tengo que esperar que me lo confirmen. Si usted lleva gusto me encantaría que nos acompañara; eso sí, pídale permiso a su esposa, aunque supongo que usted es un hombre muy ocupado, de todas maneras, cualquier cosa yo le aviso, a ver si puede acompañarnos, aunque sea un rato.

—Si de tiempo se trata, me sobra; porque en estos días el trabajo ha estado un poco flojo, y no es necesario pedir permiso porque yo soy soltero. Tenga por seguro que allí estaré —le respondí con el corazón acelerado, la boca seca y una sensación de que los labios se me iban a caer.

Ella tuvo una mirada de avaricia.

—¡Qué alegría, doctor!, y si mis hermanas no van, no importa, me conformo con su presencia. Esta es mi dirección..., un punto de referencia importante es que mi apartamento está ubicado detrás del edificio Savoy; lo que sí le aseguro es que será bien atendido. A las ocho lo espero, no me vaya a fallar. Ese día para mí fue como que si mamá Edecia reencarnó. Visitaría a Benigna, tendría la oportunidad de conocerla fuera del quiosco. A las siete de la noche comencé a buscar la dirección, la que me resultó fácil conseguir; de manera que a las siete y media estaba tocando el timbre de su apartamento. Al verla quedé impactado, parecía una reina; pude apreciarle el cuerpo de mamá Edecia que el mostrador de la venta de periódicos me impedía ver completo. No perdí la oportunidad y la volví a felicitar, ahora con un beso prolongado en la mejilla... quemaba. El apartamento parecía haber sido decorado por mi madre, y todo era como ella. Hasta ese momento no había llegado ninguno de sus familiares. Había una mesa en la discreta y humilde sala que estaba parcialmente ocupada por escuálidos pasa-palos, y en el centro había una jarra de cóctel que lucía triste, rodeada de vasos de vidrio especiales para ese tipo de bebida. No había torta; por iniciativa mía salimos a

comprar una, cosa que de buenas a primeras ella no aceptaba, con la excusa de que pronto llegarían otros invitados y el apartamento no podía quedar solo —lo que era razonable—, además, una de las hermanas se la prometió. Cuando la presioné para que aceptara, “porque si no me marchó”, le dije, cedió. Actué así porque estaba seguro de que nadie le había prometido ninguna torta.

A las nueve de la noche, previas llamadas telefónicas hechas por Benigna, comenzaron a llegar sus hermanas y unas primas. Excusaron a la hermana menor, que no asistió por encontrarse indispuesta. Todas eran muy bonitas, con tremendos cuerpazos, y según me enteré luego por boca de ellas mismas, que de tanto escoger y rechazar parejas se fueron quedando solteronas. Benigna era de las más jóvenes, y por cierto se conservaba muy bien. Había mucho entusiasmo en la reunión, se sentía que todas estaban a la espera de este cumpleaños como un motivo para reunirse, porque aparentemente se veían poco, aunque hablaban frecuentemente por teléfono. Las conversaciones giraban alrededor de la salud de la cumpleañera.

Ifigenia —la mayor— enfatizaba:

—A pesar de lo pendiente que estuvimos de este cumpleaños, más lo estuvieron sus achaques; fue una perfecta confabulación, porque sin anuncio alguno todos se aglutinaron en su cuerpo en las proximidades de esta fecha. Yo me inclinaba por lo banal; solo Marisela sostenía que no me conformara con lo del almanaque, porque esos dolores de rodillas eran extraños en Benigna, nosotras estamos acostumbradas a sus quejas de los dolores de cabeza, que de paso todo se lo atribuían a subidas de la tensión arterial, pese a que este problema está controlado con fármacos. Yo estoy segura de que estos nuevos dolores son otra cosa, y no de la soledad como dicen, y si lo que le hace falta es un buen hombre, de ser así, todas estuviéramos con dolores de rodillas.

Yo asumía el tema de las enfermedades como una costumbre de la gente, que no pueden ver a un médico porque les da por hablar de malestares y padecimientos, por eso las comprendía, y consolaba a Benigna diciéndole que por lo que se comentaba entendía que ella ha sido una mujer saludable, salvo

la tensión arterial, la que afortunadamente estaba controlada, y mientras llevara una vida tranquila todo estaría bien. Esos pequeños malestares tienen que ser por el estrés; de hecho, allí cerca de tu negocio ya van tres atracos y eso es para preocuparse. Para mi sorpresa, ella intervino reforzando lo que decían sus hermanas:

—Sí, doctor, a pesar de usted ser médico, piensa como todos: eso no es nada, esos son achaques de la soledad, ya se te pasará; pero soy yo quien sufre estas molestias, justo desde que lo conocí me siento en otros ánimos; sin embargo, mis dolores siguen, por eso insisto en que esto es otra cosa. ¡Qué traidora es la vida...!

Cada una de las hermanas daba su opinión acerca del estado de salud de Benigna, no sé si es que siempre era así, o era una forma de hacerla el centro de la conversación por ser la homenajeadas.

A la una de la madrugada partimos la torta, bajo una algarabía exacerbada por los efectos de los coctelitos preparados por la cumpleañosera. Ifigenia hizo sentir su voz de mesosoprano y cantó el cumpleaños acompañada al final de la canción por una poliarmonía hecha por las hermanas y primas en forma improvisada, pero digna de pensar que había sido ensayada. Apenas terminábamos de saborear la torta, inmediatamente Benigna comenzó a recoger cosas aduciendo:

—Mañana hay que trabajar temprano y hay que tener sentido de responsabilidad, recuerden que hoy es miércoles.

Después del cumpleaños la visitaba con frecuencia en su propio apartamento. Los negocios de Juliette y sus viajes al exterior me permitían escaparme sin necesidad de ocultamientos ni explicaciones; por otra parte, ella no llegaba a sospechar nada de mí, dadas mis ausencias, por mis excesivas ocupaciones en el desespero por amasar dinero.

Una de esas noches de visita nos tomamos más de una botella de vino... Y amanecemos juntos. Al día siguiente ella se manifestó inmensamente acusadora hacia mi persona:

— ¡Viste lo que hiciste! —me dijo antes de darme los buenos días.

—Discúlpame, ambos sabíamos que así como íbamos termi-

nariamos en esto, solo que no sabíamos cuándo. No quisiera que te sientas mal, somos adultos. Debo decirte que ahora es cuando siento más amor por ti.

—¡Pues!, yo no me siento bien como tú crees, porque tengo que entregarle cuentas a mi conciencia, en cambio para los hombres esto que pasó entre nosotros dos es como ganarse un trofeo; quién me garantiza que tú te casarás conmigo... Tanto cuidarme para siempre meter la pata, no más que por culpa de unos vinos y por tu mala intención. Ya lo presentía. Vete, prefiero que te alejes por un tiempo de mí; déjame pensar, porque cada vez que te vea estoy segura que me sentiré mal. Vete Etanislao.

A mí me costaba aceptar de buenas a primeras su actitud; así, como que todo terminaba de sopetón, como que si había sido una pantomima de parte de ella. En vista de su decidida actitud, sin aceptar lo que estaba sucediendo, me despedí:

—Adiós Benigna, estaré pendiente de ti, te estaré llamando... Tú me dirás cuándo vuelvo porque esto no puede quedar así.

De allí salí muy culpabilizado, sabía que no lo había hecho bien, ella tenía razón todo había sido por culpa de los vinos.

Al mes, previa aceptación de ella, volví a visitarla; a veces me daban las once de la noche, pero no pernoctaba en su apartamento porque ella se cuidaba del qué dirán; aunque seguimos llevando vida sexual con normalidad. Paralelamente la necrófilia, aunque me satisfacía, me torturaba. Luego, por cuestiones de trabajo e indicación de ella, solo la visitaba los viernes. Los fines de semana ella se reunía con sus hermanas. Cohabitamos en forma muy adulta, Benigna era una mujer que se sentía feliz con mi presencia y volcó en mí todas las esperanzas de su vida futura. Así como tuvo paciencia para esperar la mejor oportunidad para invitarme a su apartamento y esperó una fecha especial como lo fue la de su cumpleaños, ahora parecía más cauta, pese a que nuestros encuentros estaban llenos de esperanzas y felicidad. En esos meses, mi atracción por los cadáveres disminuyó notablemente.

En mi mente los errores cometidos me fustigaban menos, pero esa tranquilidad mental me hacía más objetivo y me dictaminaba que lo de Benigna no podía pasar de allí, por

las diferencias abismales de toda índole, porque al final de cuentas también era un craso error buscar a mamá Edecia en otra mujer. A cada día estaba más claro en qué radicaba toda la felicidad que ella me daba, y eso no podía ser. Por lo que pensé en alejarme, y tenía que ser poco a poco para causarle el menor trauma posible.

Aparentemente, mi maestro Hogilling sí presentía que algo me sucedía, por lo que a cada encuentro con él nos tomábamos unas copas y me hablaba del matrimonio, por no tener valor para hablarme de otras cosas que creo que él sospechaba. Eso era calcado en cada ocasión en que nos reuníamos.

Con el enfriamiento de la relación con Benigna decidí que llevaría a Juliette al altar, ahora que estaba por culminar el posgrado me parecía un buen momento. “A lo mejor con el lazo matrimonial me curo definitivamente de este trastorno que ha perturbado tanto mi vida, ya que voluntariamente no he podido vencerlo y Benigna solo lo apacigua. Debo planificar algo que llene mi vida, que me satisfaga en lo personal. Para mamá Edecia las cosas malas no hay que programarlas, porque esas vienen solas, de las buenas se encarga uno y la mayoría de las veces no logramos alcanzarlas en su totalidad. La próxima semana hablaré lo del matrimonio con mi maestro, porque es mi deber, pero sobre todo para que me ayude a controlar a Juliette, porque ella va a querer hacer una dispar reunión, cuando contrariamente yo quiero algo sencillo y familiar”, analizaba.

Mi madre decía que los matrimonios muy fastuosos eran de mal agüero, y que uno no debía tomar decisiones importantes con la mente alborotada, porque seguramente le salían mal, y yo me siento sosegado en estos momentos, no puedo pensar igual de Juliette, porque la conozco estoy seguro de que al enterarse de mi decisión se tornará desafortunada.

Parecía que la curva ascendente de éxitos materiales que con frecuencia visitaban mi vida eran cosas del demonio y me las cobraba con grandes sumas de sufrimiento y dolor moral, porque sin haber salido de un duelo, de una mala noticia, enseguida venían otros traumas. Era un falaz destino, como una maldición que me llevaba sin tregua hacia el infierno.

Serían las tres de la madrugada del tercer día de haber tomado serias decisiones en relación a mi vida futura, cuando el teléfono comenzó a repicar; inmediatamente lo atendí y una voz ronca me dijo:

— ¡Doctor Parabaviré, disculpe la hora, es el señor Viera!

— ¡Señor Viera... ayúdeme, que no le ubico en este momento en mi memoria! —Le respondí por consideración y consciente de que algún problema tenía esta persona y necesitaba de mi ayuda, porque de verdad que ni la voz ni el apellido me decían nada.

—Sí, yo soy de los Viera que vivimos tres cuadras más abajo de la casa de ustedes.

— ¡Ah, sí, ya me recuerdo!; dígame, qué se le ofrece.

—Necesitamos su ayuda; se trata del doctor Freddy, el hijo del señor Longart: tengo entendido que es su amigo de la infancia, además de ser colega suyo estudiaron juntos desde la primaria.

— ¡Cómo no! Somos de la misma promoción de médicos, ¿y cómo y en qué podré ayudar?, ¿qué pasó con el colega Freddy?

—Que salió en un helicóptero militar, junto a un grupo de rescate, en búsqueda de una avioneta siniestrada por el Amazonas que trasladaba personas muy importantes, y ellos tuvieron otra contingencia. Hace tres días que están desaparecidos, ¿no ha visto la noticia por televisión?

— ¡No, no la he visto, es que me la paso muy ocupado!

—El hecho es que abandonaron la búsqueda, y las esperanza son las últimas que se pierden; como los vecinos sabemos que usted es una persona importante en la capital, acordamos llamarlo para ver en qué puede ayudarnos con sus contactos, o como sea. Sus familiares ya no encuentran a quién recurrir, estamos todos desesperados, por eso lo molestamos.

— ¡No, no, todo lo contrario!, gracias por avisarme, ahora mismo comienzo a movilizarme para que la búsqueda continué.

Le avisé al mi maestro lo que le estaba pasando a un colega, compañero de estudios desde la infancia y quien fuera su alumno en la universidad. Él me dijo que contara con apoyo militar, que él tenía amigos en la fuerza aérea con altos cargos, solo que averiguara con detalles precisos lo que estaba

sucediendo y se lo informara por escrito, plantándole lo de la ayuda de la aviación como una solución.

Me fui en mi propio coche; dejé todas mis cosas arregladas con condiscípulos del posgrado que siempre estábamos pres-
tos para eso. Juliette quería acompañarme, pero le supliqué
que me dejara ir solo porque era un viaje incierto, no sabía
cuántos días duraría, pues, ignoraba con qué me podía encon-
trar y alguien tenía que estar al frente de los negocios.

Recordaba a Freddy como uno de los pocos de ese grupo de
jóvenes de San Juan que le dio por estudiar, aunque él era de
una posición económica ventajosa en relación a los demás;
no obstante, estábamos muy identificados. En el camino me-
ditaba sobre diversos tópicos, entre otros, me di cuenta de
que llevaba una vida muy acelerada. Encendí la radio de mi
coche para espantar el sueño que empezaba a perturbarme,
cuando pasaron un *extra* con la noticia de que el helicóptero
donde viajaba el doctor Freddy Longart a realizar el rescate
de otro avión siniestrado tres días antes, había sido localizado
en los mismos caños donde cayó el primer avión, Ninguno de
sus ocupantes sobrevivió. Inmediatamente comencé a llorar
como un niño y a golpear el volante del vehículo; cuando me
calmé un poco le avisé a mi maestro que no había nada que
hacer, y le manifesté mi agradecimiento por su disposición
para colaborar. Luego mentalmente elaboré unas palabras
para decirlas en el momento del entierro. Lamenté mucho
en todo el trayecto a San Juan por Freddy y por tantos otros
que se fueron. Me convencía esotéricamente de que cada vez
yo estaba más próximo a una muerte trágica; tenía que estar-
lo, era como una línea recta trazada sobre nuestros destinos
que estaba cada vez más corta, y yo estaba ubicado en algún
punto de ella.

Como a las tres y media de la tarde estaba llegando a San Juan.
Iba desesperado porque seguramente a las cuatro lo enterra-
ban —hora acostumbrada por tradición para los entierros en
el pueblo—. En las cercanías de la casa de Freddy observé
que todo estaba desolado; se me ocurrió pensar que pudo ser
una falsa alarma, que se trataba de algún otro doctor, porque
por allí no había ningún signo de que hubiera sucedido una

muerte. Preferí acercarme primero a la casa de la vieja Chelina que todo lo sabía, a pesar de que nunca salía de su casa. Ella como que se asustó al verme.

— ¡Muchacho, tú por aquí...! —me saludó, exaltada.

— ¿Cómo está usted señora Chelina?, es que me enteré de la muerte del doctor Freddy Longart, pero yo no veo nada por ahí; más bien todo está más tranquilo de lo habitual.

Cambiando la expresión de susto, ella me dijo:

—Yo, siempre con mis achaques, pero en general bien. Siéntate, que lo que te voy a contar es bueno que lo oigas con calma. Ese doctor se mató sin que ese fuera su día, porque a él no le tocaba ir en ese viaje. Resulta que cinco días atrás un avión se precipitó y se enterró en uno de esos caños; ahí no podía haber vida, según dicen, por el sitio tan fangoso e inaccesible donde cayó. Freddy y otros se fueron en un helicóptero a buscar los cadáveres del avión siniestrado, además de que iba otro médico que era el que verdaderamente estaba comisionado para esa búsqueda, también los acompañaba un cura y dos militares que piloteaban el avión; de manera que si hubieran encontrado a los siniestrados a lo mejor no se los traen, porque iba tanta gente a buscarlos que si los encuentran, entre muertos y vivos, no caben en el helicóptero. Él se entusiasmó en ese vuelo porque también iba una enfermera, casada ella y casado él, pero estaban enamorados y buscaban cualquier motivo para andar juntos todo el tiempo, y ahí están las consecuencias: ambos murieron. Fueron tres días que estuvieron buscándolos, ya estaban a punto de suspender la búsqueda cuando los encontraron. A él lo llevaron al cementerio en una camioneta de esas donde cargan los muertos, que iba aullando a exceso de velocidad porque no aguantaban la pudrición. Apenas lo acompañaban la mamá y la abuela, las que se empeñaron en que lo pasaran por su casa para que se despidiera. Todo San Juan estaba de puertas cerradas porque la hediondez no se soportaba, figúrate que en las bodegas la *creolina* se agotó; todavía siento tanto asco por ese hedor que no quise desayuná ni almorzá. Mira mijo, una no sabe qué pensá, pero se está muriendo mucha gente joven, así que cuídese mucho, que la vida es el don más precioso que Dios nos dio pa andá desperdiciándola poraí.

—Gracias por los consejos, yo también he pensado mucho en eso último que usted me ha dicho. Deme un minuto para hacer una llamada —le corroboraría a mi profesor detalles del problema.

— ¿Y cómo van los estudios? —me preguntó sin moderación, ya que en ese momento yo usaba el móvil.

—...Ya estoy por culminar el posgrado, después veré que hago.

— ¿Cómo que tiempo lleva eso?

—Son tres años, pero ya me faltan solo unos meses por cursar...

—Piensa muy bien lo que vas hacer, que seguro que ya te tienen el ojo metío, búscate una mujer que te cuide como la difunta, ese es el único molde que te sirve; si te pones a buscá una pretenciosa con real ya verás cómo paras las patas.

—Gracias nuevamente por sus consejos, los tomaré muy en cuenta.

— ¿Y cuándo te regresas?

—Tenía que regresar hoy mismo, porque tengo que cumplir con las actividades del posgrado, pero pensándolo bien, decidí quedarme hasta mañana, con eso arreglo algunas cosas de la casa y me lleno de recuerdos agradables.

—Es lo mejor que puedes hacé, que descanses y salgas mañana temprano, porque hay que tener mucho cuidao con esa carretera.

—Hasta luego, por si no nos vemos mañana.

— ¡Bueno, pues!

Me sentí muy frustrado por lo que me ella me contó, y por la forma como tuvieron que enterrar a Freddy. Una melancolía profunda se posó en mi cuerpo, y juré que él estaría en el Museo del Dolor, para nunca más olvidarlo; embalsamaría cualquier cadáver y lo dejaría como era él la última vez que lo vi. Ahora me daba cuenta que había mucha gente a quienes apreciaba, pero por el empeño de ser el mejor y llegar a tener muchas cosas materiales, nunca tuve tiempo para hacer vida social, para ser más humano. Para colmo y más soledad, ahora amo a los muertos; y con lo que me dijo la vieja Chelina me quedé boquiabierto, esa vieja es una bruja adivina, casi me cantó mis proyectos; ahora me creó un abismo de dudas, tanto que me costó decidir en relación a escoger entre Benigna y Juliette.

No había salido de este trance cuando en la calle se sintió un alboroto, Chelina me sorprendió quitando los candados de mi casucha y empujándome por un hombro me dijo:

— ¡Anda rápidamente a ve que pasa y vienes a contame, que parece que a Willian lo acaba de aplastar un camión!

— ¡Está bien!, —le respondí automáticamente y sobresaltado. Se trataba de otro de mis contemporáneos; puse los candados nuevamente y pasé el susto que me produjo creer que esa vieja venía a entrar a mi casa. Apuré el paso, caminé detrás de un grupo de gente que se dirigía a la casa de Willian para saber dónde lo tenían.

— ¿Qué le pasó a Willian? —le pregunté a una señora que aunque regresaba del tumulto de gente lucía tranquila.

— Nada, que en la carretera que va al Paují se paró a comprar mangos, y él siempre distraído, pasó un camión y se lo llevó por delante. No hubo nada que hacer, lo dejó bien muerto; lo tienen en la medicatura —la actitud de tranquilidad con que me respondió se la atribuí a que eran tantas muertes que ya la gente se estaba acostumbrando.

Revisaba mentalmente cómo habían muerto cinco de mis vecinos, casi todos de mi edad: habían sufrido muertes violentas, solo quedábamos Antonio y yo, por lo tanto, debía de ser muy cuidadoso y llevar una vida más tranquila para evitar seguir el mismo camino.

Terminé el posgrado, había muchas propuestas, el profesor Hogilling se empeñaba en que yo tenía que ser docente. Por mi currículo sería sencillo entrar a trabajar en la universidad, ya que, además de mis logros en el pregrado, fui el mejor del posgrado; pero en mi mente había otras cosas: quería ganar mucho dinero y formar una bonita familia; si bien eso era compatible con la docencia conmigo sería diferente, esta me ataría en forma determinante por mi carácter obsesivo, y yo quería que me quedara tiempo para disfrutar de mi esposa, de mis hijos, de nuevos proyectos de inversión; y por mi forma de ser concluía que la docencia no era compatible con mis aspiraciones, porque no estaba dispuesto a repetir un paquete de clases por toda mi vida. Cuando le planteé esto al profesor, al oírme hablar de formar familia, me dio la razón de no

incluir la docencia en mi proyecto laboral, y todo porque a él le interesaba lo de su hija, que estaba muy seriamente metida entre mis planes, porque si a mí me atraía el dinero, ella lo tenía, al igual su apellido favorecería a mis futuros hijos.

Por la culminación del posgrado no hubo celebraciones, salvo un brindis y una cena donde participamos Juliette, el profesor y yo; y por cierto, mi maestro, quien se excedió en los tragos, desinhibidamente me hizo algunas observaciones en forma muy ligera para lo delicado de las mismas, simplemente porque quería que yo fuera mejor que él, ya que lo que me confiaba en ese momento eran confidencias como suplantación y venta de órganos, embalsamamientos, maquillajes, plagiar trabajos de investigación..., y me confesó que él sí había admirado cadáveres femeninos por su belleza, pero que se había dejado de eso... “Son hechos pasados..., todo por inmadurez.” Lo dijo en forma muy natural, por estar acostumbrado a todas esas cosas y, posiblemente, por la necesidad de contárselas a alguien como sucede con los grandes secretos, sobre todo cuando crean culpabilidad y se represan en una sola conciencia.

El amor por mi trabajo y la necrolatría crecían ilimitadamente, aunque los ojos de mamá me seguían produciendo temor y respeto como la vez en que la desacaté y me quise ir a las minas. Terminé obedeciendo la orden que ella siempre me dio en vida: me inicié en una clínica muy elitista y en uno de los mejores hospitales de la metrópoli.

Los sentimientos de afecto que yo tenía hacia Juliette a cada día tomaban más fuerza. Pese a su carcajada monótona y macabra que de un tiempo para acá escuchaba cada vez más frecuentemente, su porte hombruno y la cara tan pálida que más bien parecía anémica —atribuible a hábitos alimentarios muy selectivos—, en contraste con el bello cuerpo que tuvo mamá Edecia que siempre me servía de patrón para juzgar a cualquier mujer que viera. Puesta a balanza, Juliette seguía siendo de mi mayor conveniencia. Apenas llegaba del trabajo en la noche iba a visitarla, ella me recibía con esa alegría insulsa, y una mujer que nunca se había ocupado ni siquiera de *mover una aguja*, se mostraba muy solícita con sus atenciones

hacia mí, porque estaba consciente de que no era fácil para una persona muy adinerada, de alta sociedad y con esa figura empañada conseguir pareja acorde con su desaliñamiento y paradójica posición social.

Este enamoramiento vino a llenar mi vida, bajo una confusa sensación de sí todo era en agradecimiento a mi padre putativo, como lo fue y seguía siéndolo mi maestro, o si era que amaba todo lo que me pareciera o tuviera que ver con lo cadavérico, buscando en ello a mi madre. Muchas cosas de las que realizaba en mi vida tenían un carácter caprichoso, porque este amor, contrario a lo que sucede regularmente, más que alejarme de mis actividades vino a producirme un reforzamiento de ellas, como una forma de demostrar con exageración mis capacidades y ser objeto de mayor aceptación y admiración.

Había varios escollos en mi existencia muy difíciles de vencer, pero sobre todo mi procedencia, mi nombre y único apellido: Parabaviré, que en aquella pléyade de la alta sociedad en la que me desenvolvía desde que me cobijé a la sombra de mi profesor, siempre me incomodaba cuando él me presentaba en su círculo social, y me hacían repetir el apellido con la necia pregunta y absurda expresión: “¿Cómo dijo?”. Precisamente era una de las cosas que me desconcertaban y me tornaban más competitivo, satírico y retador. De allí que, desde hacía un tiempo, las corbatas y los lujos en el vestir que me caracterizaban al comienzo, quizá en una abierta identificación con mi profesor eran pretensiones que había echado al cesto; retrocedí unos diez años y volví a ser un descuidado y retador consciente, que hasta en franela quise ir una mañana al trabajo, cuando el profesor me detuvo y me abordó en asertivo señalamiento:

— ¿Qué es lo que te está pasando, Etanislao? ¿Acaso quieres acabar con mi reputación?

— ¡No entiendo!, ¿a qué se refiere?

— ¡Cómo no vas a entender, que siempre te he tratado como a un hijo y eso tú bien lo sabes, como lo sabe todo mi entorno social, y es a esa gente del medio en que me muevo a quién estás retando! No quiero ni desearía que me inmiscuyas en

tus decisiones personales, si deseas hacer lo que te dé la gana estás en todo tu derecho, pero eso tiene que ser lejos de mí, donde no dañes mi estatus social, menos a mi familia, porque de ser así, entiendo que descaradamente pretendes rebelarte ante mis ojos y dañarme por todo lo que hasta el día de hoy hemos hecho por ti. ! Mira Etanislao, nunca te he dicho lo que yo soy capaz de hacer por mi reputación, y ojalá que nunca lo sepas, porque sería tarde...!

Inmediatamente lo interrumpí, porque esto último no solo me sorprendió, sino que golpeó muy fuertemente mi orgullo; lo entendía perfectamente, “mi profesor, mi tutor, mi padre putativo me había amenazado”. Enseguida me recordé de la colección de armas y de las que, según él, las más queridas guardaban importantes secretos.

Le respondí ofuscado, sin pensar lo que decía:

—¡No considero que voluntariamente esté haciendo algo malo contra usted!, menos contra su familia, simplemente somos diferentes, a pesar de lo tanto que me he identificado con su persona por tener tantas cosas en común; lo que debe entender y tener claro de ahora en adelante es que tengo mi propia personalidad, desde antes de conocernos y, de verdad, no quiero imposiciones, menos comportarme de una manera complaciente; si tengo que llevar un uniforme para mantener su estatus, puedo hacerlo, al menos por agradecimiento y porque verdaderamente he vivido como un miembro más de su familia, pero nunca porque alguien me obligue a hacerlo. Usted bien sabe que si yo no tuviera las cualidades que tengo esta relación nunca se hubiera llevado a cabo, usted la propició, y mientras entienda que tengo mi propia forma de ser las cosas marcharán bien; pero no fue mi intención producirle ninguna afectación. No tengo dudas de mi agradecimiento hacia usted, que muy tempranamente advirtió mis capacidades, aunque de todas maneras si no nos hubiéramos tropezado en la vida mi camino sería el mismo, porque simplemente es un mandato de mamá Edecia: el de llegar a ser importante en la vida; fue ella quien me dio la inteligencia, y no solo eso, sino que me enseñó a vencer en los obstáculos más oscuros y difíciles que se me han presentado, por eso le pido a Dios

que la tenga en su gloria...

El profesor Hogilling me interrumpió al sentirme divagando o impedido para decirle lo que realmente quería expresar en ese momento:

—Necesitábamos que esto sucediera, como la única forma de hablar y aclarar el hecho de que nos unen profundos afectos; más ahora, cuando presiento que serás en mayor propiedad parte de mi familia, eso me honra y me llena de felicidad, pero entiende que digas lo que digas y hagas lo que hagas, aun, si algún día te vas de nuestro lado, siempre serás un hijo para mí. A la vez, tienes que comprender que has llegado muy lejos profesionalmente, mucho más temprano de lo que yo pensé, y te felicito por todo lo que has logrado, porque ciertamente es tu esfuerzo, pero eso no quita que yo me preocupe hasta por tu forma de vestir.

— ¡Gracias, maestro! —le dije, queriendo terminar con este diálogo que consideré ensalzador de mutuas virtudes, que por mi forma de ser me resultaban chocantes, y aunque las tuviera en nada compartía.

Al final de las aclaratorias, quedamos mirándonos como dos niños después de recitar bellos poemas. Inmediatamente el maestro Hogilling llamó a Juliette, y ante mis propios ojos la conminó a acompañarlo:

— ¡Hija, sígueme, que tenemos que hablar!

Ella que, oculta con descaro, había oído la conversación, sabía por dónde *venían los tiros* y se adelantó a decirle:

— ¡No, papá, quien tiene que hablar soy yo, que nunca he tenido voz en esta casa, ni afecto de nadie!, salvo de algunas criadas cuyos rostros ya ni recuerdo, que se ocuparon de mí desde que nací; tanto así, que me extraña que me invites a hablar en privado, si eso no se estila en esta casa, haciendo que me sienta como una niña. Mamá siempre se preocupó por su vida social y para mi desgracia murió muy joven; y tú, siempre entregado al trabajo y en tus frecuentes viajes. Yo ya tengo treinta y dos años, y primera vez en mi vida que alguien se me acerca desinteresadamente, y ahora eres tú quien se opone a la felicidad de tu hija; y quiero que sepas que esta relación no la destruye ni tú ni nadie, solo Etanislao me puede hacer ale-

jar de él si así lo decide. Si no quieres ver a tu hija salir de esta casa por la puerta trasera, déjate de estar molestándolo; si tú odias a quien me quiere y yo quiero, me odias a mí. ¡Compórtate cómo debe ser y déjanos tranquilos! Afortunadamente, él es un hombre sincero y muy inteligente que ya no se contagia de tus emociones y amenazas, porque si nos cegamos los dos, quién se dará cuenta de si el camino que escogimos es errado y espinoso o es el camino correcto.

—No quiero decir que hagas lo que a mí me dé la gana —le señaló el maestro Hogilling, modulando su voz y haciéndola dulce—, no confundas mi mensaje, solo quiero alertarte de que debes tener mucho cuidado, porque él es una persona voluble que puede cambiar en cualquier momento; que fue incapaz de soltar en nuestra conversación lo que realmente quería expresar, porque es de esos hombres que siempre tienen una carta debajo de la manga; tú debes de saber dónde pisas, eres mi hija y me duele todo lo malo que pueda sucederte, porque el paso que quieres dar es muy delicado; olvídate de los años que tienes y antes de que te lances al agua, porque sé que estás enamorada, prefiero confiar en tu cordura y en tu intuición, y que agudices tus observaciones sin perder el juicio; recuerda que los orígenes de ustedes son muy diferentes...

Ella lo interrumpió, enardecida:

— ¡Cómo me vas a decir que me tome todo el tiempo que quiera!, ¡son treinta y dos años, treinta y dos papá!

—Olvídate de esa edad, hoy día, con los avances de la ciencia, puedes tener hijos a la edad que te dé la gana, si eso es lo que te preocupa.

—Papá, no necesariamente me preocupa lo de tener hijos, es que él es un joven de un futuro promisor, su vida económicamente está asegurada, es un hombre brillante, atractivo, nadie ha podido ser superior a él intelectualmente por donde quiera que ha pasado, y no en cualquier institución, porque siempre ha escogido las mejores; a quién más que a ti le consta lo que digo, y ahora te he observado en varios intentos de interferir en la expresión de su personalidad y en muchas cosas más, impidiéndole ser él mismo.

— ¡Bien, hija, será como tú digas! Simplemente te alerto que

a él no se le pueden aceptar sus caprichos, porque tú sabes de dónde viene, y en esa gente no se puede confiar; yo, por mi parte, sabré cómo conducirme.

—Es que a eso precisamente me refiero, si tú lo sigues acosando con tus llamados de atención, metiéndote tanto en su vida con señalamientos innecesarios lo perderé, y no serás tú el que habrá desaprovechado esa oportunidad, por eso es que hablas así. De manera que otro desagravio para Etanislao y yo sabré qué hacer... ¡Ah!, y recuerda que dentro de catorce días es su onomástico, se hará un brindis y quiero que estés presente, sin fingimientos, desplantes, ni perder el control como sucede últimamente cuando te tomas unos güisquis.

—Yo no tengo ningún problema; además, ese fin de semana no viajaré y estaré en casa, lo más importante es que te sientas bien. Hija, tú eres lo más grande para mí, y no te imaginas toda la felicidad que te deseo.

Juliette me contó lo que habló con su padre; yo me mantuve inexpresivo, ni siquiera preocupado, porque todo eso me era indiferente.

Ella agregó:

—Lo hemos logrado, Etanislao, papá fue muy receptivo y quedó conforme con todo lo que le dije; yo sé que mis palabras surtieron un buen efecto, de ahora en adelante para nada te perturbará, ni siquiera en la forma como tú quieras vestirte; hasta le hablé de tu onomástico y me dijo que hiciéramos una reunión íntima. Estaba muy animado por el acontecimiento, lo que pasa es que papá siempre ha sido un hombre muy frío, que raya en la timidez; así es que debes comprenderlo mi amor.

—¿Cuándo dijiste que es mi onomástico? —Pregunté, para sorpresa de ella.

—Dentro de catorce días, ¿no te acuerdas que la última vez que me visitaste estuvimos hablando de eso y acordamos que no lo dejaríamos pasar *por debajo de la mesa*?

—Déjame ojear mi agenda, porque en estos últimos días he estado abarrotado de trabajo; pero si me sale arreglar un muerto por ahí, ya veremos.

Los días transcurrieron rápidamente, yo no tenía ni el más

mínimo deseo de compartir onomástico con nadie, conocía los típicos gestos y mímica del profesor con su desplazamiento del maxilar inferior hacia delante, acentuando la mordedura, en el mero deseo de demostrar un falso desacuerdo y en un confuso intento innecesario de demandar respeto.

Sabiendo lo que me esperaba en la noche hice todo lo posible por salir tarde del trabajo. Primero comencé a revisar protocolos de autopsias de dos décadas atrás, todos eran informes del profesor Hogilling, lo que rápidamente me aburrió; luego, con la intención de marcharme, descorrí varias cubetas de las cavas donde se conservaban cadáveres recién ingresados. Me quedé sorprendido al toparme con una mujer muy blanca y con el mismo cuerpo que tuvo mamá Edecia cuando tenía treinta años aproximadamente, sentí estremecerme, fui invadido por un deseo incontenible de penetrarla, estaba muy excitado; comencé a forcejear hasta sacar el cadáver de la cubeta y colocarlo en el piso aún mojado por la reciente limpieza que el personal de aseo hacía habitualmente todas las tardes al terminar las jornadas de trabajo. Actuaba como robotizado, apenas me tomé unos segundos para colocar la llave en la cerradura interior de la puerta principal y otear hacia los vidrios de las ventanas pintados de blanco meses atrás, previendo que nadie mirara o me encontraran fornicando; desesperado me desaté la correa y bajé el cierre de mi pantalón, me lancé sobre el cadáver desnudo y veía la cara de mamá Edecia.

Transcurrida casi media hora, sin menoscabo de consecuencias me sacié dos, tres veces..., sin prejuicios de causas de muerte, sin pensar si fue por alguna enfermedad contagiosa, era un loco incontrolable que luchaba con aquellos muslos rígidos; Hasta que desperté de esa locura, miré a mi alrededor, me pareció oír ruidos de puertas, pisadas, mi mente era un torbellino de acusaciones; me levanté del piso húmedo mirándome las rodillas mojadas, desesperadamente busqué papel sanitario, el que afortunadamente encontré en abundante cantidad. Tenía que llevar el cadáver nuevamente a la cubeta y mis fuerzas me fallaban, sentía que estaba endeble, después que se me resbalara dos veces por la toma escrupulosa del cuerpo inerte por temor a mojarme la ropa, en el desespero

la abracé, ya no con emoción, sino con asco y repulsión, la levanté y la introduje en la cubeta; inmediatamente me percaté que le puse la cabeza invertida en relación a como lo había encontrado, poco a poco sentía que adquiría más control sobre mí mismo, me ubique en el centro de la sala para dejar las cosas en orden, recuperé fuerzas, volteeé el cadáver, recogí todo el papel sanitario que había usado para limpiar lo que ensucié con mis repetidas emisiones y comencé a tomar todas las precauciones necesarias para salir de allí sin crearme inconvenientes.

La disminución de la libido por haberme saciado repetidas veces y la inmoralidad cometida me llevaron a una detallada cautela fuera de lo común: me torné extremadamente cuidadoso, propiedad que apenas minutos antes perdí totalmente; por eso desde la puerta miré nuevamente toda el área y me impresionó que estaba en orden, sentí temor a salir hacia el pasillo, alguien podía verme y todo estaría perdido. Había dejado muchas huellas, mi actitud, mi cara me delatarían, pero no había otra forma tenía salir lo más pronto posible. Hasta me había olvidado que me esperaba Juliette para lo de mi onomástico. Pensé que en adelante tenía que ser más asertivo y cuando considerara que tenía que decir: ¡no!, era ¡no!, y debía sostenerlo. Ahora tendría que idear una excusa de porqué mi ropa estaba mojada y con ese hedor que a pocos nos agradaba. Ahora cómo presentarme a la reunión que ella organizó, me reclamaba mi mente consciente.

Salí del área de riesgo sin contratiempos, fui hasta mi coche y encendí la radio, pero no podía concentrarme, todo me molestaba, estaba muy consciente de lo mal que lo hice; me reprochaba que podía haberlo destruido todo, tantos esfuerzos de mi madre para llevarme a donde había llegado y casi conscientemente trataba de arruinar mi vida profesional. Hasta llegué a pensar que lo que me estaba sucediendo era parte de los tentáculos de la ciudad *atrapándome*, o era yo mismo engañándome al pensar que allí nadie estaba pendiente de nadie, por lo que podía actuar como me diera la gana. Craso error, porque podía acabar mis aspiraciones y esfuerzos de toda la vida bombardeado por los medios de comunicación y después: la ruina, las rejas... y el final,

porque estoy seguro de que no soportaría mi sucia conciencia acosándome; por eso me planteaba que era preferible regresar-me al pueblo, a ocuparme en cualquier cosa que me permitiera vivir honestamente, porque allí la gente era chismosa y sabían de los pasos que cada quien daba, es decir que de alguna manera estaría vigilado y con una conducta formal garantizada. ¿Qué me pasa, acaso estoy perdiendo el juicio?, —me reprendía ante mi deteriorado estado moral—. Manejaba por automatismos y sin darme cuenta estaba frente a la casa de mi profesor. Llegué muy atrasado, la conciencia me torturaba, me sentía culpabilizado, abstraído y taciturno. Me detuve en el portal, al ver por la rendija de la puerta la oscuridad del salón donde se haría la reunión sospeché que Juliette me tenía alguna sorpresa. Imaginé mi cara, mi vestimenta, la actitud de mi cuerpo, hasta que mentalmente me sentí preparado para entrar:

— ¡Buenas noches! —saludé.

Al entrar ella encendió la luz. Todo estaba bellamente decorado. En rápido vistazo observé que el profesor aún no había llegado, apenas vi unas seis o siete personas, de las cuales a dos no conocía.

— ¡Sorpreesaa! —exclamó Juliette.

— ¡Oohhh! Disculpen la tardanza, es que el trabajo... Espero que me den unos minutos para arreglarme.

Alguien murmuró entre dientes:

—Yo creo que sí.

— ¡Noo, estás lindo así! —señaló Juliette, agregando inmediatamente— Mira, a esta pareja no la conoces, son amigos desde el colegio; quise que compartieran con nosotros y para que te conozcan.

—Disculpen, ya regreso para conocerlos, solo unos minutos y estoy con ustedes.

—Sí, déjalo, comprendemos lo que es llegar del trabajo en esas condiciones —dijo una que por su actitud le tenía pavor al hedor a muerto.

Me cambié de ropa y me acicalé un poco rápidamente, tuve que ensayar un esbozo de sonrisa en el espejo del baño, porque no me sentía bien; tenía esa sensación de extrañeza que me visitaba en momentos de tensión como este.

La reunión fue más fría y aburrida que velorio de mendigo. Yo sabía que eso del onomástico no era más que una treta de Juliette, preparándome el lazo para el matrimonio, lo que no era necesario. Simplemente me dejaba llevar porque yo estaba de acuerdo, solo que se me hacía difícil tomar la decisión. El profesor Hogilling apareció una hora o más después de yo haber llegado. En la cara se le notaba que ya se había tomado unas cuantas copas. Era imposible cambiar la conducta de él, siempre prepotente y con sus desplantes; exacerbada su actitud por estar enterado de que ella me había contado todo acerca de la conversación que ellos sostuvieron.

Cuando los invitados decidieron marcharse —eran casi las doce de la noche—, lo hicieron al unísono, dieron las gracias y los abrazos pertinentes; con el compromiso de repetir estas reuniones con más frecuencia, porque eran fortificantes de la amistad y del afecto, además que: “Había que hacer higiene mental porque la vida de hoy día es muy estresante”, dijo una que no había hablado en toda la noche.

El profesor, mientras se servía un trago de güisqui doble, se me acercó para decirme en susurro:

—Quédate un rato más y te tomas aunque sea un Martini para que me acompañes, porque tengo algo muy importante que conversar contigo.

Él, quien se había convertido en el padre que nunca tuve, me asomó en varias ocasiones algo que me quería decir, pero solo merodeaba el tema, era como muy duro abordarlo; hasta que, quizá por los tragos, lo noté decidido, y no erré, porque una vez que quedamos solos fue directo al grano:

—Etanislao, tenemos que hablar cosas que considero delicadas; si estás en condiciones y dispuesto a escucharme, porque puede resultar un poco largo lo que tenemos que conversar.

—Claro que tengo tiempo, más bien debo manifestarle que estoy muy agradecido por esta celebración; y si no tengo tiempo para usted, ¿para quién lo voy a tener?

Nos pusimos cómodos en el lugar de siempre, en su bar, como él lo ordenó. No tuvo el más mínimo recato para entrar en materia.

—Te agradezco tu atención Etanislao, pero quiero decirte que la forma cómo abordan tus problemas personales, sobre todo los sentimentales, es incorrecta. No todas las dificultades en la vida se pueden resolver embalsamándolas, recuerda que con eso lo único que logras es posponer el dolor, el que observo te niegas a enfrentar; así no resuelves nada, lo que haces es evadirte de la realidad, solapándote en las represiones, en el trabajo y eso es peligroso, porque un día habrás acumulado tantos problemas que algo grave te puede suceder, o terminarás en las monstruosas enfermedades en las que algunos de nuestros colegas han ido a parar. Recuerda que yo no dejaré de ser un guía espiritual para ti; tú eres un profesional exitoso, ambicioso, pero entiende que eres humano, como lo soy yo, por supuesto, y de no ser cuidadosos con nuestra profesión podemos terminar muy perturbados y convertirnos en morbosos perversos. Hay cosas de nuestras vidas que están funcionando mal, donde necesitamos ayuda, pero no la buscamos o las posponemos. Es necesario tomar conciencia de ello para ponernos en manos de especialistas que estén capacitados para ello. Te pongo el ejemplo del temor que los profesionales universitarios tenemos al psiquiatra, haciéndonos ver que esos son para los locos, y terminamos evadiéndonos de este recurso bajo el argumento que sea; algunos esperan a veces el momento en que ni siquiera pueden valerse por sí mismos, y aun así continúan resistiéndose; o peor aún, cuando rayan o terminan en la perversidad, y entonces tienen que ser juzgados por la sociedad o tratados por las leyes e internados...

Las palabras del profesor me fueron taladrando el cerebro y helando la sangre, no tenía fuerzas para mirarlo a los ojos. Apuré el Martini; me sentía desnudo moralmente, me estaba confirmando con sus señalamientos que él lo sabía todo, aunque hablaba tangencialmente y en plural, pero en momentos me lanzaba dardos directos en segunda persona, con la burda excusa de: “Tú sabes”; todo se correspondía con mi errada actuación. Él se dio cuenta de que logró incomodarme; y cuando pude sacar un poco de fuerzas lo interrumpí:

—Profesor, siempre le he agradecido sus consejos, sus orientaciones, pero de verdad que no he entendido nada de lo que

usted ha dicho, de todas maneras, reconozco que tendré que analizar muy bien sus palabras.

—Espero no haber perdido el tiempo... Creo que sí comprendiste lo que los dos sabemos.

—Es que no entiendo de buenas a primeras su lenguaje confuso, que hasta me parece disparatado. Va a ser necesario que otro día abordemos el tema, pero sin tragos; además, hoy trabajé mucho, me siento agotado y no estoy en ánimos para oír sus ocurrencias. ¡Buenas noches!

— ¡Buenas noches! Piensa bien lo que te diijee, que tú sí me entendiste, solo que cómo negar que mis palabras son hirientes.

Me fui a mi apartamento abatido. Él fue más directo que en otras ocasiones; durante la conversación hubo momentos en que quería desaparecer y él se percataba de todo. Me sentía atrapado, todo se refería a mi persona, a los desvíos que yo había tomado, había develado mi gran secreto, siempre me gustó tener un área inescrutable para los demás porque mis confidencias yo no las compartiría con nadie, y las circunstancias me hacían entender, aunque en contra de mi voluntad, que estaban compartidas.

Esa noche no pude dormir; sentí que el que había tomado como padre afectivo me dijo cosas terribles y ciertas que me hicieron daño. Recordaba que en el momento más difícil de su conversación fue cuando sentí como que si tuviera a mi madre ante mí llamándome la atención, señalándome el buen camino; con la diferencia de que ella fue una mujer pura, honesta, sincera, que rayó en la inocencia y a la que le sobraba moral para hacerme todos los señalamientos que quisiera, a pesar de no haber estudiado: su ignorancia estaba llena de sabiduría, y mi profesor ¡no!, él indirectamente me enseñó todas las marramuncias y truculencias para hacer fortuna en lo que nos formamos, él también está enfermo y cree que yo no lo sé. Él no es honesto, pero sí un brillante docente, por eso aprendía lo que directa o indirectamente me enseñaba; quería que profesionalmente fuera como él o más que él, me veía como el hijo que nunca pudo tener; en definitiva, ambos queríamos que yo fuera así, pero sin las perversiones. Era una pesadilla en vigilia, y los

pocos minutos que dormía soñaba con esa maldita plazoleta donde estaba desnudo, amanecía, la gente pasaba y me miraba; era una lucha terrible el esfuerzo que hacía mi psiquis por cubrirme. Siempre se repetía lo mismo.

Me daba cuenta del descaro con que mi maestro me preparaba para que me casara con su hija, y para eso era necesario previamente hacerme sano, famoso y adinerado; yo tenía los recursos intelectuales y él sabía cómo obtener el dinero, tenía la experiencia y a su hija. Cuando me aconsejaba, lógicamente, lo hacía más por ella que por mí. Lo que me advirtió esa noche extravesó mi capacidad de tolerancia, sin importarle el dolor que me causaba con sus señalamientos y las consecuencias que esto me ocasionaría; más allá de eso, ponía en riesgo nuestra relación, el futuro de su hija, porque con el tema que abordó había velado uno de mis insondables secretos. ¿Por qué él en su momento no buscó esa ayuda que me recomendaba, si la necesitó primero que yo?

En esos días mi comportamiento amoroso hacia Juliette, irónicamente, se acrecentó, igualmente, exactamente a los ocho días, el impulso de tener otro acto necrófilo adquirió características de una irresistible compulsión. Me percaté que todo el acercamiento hacia ella era evadiéndome de esa fuerza que incansablemente invadía mi psiquis hasta que se apoderaba de la totalidad de mi mente, de mi voluntad y me hacía perder el control.

Después vinieron muchos actos necrófilos, siendo cuidadoso o no; era una tortura, una necesidad, una búsqueda de mi fracaso, como cuando alguien conscientemente quiere que algo grave le suceda; preparando mi suicidio moral y profesional, sin muerte biológica. Buscaba a Juliette lujuriosamente para calmarme, pero eso no apaciguaba mi libido enloquecida e indomable hacia los muertos. Todo giraba alrededor de mi perversión. A cada día la necesidad de penetrar un cadáver era más imperiosa, quería hacerlo varias veces al día; al extremo que ya no me importaba si sospechaban o no. A veces me sentía convencido de que sí lo sabían, por la forma como la gente susurraba y luego me miraban, pero a la vez pensaba que me lo perdonaban por mi condición profesional y social.

Una noche, habiendo fornicado con cualquier cadáver en la tarde, salí solo al cine, porque a Juliette no le gustaban las películas, y aproveché esa excusa para volver a la morgue. A pesar de todo, fui muy cauteloso y decidí estacionarme frente al cafetín del hospital para no despertar sospechas, porque ya se aproximaban las nueve de la noche. Me tomaba un café cuando uno de los médicos de guardia, que también se encontraba en el cafetín, sorpresivamente me abordó:

—Doctor Parabaviré, ¿todavía por aquí?

— ¡Salí temprano!, pero tuve que regresarme porque dejé una carpeta que contiene informes muy importantes y voy en busca de ella —fue lo que se me ocurrió responderle, aún sorprendido.

Me dirigí hacia la morgue —ubicada a unos cuarenta metros del cafetín—, y entré por un pasillo que era exclusivo para los médicos. Fui sigiloso en el desplazamiento, abrí la puerta con sumo cuidado; de encontrarme con alguien la excusa sería la misma: lo de la carpeta olvidada. Al abrir la puerta... ¡qué sorpresa!, uno de los técnicos estaba en pleno acto necrófilo. Sentí rabia y celos, a la vez que lo percibía identificado con mis debilidades; fue como una disputa por una hembra. Le increpé desaforado:

— ¡Descarado, eres un monstruo, cómo se te ocurre hacerle esto a un ser inerte que no puede defenderse! —Al mismo tiempo que le tomaba fotos con el móvil, saqué una hoja en blanco de una gaveta—. ¡Me firmas este papel donde aceptas lo que estabas haciendo, porque esto no puede ser; eres un inmoral, una persona peligrosal; ¡y te me pierdes de aquí inmediatamente, porque de otra manera no respondo por lo que pueda sucederte!

— ¡Ay, doctor!, le juro que no lo vuelvo hacer, es que a veces no me puedo controlar, uno es humano y tiene sus debilidades, soy un hombre enfermo, aunque la gente no lo vea así; ¡soy un padre de familia y si pierdo este trabajo mis hijos pasarán hambre!, le juro que no se repetirá.

— ¡Lo siento, eso tenías que haberlo pensado antes, de esta no te salva ni el sindicato ni nadie! ¡Salte de aquí, aléjate de mí vista antes de que acabe contigo, mentecato!

El técnico recogió sus pantalones y, en su confusión y desesperación, trató de salir en ropa interior; le conminé a vestirse y obedeció automáticamente. Se trataba casualmente de aquel hombre que una vez me vio salir en la madrugada de este mismo sitio, y toda la actitud que tomó en aquel momento fue porque sospechó de mí, porque él también lo hacía. Esta era la oportunidad para lavar mis culpas exponiéndolo al escarnio público.

Al día siguiente, muy temprano, estaba en la oficina de la dirección del hospital levantando junto con los directivos un acta de lo sucedido, con un documento donde redacté los detalles del hecho, firmado por el mismo técnico, y teniendo como evidencia una docena de fotos tomadas con mi móvil que hablaban por sí solas de lo acontecido.

Con mi actuación terminaría no solo con el técnico, sino, con las sospechas de mi entorno laboral y de mi maestro acerca de algunas de mis conductas que daban mucho que pensar. Fui drástico en mis acciones; la prensa resaltó mi alta moral y el respeto que tenía hacia los difuntos. Toda la *polvareda* que levantó este hecho propició mi juramentación ante mi madre: “de que nunca jamás volvería a la necrofilia”, le pedí que me diera fuerzas para llevar a cabo mi promesa; también decidí casarme lo más pronto posible para apuntalar los favorables vientos que soplaban en mi vida; trataba de reforzar todo lo que fuera necesario para alejarme de mis perturbaciones y terminar de sacarme de la cabeza a Benigna, porque esto también era una aberración. ¡Ay, cómo me hacía falta mi madre-cita!, ella sí me hubiera curado en un dos por tres esta maldita enfermedad que ponía en riesgo todos mis logros, que eran más de ella que míos.

Transcurridas quizás dos semanas, después del altercado con mi maestro, en una visita informal de tantas que le hacía, le pedí que más adelante me diera un poco de su tiempo para conversar sobre un tema especial que teníamos que compartir los dos, pero que no sería esa noche porque ya era tarde. Sin embargo, no sé si por distracción, no me dio fecha.

A los tres días lo llamé telefónicamente y le recordé lo que le había pedido esa noche:

— ¡Buenas tardes!, ¿cómo está profesor Hogilling?, quiero hablar con usted de algo muy importante, pero tiene que ser en su casa ¿Me podrá atender esta noche como a las ocho?

—Yo estoy bien; espero que igual te sientas tú; respecto a tu pregunta sabes que para ti todas las horas son posibles, ¿hasta cuándo tengo que repetirte que somos una familia, y que esta es tu casa? Nos vemos a las ocho. Cualquier sorpresa te guardo por allá.

—Gracias, maestro, pero que no sea nada de alcohol.

Llegué a las ocho y cinco minutos, él me dijo que desde las siete y treinta me estaba esperando. Me imagino que presentía de qué se trataba, porque tenía la champanera destilando gotitas de agua, con una botella de Möet & Chandón —su champán preferida— aguardándonos, a pesar de que él sabía que yo no era amigo de las bebidas alcohólicas, y Juliette pasó dos veces frente a nosotros sonreída y trajeada fuera de lo común. Se veía atractiva y algo femenina.

—Parece que ya sabemos de qué se trata —le observé.

—Es posible, pero ante todo permíteme felicitarte por tu valentía y las acciones que tomaste contra el técnico ese, y te debo unas excusas por las absurdidades que te dije en una noche de tragos. Gracias a Dios que por tu sensatez esto no trascendió. Estoy consciente de que puse en riesgo nuestra relación y el futuro de mi hija.

—No hay por qué preocuparse, maestro. Gracias a mi madre que me enseñó que en el cielo hay un Dios que tarde o temprano aclara las cosas y hace aflorar la verdad.

— ¡Amén! —exclamó el maestro.

—Sería bueno que estuviera Juliette presente, porque precisamente de ella se trata —le agregué.

—Llámalas tú mismo, hasta cuándo vas a estar comportándote como un extraño.

Ahí estábamos los tres, felices, con una conversación rompe hielo.

—Maestro Hogilling...

—Ya es hora de que me llames Saúl —me interrumpió.

—Se me hace muy difícil, maestro, son tantos años... Por ahora déjeme así, poco a poco lo lograré. A pesar de imagi-

narme que usted está de acuerdo en mi noviazgo con su hija, aunque quizá por mi introversión no di los pasos formales; bueno, llegó el momento en que es imposible continuar con la informalidad, se trata de manifestarle mi deseo de casarme con Juliette, en lo que ella está de acuerdo, pero su palabra de aprobación es indispensable, maestro; a la vez, tengo que expresarle mi agradecimiento por tan larga espera...

— ¡Caramba, Etanislao, cuán inmensa es la felicidad que me das!, yo esperaba eso tarde o temprano, pero había que vivirlo, hacerlo realidad para disfrutarlo.

—Estamos hablando de poner fechas a la brevedad posible, porque bastante tiempo de noviazgo ha transcurrido. Lo único que me gustaría es que tanto el matrimonio civil como el eclesiástico se realicen el mismo día, y que ustedes se ocupen de la parte social, ya que esa área de mi vida es muy reducida, esa es mi realidad, al irse mamá Edecia, que en paz eterna descansa, ustedes han sido todo para mí... No tengo a más nadie... mi familia son ustedes —tratando de ocultar estoicamente mis lágrimas, carraspeé y agregué— Yo soy el novio y me ocupo de los gastos.

Hubo un silencio que nadie sería capaz de ponerle tiempo. Hasta que habló mi maestro.

—¡Cómo se te ocurre Etanislao!, venías muy bien —me observó, mostrando su envidiable dentadura a la vez que se levantaba del asiento y tomaba en sus manos la botella de champaña para destaparla— hasta que se te ocurrió abrir la boca para hablar de cosas materiales.

Juliette casi derriba al padre por la brusquedad con que se levantó del asiento a abrazarme, con los ojos enchumbados en lágrimas. Los tres quedamos abrazados, mientras levantada la botella de champaña espumante con la mano derecha del maestro se derramaba sobre nuestras cabezas.

Después del primer trago les insistí:

—De verdad quiero algo sencillo: los matrimonios fastuosos son de mal agüero, decía mamá Edecia.

El maestro acotó:

—No, no creo que deba confundirse un momento tan importante con otra cosa, aunque yo tampoco soy partidario de gran-

des despliegues llenos de alegrías superfluas y de falsedades; pero, se trata de mi única hija y como negar que se casa con un gran hombre, que antes de que ella se enamorara de ti, ya yo te quería como al hijo que no tuve. ¡Qué gran placer y dicha siento de que te integres a mi familia uniéndote a mi hija!

A los quince días se estaba celebrando la boda. Todo en un solo día, como yo lo propuse. Se invitó a un grupo muy elitista. Aquello parecía una reunión del Departamento de Patología, casi calcadas las mismas caras, salvo algunas damas y empresarios que no eran del ámbito universitario. Juliette y mi maestro a cada momento me señalaban que era todo un galán, el más deslumbrante de todos los presentes. Y sin poder agradecerle nada del físico heredado a mi difunto maldito padre, porque esas eran las órdenes de mi madre.

En la madrugada no nos fuimos de luna de miel como se había planificado, porque ella estaba tan eufórica que entró en desafueros, aunque siempre dentro de lo aceptable, se tomaba todo lo que se le atravesara y como no estaba acostumbrada a ingerir bebidas alcohólicas como lo hizo esa noche, se embriagó y se enfermó. Yo detestaba el alcohol como un mandato de mi madrecita, por eso lo que ahora mi esposa hizo me molestó; pero luego la comprendí.

Fueron días de satisfacción, sentía que me había librado de una carga de conciencia que ya no podía soportar ni un minuto más: adiós necrofilia, ahora tenía donde apoyarme para lograr mayor autocontrol. Mi esposa estaba segura de que nunca la traicionaría, convencida de que mi obsesión por el trabajo no me daba tiempo para otra cosa, aunque a sabiendas de que alguien podía interesarse por mi dinero, porque mi figura en los últimos tiempos, después del incidente con mi maestro más bien era descuidada. Ella tenía que estar pendiente de mi persona, hasta de que me bañara porque así como mi perversión no tenía límites, mis ambiciones materiales tampoco. A veces amanecía en el laboratorio que tenía en mi apartamento, con el ocular del microscopio marcado en mis párpados del ojo derecho —que era el que más usaba— estudiando muestras de tejidos, buscando nuevas formas de fijación de órganos y creando nuevos negocios y proyectos para amasar

más y más dinero. Cuando podía descansar un poco viajaba; pero siempre en asuntos empresariales relacionados con mi trabajo y mis bienes.

Al mes de vida matrimonial ya no aguantaba más sin cometer actos necrófilos: sentía una gran ansiedad, era un desaforado, tamborileando los dedos sobre cualquier objeto, conteniendo mis piernas. Lo que había leído en la prensa en sucesos, esa mañana, era muy tentador. La tarde de ese mismo día me quedé en el hospital revisando unos cortes histológicos que de verdad eran de mi interés, pero más allá de eso era por estar a solas en la sala de autopsias. Extrañamente solo había en esa área de la morgue el cadáver de una geronta de unos ochenta o más años de edad. Era pequeñita..., con ella me saqué. Recuerdo que le hablaba, le musitaba palabras al oído, ella movía los ojos y me susurraba cosas ininteligibles. Todo fue maravilloso, lo hicimos varias veces. Salí de la morgue de forma muy natural, nada podía sucederme, porque después de lo acontecido con el técnico: era un redentor de la moral que a muchos les hacía falta.

A los seis meses de casados y después de tantas diligencias y consultas sobre fertilidad por el fuerte deseo de ser padres, se comprobó que mi esposa no podía tener hijos porque tenía los ovarios atrofiados; la única solución era adoptarlos. Esto puso en crisis el matrimonio, allí fue cuando se me produjo un agravamiento de mis trastornos, volví a trabajar en exceso y a llegar tarde a la casa, siempre quedándome en la morgue... El profesor Hogilling se mantuvo a discreción y, en la escasa vida social que llevábamos mi esposa y yo, seguían viéndonos como un matrimonio ejemplar, yo le debía mucho respeto en todo, menos en mi perversión, y eventualmente la sorprendía con su mayor debilidad: lirios y chocolates. Con ella mantenía vacuas conversaciones sobre la moda, viajes al exterior y sobre los conflictos de su padre. Cumplía cabalmente con mi responsabilidad afectiva y sexual, en esta última ella era de poca demanda, yo no sentía placer como consecuencia de su actitud pueril durante el acto, sin embargo, me preocupaba de que estuviera satisfecha.

Pasaba el tiempo y nuestros negocios eran cada vez más prósperos. Siempre rondaba en mi mente preocupación por la ca-

sucha que mi madre me dejó en San Juan. Era una herencia arrastrada desde mi bisabuelo. Esa casucha tenía un terreno tan extenso, que superaba los ochenta mil metros cuadrados, y algo importante debía hacerse allí antes de que lo invadieran todo. Como el pueblo había crecido y en buena parte del terreno habían construido ranchos, y lo que quedaba ya había dejado de ser de la periferia para ser céntrico, corría el riesgo de ser expropiado por la municipalidad para cualquier fin.

En el momento en que decidí hacer una cuantiosa inversión empresarial, no tuve miramientos si escoger la urbe —donde estaba el dinero— o mi pueblo. La idea era hacer algo que beneficiara a la comunidad, como un cementerio con características especiales, de manera que la municipalidad permitiera su construcción y, soterradamente: el Museo del Dolor, que no se salía de mi mente, como el proyecto personal de mayor importancia en mi vida. Como negocio la idea era buena, lo único malo era la ubicación del terreno, que a la vez podía solaparse como una funeraria que contara con los últimos avances, con exhibición de las formas más modernas para la gente conservar a sus seres queridos, desde cremaciones hasta momificaciones; que tuviera helipuerto y un modesto, pero elitario hospedaje. Sería el cementerio privado más actualizado y lujoso del país, y quién sabe si internacionalmente.

A los tres meses de empeño en lograr mi propuesta, mi esposa, encargada de todas las diligencias de documentos y autorizaciones, me informó que era una enorme inversión, que ya estaba en planos, y lo más difícil, que eran los permisos de construcción ya estaba conversado con el alcalde y los empleados más importantes de la municipalidad, aunque con unos gastos extras bien onerosos para poder aprobar el proyecto; aunado a ello el hecho de que yo era considerado un hijo ejemplar de San Juan, que hizo nombre en la gran ciudad, que logró entrar en la familia Hogilling —una de las más ricas del país—, que no regresaba al pueblo a parasitar como lo hacen la mayoría de los que retornan; ¡no!, venía a traer progreso, fuentes de trabajo, invertía parte de mi fortuna en mi pueblo natal. Solo la vieja Chelina podía ponerse con ridiculeces, porque su envidia no acabó ni aun con la muerte de

mi madrecita; contrariamente, sus sentimientos bajos habían crecido con mis logros, y vivía al acecho para convertir su envidia en venganza. En verdad, bajo una sin razón de parte de ella, pero no dejaba dudas de que quería destruirme.

Estaba consciente de que incursionaba en un negocio temerario, los gastos no me importaban, solo privaba en mí la idea del Museo del Dolor, con mamá Edecia en el centro, como una reina; ella estaba de acuerdo, dándole cada vez más vida a todas mis ideas, porque nunca dejó de ser mi guía: su voz permanentemente estaba en mi conciencia.

La obra marchaba viento en popa, hasta que comenzaron a surgir comentarios dañinos provenientes de la vieja Chelina. Ella fue la portavoz: “El hijo de Edecia está haciendo un cementerio en el centro del pueblo y eso traerá ruinas y pestes a toda la gente de San Juan”, decía en las tertulias, que no eran más que los monólogos que ella montaba en su casa, que a la vez era la sede de su negocio ilegal de venta de alcohol. Fue el escándalo más grande que se haya producido y recordado en el pueblo durante muchos años, por todas las tertulias maliciosas relacionadas con la creación del cementerio, promovidas nada menos que por la lengua viperina de la vieja bruja más poderosa del pueblo.

El terreno, a medida que el pueblo crecía, quedó ubicado en una de las calles más transitadas, la que en poco tiempo se convirtió en una avenida, con una isla llena de árboles y arbustos como chaguaramos bajos y altos, matas de mango, merey, y hasta sauces. Prácticamente era imposible que la gente la evadiera para hacer sus diligencias, porque allí quedaba la iglesia, el banco, la plaza... Más aún, por allí se pasaba obligatoriamente para llegar a una de las escuelas más importantes. A los niños se les prohibió pasar frente al terreno de mi propiedad porque “El espíritu de Edecia se posaría dentro de ellos y se volverían demonios, se convertirían en cualquier animal o una enfermedad rara les atacaría hasta producirles la muerte”, se decía. Y todo esto como producto de la mitómana Chelina, a quien todo el pueblo le creía, porque para eso bastantes cosas que sucedieron las había anunciado, de las que ni siquiera una era buena, pero muchas las había acertado. Como quiera

que el permiso para la construcción fuera avalado por los buenos oficios del alcalde y el desprendimiento material de mi esposa, los empleados que se ocuparon de estos trámites estaban en aprietos y con muchas dificultades para echar el proyecto atrás.

Fue Chelina la que agotó los últimos recursos conminando a un grupo de padres para formar un frente de protesta cuyo objetivo era: ¡No al cementerio y a la funeraria! Increíblemente, ya habían pasado tres meses de protestas con la vieja bruja al frente. Lo que al comienzo parecía una cosa banal, pasó a tener una repercusión social considerable; más aún, cuando ella se veía delicada porque estaba flaca y muy ojerosa. En el transcurso del tiempo, en la protesta solo quedaban ella, su hijo y una mujercita medio turula que le había conseguido al Mocho para que apaciguara sus impulsos libidinosos.

La obra ya estaba bastante avanzada, sobre todo en su parte interior: era un palacio; no se había escatimado en costos para importar materiales y disponer de lo más modernos artilugios funerarios del momento; cada detalle era una obra de arte. Sabían que allí trabajaban porque veían entrar a los obreros en la mañana —siempre se trató que fueran pocos y se movilizaran lo más discretamente posible, pese a que deseábamos terminar pronto la obra— y bajar bastantes materiales embalados que venían del exterior, más que todo obras de arte creadas en Italia. El inmenso terreno fue protegido por una cerca perimetral que alcanzaba unos cuatro metros con treinta centímetros de altura; en ella, verticalmente en su parte interior, se empotraron todo tipo de sepulturas que se pudiera imaginar: cajitas de mármol para cremados, ataúdes en coralina para muertos completos..., hasta mausoleos esculpidos en Europa. Chelina maldecía la hora en que no se adueñó de ese terreno; pero en vida, ¿quién era capaz de meterse con las cosas de Edecia?, y después de muerta, por más que ella lo negara, entonces era cuando más miedo le tenía. Por los vientos que soplaban, ya ella no tenía nada que buscar con sus protestas, lo más importante de la obra estaba culminado.

Fue Juliette la que enfrentó la parte más dura de la disputa. Todo esto me enorgullecía y me acercaba más a ella, aparte de

que viajábamos juntos a mi pueblo a invertir en él, a llevarle el progreso; allí trabajaría mucha gente. Hasta se oían comentarios de que la idea del cementerio era buena; eso traería no solo entierros, sino que todos los dolientes de alguna manera quedarían atados al pueblo, se pondría de moda por sus innovaciones y su carácter internacional. Los familiares tendrían que visitar con cierta frecuencia a sus difuntos seres queridos, y esta era una puerta de entrada al turismo, empresas de ornamentos y otros artículos, fuentes diversas de trabajo, impuestos gubernamentales. Sin duda alguna, mucho dinero entraría a San Juan.

Un doce de febrero, día de la Juventud, cuando aparentemente se había ganado la partida, Chelina se instaló con el Mocho y su mujercita frente a la construcción. Trajeron dos destartaladas colchonetas, una pancarta hecha con una sábana vieja y pintura de caucho que decía: “¡Estamos en güerga de ambre hasta la muerte! ¡No al cementerio, no queremos muertos ni momia ni embarsamientos!” Al comienzo, esta acción fue tomada como una quijotada, pero en el curso de los días muchos transeúntes inoficiosos pasaban horas contemplando a los huelguistas, y El mocho se aprovechaba para venderles cervezas, cigarrillos y toda clase de fritangas. La madre le llamó la atención, porque eso de las bebidas alcohólicas le restaba seriedad a la huelga y él tuvo que suspender las ventas. Luego algunos de los borrachos se unieron a la protesta para, ocultos, poder seguir consumiendo ron y otras bebidas espirituosas. Hasta un reportaje le sacaron en un periódico local al escándalo sobre el cementerio. En las imágenes del reportaje de la prensa, las que ella mostraba con mucho orgullo, se percibía su sentimiento de odio y el agotamiento que le embargaba.

Una madrugada sacaron al Mocho con una indigestión producida por excesivo consumo de alimentos, porque algunos vecinos en buena intención les llevaban comida por las noches para que pudieran aguantar la huelga de hambre. La información que dieron en la medicatura fue que le fallaron los riñones por deshidratación y pérdida de electrolitos, y que la madre se había desmayado varias veces por bajas de azúcar que hasta la muerte le podían producir. Esto causó alarma

en la comunidad, porque movió los sentimientos de mucha gente que apreciaba a Chelina y a su hijo, dándole fuerzas a la protesta y dando al traste con la construcción del cementerio, porque se le unieron otros huelguistas y salieron varios volantes apoyados por muchas firmas donde decían que el único responsable de cualquier persona que muriera en la protesta sería Etanislao Parabaviré, que con el Mocho y Chelina quería tener los primeros clientes del cementerio.

Pese a todo lo que estaba sucediendo y el daño económico que me causaban con la obra parada, la vieja bruja no dejaba de saludarme con cariño.

Ya iba para la tercera semana de huelga cuando una mañana aparecieron en un jeep de la alcaldía dos hombres y una mujer, acompañados de una patrulla policial, dos empleados con unas hojas de papel en manos que tenían no menos de cinco sellos cada una e igual número de firmas, y que claramente decía: Obra clausurada por la municipalidad por violación de los art. 102, 147 y 152 de las normativas y leyes de la construcción urbana. Pegaron cinco de esas hojas de papel a lo largo de toda la fachada. Chelina, como no sabía leer, arrancó a correr junto con el hijo, y los demás huelguistas automáticamente, sin conocimiento de causa, salieron detrás de ella, creyendo que los habían mandado a meter presos. Posteriormente se enteró de que había ganado la batalla. Pasaron como dos semanas en que las tertulias y las ventas de su negocio se exacerbaron, y por supuesto, ella permanentemente en la palabra, haciendo alarde de sus influencias y de todas las acciones que tenía previstas si la huelga le fallaba.

La fachada y la cerca estaban rústicas; en cambio, toda la parte interna de la construcción fue exquisitamente terminada, excepto una habitación que fue sellada con el pretexto de que allí estaban unos muñecos de fibra muy delicados traídos desde Alemania —como única forma de ocultar varios cadáveres que había momificado—. La edificación era una obra de arte, con detalles de acabados en diversos materiales, más que todo en granito, mármol, jade, coralina y otros adornos sintéticos muy actualizados. Se hicieron muchos detalles en los trabajos de electricidad, de sonido y computación; para poder darle

vida a las momias y toda una serie de dispositivos de seguridad y atractivos.

Pasaron meses después del frustrado intento de la creación del moderno cementerio; un pueblo al que cada día se le moría un pedacito, y necesitaba insuflársele un buen proyecto que lo resucitara, pero así es la vida de incomprendible. La única feliz con el suceso del cierre de la obra seguía siéndola vieja bruja, la que nunca se arrepintió de lo que hizo; contrariamente, en las reuniones en la puerta de su casa con los borrachos y chismosos de siempre, con frecuencia se tocaba el tema del cementerio y ella se alebrestaba con conjuras y amenazas. Se le escuchaba decir: “El malparido del Etanislao creyó que con los reales que le quita a su mujer me iba a amedrentar, eso fue a los de la alcaldía que los compró uno a uno; a mí no, conmigo se equivocó. Por ahí viene de vez en cuando a llorar su derrota, aquí se escuchan los lamentos, eso es pa que me respete, como me respetaba la maruja de su madre”.

La construcción se fue abandonando, la entrada y el patio en toda la extensión donde se había cercenado el sarrapial estaban enmontados; sin embargo, adentro de la edificación, lo construido y acabado estaba muy bien conservado, porque no me quedó más que ocuparme personalmente del mantenimiento, ya que no podía confiar en nadie.

Sin superar la frustración de lo que sucedió con el cementerio, se me metió la idea de que el Museo del Dolor debía continuar, solo que ya no sería abierto al público, sino que pasaría a ser mi tercer gran secreto, allí estarían mamá Edecia y todos los seres queridos que yo no aceptaba que habían muerto. Les daría vida, sería un museo excepcional, todo para mí, solo yo lo disfrutaría; además, albergaba otras ideas que no tenían el aval de mi conciencia. Parte de mi gran sueño era tener un día allí a la vieja bruja y al Mocho, no por venganza, sino para calmar la soledad de mi madrecita a quien seguramente ellos le hacían falta, al menos para pelear, y que tuviera compañía permanente de muchas amistades, porque hasta ahora los que tenía y mis visitas no eran suficientes.

Mis viajes a San Juan a cada día eran más frecuentes, sin la compañía de mi esposa, porque, para mí conveniencia, siem-

pre permanecía muy ocupada en la administración de nuestros negocios y los de su padre. Eso acarreó mi alejamiento de ella y la justificación para que dijera que yo ya no la quería, que sabía que a mí no me gustaba su cuerpo, ya que notaba mi frialdad hacia ella desde hacía cierto tiempo. Esto se acentuó el día que le comenté:

—Anoche soñé con mamá Edecia, la veía tan bonita y elegante, con ese monumental cuerpo que me mostraba cuando se bañaba, el que sacrificó por no ponerme padrastro, eso me aflige, porque por más que quiera nunca volveré a tener a alguien como ella.

—Yo sé que hubieras querido tener una esposa con un cuerpo como el de tu mamá, y yo lamentablemente no lo tengo —expresó ella en reproche, con voz quejumbrosa.

Para tranquilizarla no me quedó más que decirle:

—Yo no busco el cuerpo de mi madre en nadie, que Dios la tenga en su gloria, y si lo buscara, nunca lo encontraría, es un recuerdo que quedó en mí como parte del amor y la idolatría que siempre le tendré y nada más. —Esta respuesta le dolió más aún, y surtió mucho efecto, porque al día siguiente ella estaba tratando el asunto con su papá.

—Papá, tengo que confesarte mis fuertes sospechas de que Etanislao está dejando de quererme, porque no le gusta mi cuerpo —le refirió.

Mi maestro fue claro y conciso:

—Si él se enamoró y se casó contigo tal como tú eres actualmente, ¿por qué tienes que pensar así?

—Papá, soy yo la que vive con él, y soy yo la que se da cuenta con qué desdén me mira de la cintura para abajo, además, la naturaleza mezquina no me dio ni nalgas. También observo cómo se le van los ojos cuando ve a una mujer bien dotada de caderas; vieras con qué descaró la mira; inclusive, hasta me ha hablado del cuerpo de su mamá. ¿Tú, como hombre, cómo ves eso?

—Mija, ya yo opiné, no sé qué es lo quieres que te diga; tú eres una mujer adulta, de clase y de la alta alcurnia, decide y haz lo que consideres conveniente; lo que te recomiendo es que no olvides que él puede ser muy capaz e inteligente, pero es un campesino que ha beneficiado de nuestro nivel social,

de nuestro dinero, de nuestros logros, y aunque te duela, ese no es más que un *pata en el suelo*.

—Papá, no seas tan cruel, si tú lo elegiste antes de que yo me enamorara de él, con tus expresiones lo que haces es herir mis sentimientos. Prefiero que hablemos de otra cosa porque me confundes, no es nada de lo que tú estás pensando, es que quiero darle una sorpresa a mi esposo, por eso lo consulto contigo primero; el secreto es que voy a someterme a varias cirugías y quedará con mejor cuerpo que su madre. Solo quiero que me des tu aval y fuerzas para hacerlo. Todas las diligencias, informaciones y presupuesto están hechas; será en San Cristóbal, con un cirujano plástico de aquí de la capital, que en algunas semanas se desplaza hasta allá buscando clientes de la provincia, porque aquí la competencia está fuerte.

—Por qué no te operas aquí mismo, tú bien sabes cómo son las cosas en la provincia, le das la sorpresa antes de operarte, todo quedará en familia y será más seguro.

— ¡Noo!, porque entonces... ¿dónde está la sorpresa?

—Y cómo piensas justificar tú ausencia por tantos días, mientras te realizan exámenes y te operan; porque eso no es tan sencillo como ir en un viaje turístico. Para hacerse varias cirugías simultáneas se requiere tomar previsiones, son operaciones delicadas, es necesaria la presencia de acompañantes, preferiblemente familiares que te den el apoyo afectivo y físico; parecen sencillas, pero toda operación tiene sus riesgos, esas cirugías son delicadas, dolorosas y en el posoperatorio cuenta es la familia como te dije.

Ella, para evadirse de lo que su padre le decía, casi sin escuchar las observaciones que él le hacía, le agregó:

—Sabes qué, en el centro de la ciudad vi un afiche pegado a un mural donde promueven un intercambio cultural con España, dice que en San Cristóbal realizarán talleres de pintura y horneado de cerámica, durará catorce días incluyendo la jornada de inscripción, es exactamente el tiempo que necesito para contratar dos enfermeras que me cuiden antes y después que el cirujano plástico me opere. Ya verás cómo él me amará por otras virtudes, y no solo por mi inteligencia.

— ¡Bueno, mijal!, vaya; aunque no quedo convencido del

todo, creo que esto debe ser previamente consultado con su esposo, y eso del cuerpo de la madre de él es un supuesto suyo que debe de aclarar conversando como esposos.

A mí solo me dijo que iría a un curso de cerámica en San Cristóbal que duraría dos semanas, siendo de su desconocimiento que yo bien claro tenía el motivo por el cual viajaba. Me pareció buena la idea de que ella saliera hacer su cuerpo más femenino, a la vez que sentí la alegría de que estaría solo, a mis anchas, y descansaría de ella por unos días, o quién sabe si por siempre.

Desconocía Juliette que el cirujano por ella escogido operaba en el interior del país por ser conocido en la capital por la serie de casos de mala praxis que tenía en su haber, en las que dos jóvenes habían fallecido, e inexplicablemente siempre escapaba de la ley y a las sanciones profesionales de las que debió ser objeto por parte de su gremio, pero también era verdad que entre ellos siempre se ocultaban sus fallas, quizá, por el temor de que cualquiera de ellos alguna vez, y por cualquier circunstancia involuntaria, pudiera pasar por una situación similar. Ese cirujano era de los pocos médicos con los que Etanislao mantenía cierta comunicación, porque le admiraba su astucia, y él sí sabía que su esposa caería en sus manos; por eso mostró mucho interés en comunicarse con él. Al tercer día de haberse marchado Juliette, yo regresaba al apartamento como a las nueve de la noche, no podía con mi conciencia porque ese día me sentí liberado e hice un desastre moral; sentía asco, porque llegué hasta el cunnilingus con un cadáver, ¡por la maldita perversión! Ya me encontraba dentro del apartamento, el teléfono de la biblioteca repicaba persistentemente, y al levantarlo me sorprendí, porque sin ningún saludo previo la voz me dijo:

— ¡Etanislao!, es Hogilling, estoy en una clínica en San Cristóbal. Tienes que venirte urgentemente, te adelanto que no hay cupo en ninguna línea aérea, y no contacto a un piloto privado de mi confianza para que te traiga en mi avioneta, por eso hablé con mi chofer para que te venga en uno de mis coches... ¡no te pongas a manejar tú!

— ¡No entiendo!, ¡qué sucede maestro!

— ¡Se trata de Juliette..., está muy mal, la tienen en terapia intensiva, hizo un paro cardíaco y está en coma!

—Pero, ¡cómo fue eso!, ¿algún accidente de tránsito?

— ¡No, de anestesia!, ella quería darte una sorpresa, no vino a ningún curso de cerámica, vino a operarse con un cirujano plástico, por una cuestión que se le metió entre ceja y ceja y ya ves las consecuencias.

— ¡No puede ser, si ella salió para un curso!...

— ¡No es el momento!, ¡vente de una vez, y ya! La dirección es: Clínica Venus de Milo, avenida Universidad... Aquí todo el mundo la conoce.

A las seis y media de la mañana del día siguiente estaba frente a la clínica, sin pegar ojo, porque el chofer era un joven amante de la velocidad que estaba autorizado por el profesor para volar, pero por tierra.

Llegué a la recepción de la clínica:

— ¡Buenos días, la paciente Juliette Hogilling de Parabaviré, por favor!

— ¡Buenos días!, ¿qué es usted de ella? —me preguntó la trasnochada recepcionista.

—Su esposo.

—Cuánto lo lamentamos señor..., ella hizo un paro y murió a las cinco de la mañana, apenas hace poquito.

— ¡No!, ¡no!, ¡no puede ser...! ¿Está segura?, revise bien: ¡Juliette Hogilling de Parabaviré! —le insistí.

— ¡Sí señor!, estoy segura de lo que le dije, y cuánto lo siento.

— ¡Maldita sea mi vida...! ¡Hasta cuándo! —grité, sin poder soportar el dolor y la culpa.

Se me calentó todo el cuerpo, percibía cada gota de sangre hirviendo que circulaba dentro de mí; sentí un golpe en el pecho que dejó como un eco en mi cerebro, todo se me revolvió, bajé la cara y a ciegas golpeé un vidrio y estallé en llanto: porque ella era buena, me comprendió tanto..., al extremo de perdonarme la necrofilia, porque ella tenía que saberlo, quería ayudarme, su amor hacia mí no tenía límites. Por mi culpa le sucedió esto, yo pude evitarlo, no me lo puedo perdonar. Cuando reaccioné y pude controlar un poco mi cuerpo, que casi se desvanecía, le pregunté a la misma recepcionista

— ¿Donde la tienen? ...y el doctor Hogilling, ¿dónde está el doctor Hogilling?, su padre...

—A ella la tienen en la clínica Claret, a media cuadra, porque aquí no hay donde tener muertos; y el señor, el papá, creo que está en la misma clínica, ya que cuando le dieron la noticia no reaccionó, pero dicen que cuando la vio le dio una crisis de nervios que le dejó todo el cuerpo paralizado y sin habla.

Estaba muy confuso, no podía creer lo de la muerte de mi esposa, era muy difícil que fuera otra, era ella, y mi maestro, mi ídolo, el hombre a quien nunca le conocí debilidades en situaciones difíciles indescriptibles: había caído; pero ahora era diferente, se trataba de su propio dolor, era su hija adorada, su única hija, la que me entregó por amor, en otra versión de nuestra relación, quizá la más certera.

Las exequias se realizarían en el cementerio La Guairita, allí contaría con la presencia de los profesores, algunos empresarios y a lo mejor algún familiar venía del exterior. Pensé que el cadáver no estaría mucho tiempo en el salón velatorio, apenas el tiempo necesario para los actos litúrgicos, porque luego la trasladaría a San Juan, para cremarla en los modernos equipos que allá quedaron cuando se cerró el cementerio —eso les diría—. Difícilmente podría enfrentarme a tan falaz destino, tanto el mío como el de ella. Tendría que embalsamarla, ella tenía que ir al Museo del Dolor, se reuniría con su madre Estefanía, mamá Edecia, mis amigos y Matuca y mi padrino que ya estaban casi terminados.

Cuando el maestro Hogilling comenzaba a recuperarse ya habían transcurrido cuatro días; decía no recordar nada, a pesar de que por sugerencia médica debió ser llevado a La Guairita a ver el cadáver de su adorada hija cuando estaba en el salón velatorio, pero no se pudo, porque en ese momento él mantenía partes del cuerpo paralizadas. Cuando le mostré la cajita de madera con las supuestas cenizas producto de la cremación, el no estuvo de acuerdo con mi decisión, porque era partidario de un entierro con toda la ceremonia formal, aunque profesionalmente él siempre se inclinó más hacia la cremación como método más moderno y, a la larga, menos traumático.

Mi maestro continuó la convalecencia en su casa, atendido y consolado por la servidumbre y mi persona, sin que superara definitivamente el cuadro de parálisis emocional, lo que a su vez le impedía iniciarse en la elaboración de su verdadero dolor moral, porque fotografías o algunas prendas personales de ella que viera, inmediatamente se le paralizaban las extremidades y perdía el habla parcialmente. A las dos semanas tenía una franca mejoría, ya expresaba su tristeza, lloraba con fuerza y tenía un poco de apetito. Aproveché para decirle que yo necesitaba estar en San Juan unos días, porque el dolor por la pérdida de Juliette se estaba enraizando en mis entrañas, y esa era una presión muy grande, por lo que necesitaba un poco de descanso.

A la semana de trabajar sin descanso —noche y día— en el Museo del Dolor mi esposa estaba reconstruida. Aunque momificada, lucía muy bonita, tenía un cuerpo hermosísimo, como el de mamá Edecia. Era un espectáculo digno de admirar, que reconfortaba mi alma y mi soledad. Todos lucían felices, compartían el té de la tarde, yo les acompañaba. Después del té mi esposa y yo tuvimos relaciones sexuales; primera vez que disfrutaba tanto con ella; y no solo eso, sino que lo hicimos frente a mamá Edecia, a quien aproveché para hacerle las pruebas toxicológicas que había dejado pendiente para aclarar si fue envenenada. Estas las había pospuesto deliberadamente, porque de ser positivas, ella, que no le perdonaba una a nadie, quién sabe que me ordenaría hacer. Me encontré con que los tejidos más importantes que analicé estaban indemnes de tóxicos. Ahora mi mente se configuraba como un ovillo de confusiones en relación a lo que había sucedido; si mi maestro, con toda su experiencia, casi me aseguró que la habían envenenado; de manera que tendría que esperar que el destino se ocupara de Chelina y el Mocho, los que de todas maneras ya tenían sus poltronas asignadas en el Museo del Dolor.

Pasaban días en los que me olvidaba de la existencia del maestro Hogilling, quien igual se encontraba bajo una gran aflicción. A veces me sentía confundido al recordar a Juliette, porque ella era buena, y si murió fue por mi culpa, porque cuando logró sosegar su amor por mí, se dio cuenta que yo

no sentía nada por ella, que todo era por agradecimiento a su padre, y más que todo, por llenar demandas sociales que obedecían a mis traumas, a la fatalidad de mi vida y a mi eterna inconformidad, la que desde que se fue mi madre no había nada en la vida que pudiera llenarla.

Entre tantos momentos de vacío y de absurda meditación me acordé de Benigna y de lo que llegó a significar para mí. Aunque si bien ella sí llenaba el saco sin fondo que era mi vida afectiva, no reunía la otra parte, la que tuvo mi esposa: abolengo, bienes, un apellido famoso; pero así es la vida: nada es completo, menos perfecto, y mi búsqueda andaba por allí. Sin embargo, en algo podía resarcir el abandono que de mi parte ella había sido objeto. En este momento de mi vida ella tenía mucho de lo que yo necesitaba: afecto, amor y sexo de un ser vivo como con nadie había sentido; lo demás, en este crucial momento por el que pasaba, parecía que ya no me importaba. Tendría que buscarla; solo con ir por el periódico a su quiosco y contarle alguna mentira piadosa sería suficiente. Ella era una mujer sola y difícil de conquistar, lo que casi me garantizaba que no estaba con otro hombre y la volvería a encontrar.

A la seis de la mañana del siguiente día aparcaba lateral izquierdo al quiosco de periódicos; pero detrás del mostrador estaba un señor gordo al que le costaba desplazarse en el reducido espacio del que disponía. Le saludé:

— ¡Buenos días! Por favor, señor, todos los periódicos de hoy que no sean especializados en deportes ni en política.

— ¡Buenos días! —respondió el dependiente—, solo tengo estos tres, si quiere los revisa a ver si desea llevarlos, porque tengo poco tiempo en el negocio y todavía algunos diarios locales y otros nacionales no me están llegando, pero pronto dispondré de los que usted necesita.

— ¿Y la señora que trabaja aquí?

—En verdad no la conozco, porque adquirí el quiosco de tercera mano, ya que el que se lo compró a ella murió de un infarto; pero sí me enteré que la señora, Benigna creo que se llama, se enfermó y no lo pudo atender más.

— ¡Pero!, ¿se enfermó de algo grave?

—Oí decir que le daban unos desmayos, de ahí no le puedo informar más nada, porque de verdad, como le dije, no llegué a conocerla.

— ¡Hasta luego, gracias por todo! —me despedí desesperado, mientras presuroso le cancelaba los diarios.

Me fui preocupado, porque se me removieron los recuerdos de los meses tan felices que pasé con ella. Fui un mal agradecido, aunque la confusión que sentía entre ella y mamá Edecia hizo que me alejara, aunado a ello mi relación con Juliette; se trataba de mi matrimonio y no podía jugar con eso, pero nunca debí cortar esa relación de una manera tan brusca como lo hice.

Tenía en mente viajar a San Juan, a ver a mamá y velar por tantas otras cosas que quedaron pendientes por allá. Se me creó la disyuntiva de si visitaba a Benigna en su apartamento para saber a ciencia cierta qué era lo que le sucedía, porque ni siquiera me imaginaba qué reacción podía tener, por la forma como yo la abandoné. Después de pasar dos días de pensarlo, decidí salir de dudas y me fui hasta su apartamento. Serían como las cuatro de la tarde cuando estaba llamando por el intercomunicador del edificio:

— ¿Quién es? —me contestó una voz femenina, que para mí era la de ella.

— ¡Buenas tardes, Benigna! Es Etanislao, el desaparecido.

— ¡No es Benigna, es su hermana Marisela!, ella no se encuentra.

— ¡Por favor, usted me podría atender! —le pedí, pensando que si era ella que disgustada no quería recibirme—, tengo un mensaje muy importante por darle.

—Bueno, si es algo rápido, espere que ya bajo.

Transcurrirían unos cuatro o cinco minutos que me parecieron un siglo; hasta que al fin se presentó:

— ¿Es usted quien solicita a Benigna? —me dijo una mujer de unos treinta años con un mazo de llaves en las manos, que en nada se parecía físicamente a ella, salvo su voz. Yo había conocido a tres de sus hermanas, pero a esta no; seguramente era la menor, la que no asistió al cumpleaños porque estaba indispuesta esa noche.

— ¡Sí!, mucho gusto, Etanislao Parabaviré.

— ¡Marisela, para servirle! Entendí que le traía un mensaje importante a mi hermana, pero lamentablemente ella tiene unos meses de viaje y no lo va a poder atender.

— ¿Cuándo regresa?

— ¡Sabrá Dios! —me dijo escuetamente, mientras, a pesar de mostrarse enojada, sin perder su educación, me insinuó que la siguiera.

Entramos al apartamento que yo conocía muy bien, sin embargo, siempre estuve detrás de Marisela, hasta que ella me indicó entrar.

—Pase y siéntese, disculpe que sea breve, pero es que estoy muy ocupada. ¿Es mucho lo que tiene que decirme?

—Creo que sí. Vea, yo estuve muy enamorado de Benigna, y aún lo estoy; pero por cosas de mi trabajo fui enviado fuera del país a realizar una subespecialidad, que como debe imaginar duró unos cuantos meses y..., bueno nos distanciamos..., no sé cómo lo tomaría ella, pero para mí fue muy doloroso.

— ¡Ay, doctor! Si usted pudiera siquiera imaginarse lo que ella sufrió, una mujer que se cuidó tanto en la vida para tener una relación afectiva con alguien que mereciera la pena, llegar a tener una pareja como la que estableció con usted, llena de promesas y tantas otras cosas; con la esperanza de casarse como soñamos todas las mujeres..., que mala suerte, se vino a encontrar nada menos que con usted. Peor no podía ser. Ella decidió irse al exterior a hacer cualquier cosa que le permitiera sobrevivir y andar escondida de las autoridades sin ningún documento legal que le permitiera desenvolverse con tranquilidad; todo eso después de cansarse de llorar, esperando siquiera una llamada suya... Se fue destrozada.

—Pero Marisela, entienda que yo también soy solo y me fui tan repentinamente, que cuántas cosas tuve que dejar, figúrese que hasta el móvil se me quedó, porque fue una oportunidad de esas que se presentan una sola vez en la vida, que me ofertó la institución donde trabajo.

—Allá usted con sus excusas que no convencen a nadie, lástima que todas seamos hembras, porque si hay un hombre en la familia esto no se queda así, porque nuestra hermana no se merecía que le hicieran tanto daño.

—Disculpe, Marisela, me puede regalar un vaso de agua —a la par que escuchaba la voz de mamá cincelándome la mente: “Te gutó lo que me hizo e’ muegano de tu padre, que lo repetite co ella, poque se parecía a mí...”. La boca se me secaba y un calor salitroso invadía todo mi cuerpo.

Marisela tardó en levantarse de la silla para darme el vaso de agua; entendí que lo hacía de mala gana, en su mirada se le apreciaba el fuerte deseo que tenía de desintegrarme, de echarme del apartamento. Apenas se levantó hacia la cocina, donde estaban los vasos y la nevera, una bocanada de aire nauseabundo llegó a mi olfato, con tal intensidad que me hizo voltear hacia la habitación que fue de Benigna, de dónde provenía el hedor de aliento putrefacto mezclado con orina y heces rancias... Medio cuerpo de una irreconocible mujer asomado, desgarrado, pálida, de ojos hundidos, cadavérica, de pómulos que hablaban por si solos, exangüe y de mirada penetrante que, por la puerta entreabierta, solo dejaba ver la mitad de su inmensa tristeza. La brisa arrastró una nueva bocanada de aire melancólico con hediondez humana que alertó a Marisela, la que inclinaba una jarra de vidrio con agua para llenar el vaso, dejándolo caer todo, abochornada por la aparición de su mentira hiriente, con el rostro doblemente enrojecido por la cólera y la vergüenza, gritó:

— ¡Benigna, te he dicho que no salgas de la habitación!, ¡vete a tu cama! —simultáneamente tomó una fusta guindada de un clavo en la pared que terminaba en flecos de mimbre, con la intención de azotarla.

Me levanté del sofá y le alerté:

— ¡Cuidado cómo lo hace en mi presencia, porque no respondo!

— ¡Eee...ta...nislao... es usted... oh, oh, oh... no puede ser...! —balbuceó Benigna, mientras se llevaba las manos a la cara queriendo llorar sin lograr que le salieran lágrimas.

—No comprendo doctor, ¿es un milagro!, ella no reconocía a nadie, y ya llevaba tres días sin levantarse de la cama; hasta llegué a pensar que no lo haría más. Es increíble que, a pesar del daño que usted le hizo, su presencia y su voz la revivan — me señaló, cambiando toda su actitud y hasta el tono de voz.

Este irónico cambio de humor de Marisela no duró mucho, porque inmediatamente reincidió:

—Benigna, vuelve a tu cama que estás muy débil... ¡Anda, anda y te acuestas que te puedes caer!

Ella obedeció automáticamente, a medida que se desplazaba y cerraba la puerta, me miró con un solo ojo a través de la estrecha rendija y desapareció. No lo pude soportar y un gemido escapó de mi garganta:

— ¡Por Dios, excúseme, Marisela! —le dije, mientras lloraba mi culpa, mi maldad consciente y mi sentimiento de vergüenza con mamá Edecia.

—Está bien doctor, ya la vio, vaya tranquilo, que mi hermana tiene familia quien vele por su salud, y Dios está pendiente de ella. Usted es de otra clase, déjela de una vez por todas, que ya hizo lo que tenía que hacerle, y guarde sus lágrimas de cocodrilo que a lo mejor sirven para otras cosas de su vida. No podía marcharme así, una cosa era mi enfermedad, la que bien conocía, y otra mis sentimientos.

—Marisela, lo siento mucho, pero, por más que usted quiera, yo no puedo marcharme así. Ella tiene una gran depresión que la ha deteriorado físicamente, y eso se cura. En parte me siento culpable y me responsabilizaré por todo lo que haya que hacer hasta que se recupere, porque se lo merece; y estoy seguro que se recuperará.

—Bueno, si usted que es médico lo dice, así será; pero habrá que hacer una reunión familiar, para que convenza a mis hermanas, porque ninguna de ellas quiere saber de usted, y no se haga muchas ilusiones porque le insisto, que aquí hizo falta un hombre para que pusiera las cosas en su lugar.

Pasaron dos días y no se produjo tal reunión, porque de las cuatro hermanas solo Marisela se había preocupado por Benigna y, por lo poco que vi, ella, inconscientemente, le hacía daño, porque se fue agotando y contaminándose de la irritabilidad del carácter y de la locura de su hermana. Ya Marisela no daba más: lo que hacía era maltratarla en la intención de ayudarla, y en realidad lo que buscaba era no sentir la culpa de haberla abandonado el día en que ella muriera, dicho día según su estado de salud no estaba muy lejos, que era lo que

seguramente Marisela esperaba para ambas descansar y su conciencia quedara sin compromisos.

Conversé con Ricardo, un colega internista, para que previamente la evaluara en el mismo apartamento y saber si valía la pena llevarla a la clínica para que le aplicaran un tratamiento adecuado, o ya era tarde. Él aceptó, porque me consideraba su amigo y yo podía pedirle ese atípico favor, ya que él no acostumbraba a ver pacientes a domicilio, argumentando que en esas visitas se escapaban diagnósticos importantes; y él no dejaba de tener mucha razón. Llegado el momento del encuentro, solo Marisela estaba presente. Ella preparó café para cuando yo me presentara con el médico internista. No brindamos el café acordado porque Ricardo al ver a Benigna me dijo al oído:

—Colega, ¡esto no me gusta nada!, esta paciente se ve muy mal, físicamente está grave..., hay que internarla inmediatamente.

—Yo no sabía nada, por eso cuando la vi pensé en ti para que la evaluaras —le susurré.

—Señorita, ¿desde cuándo su hermana está así? —le preguntó Ricardo a Marisela.

— ¿Así cómo? —respondió ella con disgusto.

—Supongo que ella no ha sido siempre así, por lo que me dice Etanislao, se ve muy pálida, delgada y deteriorada... está en muy mal estado.

— ¡No sé! ¿Serán ocho meses, Etanislao?, o algo más; él es quien sabe... Pero le digo una cosa, eso de internarla debo consultarlo con mis hermanas, porque yo sola no quiero ser responsable de lo que suceda.

—Ella está muy mal, su estado de deterioro físico es lamentable, es necesario internarla para hidratarla, hacerle una buena evaluación, exámenes..., eso tiene que ser en la clínica y sobre la marcha.

Ricardo ordenó su internamiento en la clínica Servisalud y se despidió.

—Se lo agradezco mucho, colega. Yo le llamo —le prometí.

—Hasta luego, me preocupa su indecisión, es necesario que se decida, ¡que esto es para ya! —le enfatizó Ricardo a Marisela.

Mi actitud apresurada y de preocupación fue controvertida por la resistencia de Benigna, quien reaccionó como si no estuviera enferma, a pesar de que casi no podía sostenerse, pero de alguna parte sacó fuerzas para decir:

— ¡Yo... yo no me interno nada! Ese médico... exageró. Yo sé qué tengo mis malestares, pero no me siento tan grave como para que me internen.

—La opinión que escuchaste viene de la experiencia de uno de los mejores internistas de este país; así que usted se prepara, porque cuando el doctor le dijo que tenía que internarse es porque es así.

Ella, bajo una extraña tonalidad alternada con un escueto silencio de mal olor reticente, aceptó.

—Bueno... si de complacerlos se trata..., así será —respondió, mientras pulía la cadenita con el medallón de la Virgen de Coromoto con un pedazo de lanilla sucia, y con movimientos torpes la colgó en su cuello; seguidamente metió unos zapatos lustrosos en una bolsa —ambos eran recuerdos de lo poco que le regalé durante nuestra relación—, como parte del escueto equipaje para su internamiento.

Al fin aparecieron dos de sus hermanas. Les expliqué lo decidido. Ifigenia dijo que no le parecía muy profesional que sin ni siquiera examinarla se había tomado una decisión tan drástica, que lo mejor era buscar otra opinión. Mi conducta fue de oídos sordos a sus palabras porque ella no tenía suficiente fuerza moral para dar opiniones; tanto así, que no tenía ni quince minutos de haber llegado cuando se marchó junto con su hermana. A primeras horas de la tarde, en acuerdo con Marisela, teníamos preparada a la paciente para llevarla a Servisalud, clínica de la que yo era socio y donde tenía colegas que estarían dispuestos a dar lo mejor de sus conocimientos por ella, en quienes yo tenía toda la fe y esperanzas de que la recuperarían.

Cuando llegamos a Servisalud, con el informe que me dio Ricardo, un equipo médico nos atendió; enseguida le pusieron una solución intravenosa, a la vez que le ofrecieron jugo, el que ella aceptó y con avidez tomó unos sorbos. Una enfermera coetánea de mis luchas me saludó emocionada, aunque

yo visualicé su actitud escudriñadora que no me gustó para nada; sin embargo, le sonreí amistosamente:

— ¡Doctor Parabaviré!, tiempo sin verlo, ¿qué lo trae por acá?

—Chequeo de rutina que se realizará esta prima —le respondí lacónicamente para no entrar en detalles.

La enfermera conminó a Benigna a sentarse en una silla de ruedas. Ella se acercó a mi oído izquierdo para decirme que estaban exagerando, porque estaba en condiciones de caminar y no veía la razón para que la llevaran como a una inútil. Después de sentarla, le puso la historia clínica en su regazo y comenzó a abrirse paso entre aquel bululú de gente —aunque estábamos en la famosa clínica Servisalud, adentro parecía un mercado persa.

Hasta ahora, solo la enfermera sabía que llevaba en la silla de ruedas a una *prima* del doctor Parabaviré: “Un reconocido anatomopatólogo que, con esta actitud, cambiaba la opinión de que esa especialidad la ejercían profesionales fríos afectivamente, que solo trabajaban con muertos, que no tenían sentimientos”.

—Doctor, la paciente va a necesitar un acompañante fijo, que preferiblemente debe ser mujer; usted sabe, por cosas de su intimidad, para asearla, llevarla al baño..., porque ella se ve malita.

—No se preocupe que por ahora seré yo.

Abiertamente la enfermera no me trataba como a un familiar de la paciente, sino que en un permanente respeto poco camuflado me llamaba doctor.

— ¡Tanto que la gente lo necesita, doctor!, ¿y no hay otra persona que ayude a cuidar a su prima...? —me señaló en expresión exaltadora de mi condición profesional.

— ¡Sí hay!, pero ella es de una familia muy ocupada, usted me comprende, además, yo la quiero mucho y deseo acompañarla personalmente.

— ¡Doctor!, disculpe; pero, ¿por qué no pide que la cambien de habitación?

— ¿Por qué? —inquirí.

—Es que le asignaron la trece, y esa habitación es muy pavorosa.

—Me es igual, un médico no se puede dejar sugestionar por lo esotérico; además, mi prima viene solo para unas evaluaciones y a recuperarse un poco físicamente; es decir, no estará mucho tiempo, si hay que hacerle tratamiento para los nervios, será ambulatorio.

Una vez sumergido en la habitación trece —habiendo sido ignorado por la muchedumbre—, respiré profundo, porque permanecía virgen a ojos conocidos y no quería continuar en ese permanente interrogatorio que, más por preocupación o cariño, era indagatorio.

No sé por qué siento y escondo una vergüenza caprichosa de que los que me conocen, en mis ojos notarán que no se trata de ninguna prima, que soy un obsesivo y adicto a mi trabajo y que me vean cuidando a una paciente les parecerá raro, en algún momento sabrán que se trata de otra cosa. ¡No es justo!, pero soy franco, siento que sería otra traición a Benigna y a mi conciencia abandonarla en estas condiciones, me sentiría un Judas ante mi madre por no estar al lado de quien he amado, a quien, si bien le queda muy poco de su físico y personalidad, hasta hace unos meses era su doble; además, estoy seguro de que ella siempre quiso que yo ejerciera en esta área de la medicina: la de luchar contra las enfermedades; ahora, pasado el tiempo y sin vuelta atrás, tengo tantas dudas que me siento confundido al pensar qué fue lo que realmente mamá Edecia quiso hacer de mí.

A las horas del internamiento quise conversar un poco con ella para ver cómo reaccionaba, o al menos animarla con cualquier tema distractor banal:

—Benigna, yo de pequeño creía que los médicos no se enfermaban, por eso estudié medicina; pero ahora, con todo lo que siento por ti y ser testigo del vuelco que de repente tu vida ha dado, me convenzo que un día a mí me tocará, y no sé si lo permitiré, porque ya lo viví con mamá como una vez te conté; creo que no lo soportaría. Estoy contigo, pero lleno de pena y de vergüenza, porque siendo médico quisiera hacer mucho más por ti, pero no puedo, no es mi especialidad. Todo lo que puedo hacer es acompañarte y te juro que no te abandonaré, aunque sea cuidándote —se lo dije, en una

confesión que más bien representaba lo que no pude hacer por mamá; catapultado mi sentimiento por aquellas palabras que se le ocurrieron a la malvada de Chelina: “que yo había abandonado a mi madre y por eso murió íngrima y sola...”; en el momento más propicio para meter el dedo en mi herida y hacer infinito mi dolor.

—Cuánto te lo agradezco Etanislao, espero no causarte tantas molestias, ya verás, que eso no pasa de ser una virosis o cualquier cosa sencilla de esas que la gente padece; quién mejor que yo sabe de tus responsabilidades y por eso no quisiera perturbarte. Y fíjate, qué casualidad, yo también alguna vez quise ser médico, porque creía que ellos no se morían.

— ¡No me digas! Son tantas las cosas en las que coincidimos que cada vez te me pareces más a mi mamá. La conversación me emocionó, de ver cómo ella en cosa de horas había cambiado totalmente de ánimo, la que fue interrumpida por el retorno de la enfermera,

—Bueno doctor, aquí tiene su baño con todo, un televisor que tiene tantos canales que usted puede escoger cualquier tema que le interese, y este botón, si me necesita lo presiona que enseguida me tendrá aquí.

La habitación trece integraba parte de la encrucijada que formaba la sala de partos, terapia intensiva, los quirófanos y, para colmo, a unos ocho o diez metros quedaba la emergencia. Si tuviera que opinar —sin que me aturda mi congoja—, la estimaría un inhóspito aposento para una mujer como Benigna, que llegó a este lugar casi obligada.

Yo estaba muy preocupado por la forma cómo Ricardo ordenó el internamiento, me hacía pensar que no era por nada bueno, por ese ojo clínico que lo ha hecho tan famoso; pero sin perder la esperanza de que al final no se reportara ninguna gravedad, y en el peor de los casos Benigna estaba en manos de un redentor de vidas, que no daba tregua a las enfermedades en su camino infinito por ayudar y salvar a la gente.

“Son las nueve y cuarenta y cinco de la mañana y ninguno de los dioses ha bajado del cielo a ver a la paciente... ¡qué desespero!, y ellos saben de mi presencia en este lugar”, pensaba angustiado, sin poder compartir mi preocupación con nadie.

La barahúnda es anárquica en los pasillos, quitándole la prioridad a los lamentos y a la tranquilidad, propiedad obligada de los adolecidos. Este día ha sido un siglo para mí, me exaspera que ella no tenga un diagnóstico, hasta ahora solo recibe un ametrallamiento de órdenes médicas que incluyen tomas de muestras, exámenes, calmantes; tanto así, que hasta ahora no sé si a ella le ha mejorado mi presencia o tantos placebos. Mi mente mal recurre a una premisa que me engendra extrema desazón: “Pobre del paciente cuyo médico lo trata sin tener un diagnóstico preciso”.

Hoy es el juicio, bajaron gachos los dioses y por algún entre-sijo pasaron sin ojearme. Cada vez se añaden más dolores al cuerpo de Benigna; ya no atinan adónde puyarla, las nalgas y sus brazos lucen *varicelosos*. Me vulnera que los más importantes sean estudios de imágenes, resultados de biopsias... su persona no cuenta; solo un médico residente la ha visitado y es para hacer lo que Ricardo le indique. ¡Es bochornoso!, estoy mortificado, estos achaques no reflejan nada bueno ni duelos mal elaborados, sino que me impresiona como si anunciaran algo malo.

A las diez de la mañana aproximadamente comenzó el desfile de familiares y amistades que asisten a cumplir con el deber afectivo, ceremonioso y social de la visita al enfermo. Los pasillos pisoteados lucen empequeñecidos por la tremolina de la muchedumbre, se arrecia mi temor de ser percibido. En la antesala de mi habitación hace presencia el grupo de hermanas y amigas de Benigna. Todas no pueden entrar, porque en la puerta de mi escondrijo dice: Prohibidas visitas. Ellas se diferencian del gentío: por su físico, sus perchas, perfumes, su verbo.

— ¡Buenos días, buenos días! —Saludaron retocándose sus peinados, haciendo peinetas con los dedos de sus manos—, ¿cómo amaneció, doctor Parabaviré?, ¿cómo pasaste la noche, Benigna?

— ¡Buenos días!, pasen y pónganse cómodas —les respondimos. —Estamos bien, gracias a Dios y a la cantidad de calmantes que me han puesto las enfermeras, ya no me queda sitio en los brazos ni en las nalgas donde puyarme. ¿Y ustedes, cómo amanecieron? —precisó Benigna.

— ¡Muy bien, gracias! —respondieron al unísono.

— ¡Dios mío!, pero ¡cómo cambió mi hermana en dos días!

—Alardeó Ifigenia—, con razón la gente dice: “hay amores que matan”; yo le agregaría que hay amores que curan.

Una de las amigas de Benigna, mientras se retocaba los párpados ajados por el tiempo, mirándose en el espejo de su imaginación, preguntó:

—Ifigenia, ¿y desde cuándo ella está enferma?, porque la última vez que la saludé la vi tan alegre y rozagante, aunque de eso hace unos cuantos meses.

—¡Bueno, quién sabe —y me miró de reojo desdeñosamente—, sospeché que no se sentía bien, porque yo siempre pendiente de ella un día encontré una carta debajo de su almohada, que por cierto aquí la tengo, fíjate lo que decía: “...otro día de soledad, ya mi vida no tiene sentido, para qué seguir viviendo en su ausencia (...) La concomitancia de aparición de nuevos achaques florece, el insomnio avante, el que conspira junto con los dolores, después de varios días de retozar con mi rostro hilando su descabro, mi fisonomía va cambiando: mis ojos arrebatados, sumergidos en mi propio semblante; mis pómulos afloraron implorando ayuda, mis piernas otrora reciente nada tenían que envidiarle a las de la Venus, ahora lánguidas y cenceñas se volvieron perezosas, pidiendo todas las holganzas que nunca les otorgué...” Yo siempre la concebí medio poeta, pero cuando leí esta carta, sabía que todo era por culpa de este buenmozo que ven aquí con cara de yo no fui; porque resulta que después que la enloqueció de amor y de promesas, de repente desapareció, según me contó ella ahogada en lágrimas; y es que todo el mundo lo decía: “Tan trabajadora Benigna y ahora que en su vida le aparece ese hombre tan bueno le vienen esos achaques”. Aunque antes de que este joven desapareciera ya ella se quejaba de dolores en el cuerpo y mucho dolor de cabeza, a pesar de que tenía la tensión arterial controlada. Yo hasta bromas le echaba y le decía: “para mí que eso es miedo a la felicidad, si ella no lo quiere porque tiene miedo, que me lo pase”. Me cuenta Marisela que, como era la más desocupada la asignamos para que estuviera a su lado cuidándola, ella fue decayendo de tal manera

que se abandonó totalmente, ya ni se bañaba; después dejó de comer, apenas tomaba jugos y agua a cada momento; lo que no perdía era ese tema de estar limpiando una cadena con una medallita que tenía la imagen de la Virgen de Coromoto y unos zapatos que nunca usó. Me olvidé del asunto y ahora me enteró de este desmejoramiento de su salud, aunque no lucía como una cosa de gravedad; sin embargo, enseguida me movilicé para que fuera evaluada por un especialista. Gracias a Dios y a nuestros esfuerzos, ya le veo otro semblante.

— ¿Y a ti cómo te ha ido, Gladys? —le preguntó Benigna con voz débil a una de sus clientas y vieja amiga, para no seguir escuchando la sarta de mentiras de Ifigenia, que siempre se caracterizó por ser una fabuladora.

— ¡Ay!, aquí enloquecida con ese bullicioso mundo y la inseguridad que cada vez la pone más neurótica a una. Ese estrés ocasiona muchas enfermedades, hay que cuidarse en extremo porque está dando mucho cáncer, y la ciencia: muy bien, gracias. Hace dos meses apenas, a mí me comenzó un dolor aquí debajo de la costilla —e hizo que yo le tocara el punto que ella señalaba—, nadie daba con mi enfermedad, y me hacían exámenes y más exámenes, hasta que el doctor Pazos sentenció: “Señora, su problema es la vesícula..., la tiene llena de piedras”. Él es un profesional joven, pero imagínate cómo sabe mi amor, estudió en Francia el pregrado, y sus posgrados fueron realizados todos, enteramente todos, en Inglaterra y Estados Unidos...

— ¡Lo que a mí me sucedió, no tiene comparación! —dijo una que le quitó la palabra de la boca a otra que también quería hablar. —Yo desde que me casé sufro de un dolor de cabeza que me ataca cuando le da la gana; la ciencia decía que era migraña. Me recomendaron que me hiciera ver en Houston, que los médicos de allá y que eran unas eminencias. A la semana de estudios muy sofisticados me dijeron que tenía tres hernias en las cervicales. Me operaron y salí de maravilla; pero, apenas transcurridos tres meses, ahí estaba el dolor de cabeza otra vez. Tuve que regresar a esa ciudad a chequearme nuevamente, para que me dijeran que sufría de migraña, y que las crisis coincidían con cada infidelidad que López me hacía,

imagínense un hombre tan enamorado como él; sin embargo, para que tú veas, después de saber el porqué del dolor he mejorado bastante.

—Y a Benigna ¿cuándo le comenzaron esos malestares? —intervino una acechadora relegada.

—Eso no es reciente, hace más de un año que me molestaban, pero yo nunca quise evaluarme porque me la pasaba tan ocupada que hasta mi salud la dejaba a un lado. Imagínese si a todo al que le den estos dolorcitos lo van a internar, entonces los verdaderos enfermos se quedarían sin camas, lo que sucede es que Etanislao no me puede escuchar un ¡ay!, porque enseguida se desespera; menos mal que estudió para trabajar con muertos, que esos no se quejan, porque si no cómo sería su vida...

El día se evaporó entre inyecciones, tomas de muestras, exámenes y la tertulia de las encopetadas. La noche en Servisalud se anuncia despiadada, ya siento el barullo que viene apresurado hacia la habitación, que es peor en el día, pero en la noche es cuando se sienten más sus efectos, y me preocupa el bullicio, porque necesito que Benigna se duerma temprano, para yo salir un rato a calmarme de esta presión que me ha ocasionado su enfermedad.

Parece que en los pasillos actuara un orfeón integrado por dolores, alegrías, frustraciones y aflicciones. Primero fueron los familiares de una paciente de la terapia intensiva que, según dicen, lleva siete días muriéndose, el correteo constante de personas que van a curiosear en el área de emergencia cada vez que ulula una ambulancia, los gritos del paciente de la habitación sin número que está alterado de los nervios, y ahora es la joven de la siete que está pariendo desde temprano; cuyos allegados celebran sin miramientos. Todo este conjunto de ruidos forman como un río desbordado, haciendo de la noche un verdadero caos, y de seguir así Benigna no se dormirá, y ella necesita descansar, porque mientras Ricardo la encuentre agotada, más días estará internada. No terminaba de analizar la situación del bullicio, cuando se escuchó:

— ¡Guaaaaaahh, guaaaaah, guaaaaahh...!

— ¡Ya nació, ya nació...! Pueden verlo solo los padres y eso

después que la enfermera lo ponga pechocho —comentó la experta abuela.

Un médico de ojos saltones, frente protuberante y canas camufladas asomó la cabeza por la rendija de la puerta de terapia intensiva y saludó:

— ¡Buenas noches, soy el doctor Baudilio!

Súbitamente su saludo fue interrumpido por los familiares de una paciente que se levantaron bruscamente a preguntar:

— ¡Doctor!, ¿cómo ve a la paciente hipertensa?, ¿está muy mal?

— ¿Ustedes se refieren a la de la cama once?

— ¡Ay, doctor, no me lo mencione por número, es una de pelo blanco ella; nosotros la llamamos Educita, pero su nombre completo es: Eduvigis del Valle Guararaima de Hurtado!

— Ah, sí, cómo no, es la de la once; no es la primera vez que ella está en terapia, está luchando, yo la he visto en peores condiciones y ha sobrevivido...

— ¡Amén, doctor! Dios lo oiga.

Una viejita de unos ochenta años, pero aparentaba más, estalló en llanto.

— ¡Aaayyyyy Dios mío querido!, ¡está luchando!, ¡está luchando!, ¡aaahyyy, Dios mío haz un milagro y cúrala que Educita no merece sufrir tanto! ¡Dios te salve María, llena eres de gracia, el Señor sea contigo...!

Yo continuaba asomado en la puerta de la habitación trece y Benigna comenzaba a roncar. Podía haberme ido, porque la conozco bien, ella cuando ronca le puede pasar un tren por encima y no se despierta, pero estoy observando algo muy interesante: veo con tristeza esta anarquía de visitantes, familiares y pacientes, cosa que no se percibe cuando uno lo que hace es trabajar. Me siento culpable de este caos, porque soy consciente de que nunca antes tuve esta oportunidad; hace mucho tiempo, por bien de los pacientes, que debimos evitar estos desastres en los pasillos, aunque estoy seguro que no todas las clínicas son así. Avanzada la noche llegó un momento en que solo se escuchaba el golpeteo de las puertas de cada habitación donde entraba la enfermera a cumplir tratamiento, susurros de familiares: “¿Te arropo los pies o estás bien así?”, “¿Se te alivió el dolor...?”

Son las seis de la mañana, se presenta orondo el amanecer, por estar la clínica rodeada de inmensos árboles y viviendas comunes en sus proximidades, se puede disfrutar de las fanfarreas de cantos de gallos y el trinar de bandadas de pajarillos apaciguando dolores y exacerbando alegrías con sus cantos, haciendo preámbulo a una nueva faena de nacimientos, enfermedades y muertes para los que cohabitan en Servisalud; mientras la calle es el prefacio de los que están inocentes de que en cualquier momento entrarán a los hospitales, clínicas o a la morgue: no se sabe a quién le toca hoy, pero muchos caerán en el torrente de la dinámica de la vida. Insomne, permanezco en la puerta de la habitación, observando la otra mitad de mi vida profesional; de no haber sido por Benigna —quien roncaba quejumbrosa—, nunca hubiera vivido esta experiencia: la cantidad de visitas y gente de todas clases que va estrechando los pasillos desde muy temprano, sin consideración alguna hacia lo más importante de la clínica como lo son los pacientes. Es bochornoso.

Se produjo el cambio de guardia, salen todos estropeados por el duro trabajo de la filantrópica noche y otros entran remozados después del sueño reparador y las ansias de ayudar a los demás. Una hija de la paciente Eduvigis, desesperada, abrió la puerta de la terapia intensiva, porque habían transcurrido dos horas y no tenía noticias de ella. Emitió un grito descarnado al verla con aquel montón de mangueras por todos sus orificios naturales y artificiales. Tal fue la impresión que hasta se le olvidó para qué abrió la puerta, retrocedió en pánico y, con voz queda, comenzó a rezar: “Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino...” Inmediatamente, se le unieron los demás haciendo un coro musitado que hacía parar los pelos. Los que no rezaban —creyendo a Eduvigis muerta—, en coro fraterno estallaron en llanto:

— ¡Ahaaay, Dios mío por qué te la llevaste!, ¡una madre tan buena y protectora que no merecía morir todavía!, ¡Aaaayyyy Educita, dinos que no es verdad que te has ido...!

El intensivista, que recién tomaba la guardia, se asomó por la misma puerta entreabierta y les regañó como a unos infantes:

— ¡Qué es lo que pasa con ustedes!, ¡por más que uno les ruegue que hagan silencio no colaboran, de aquí se me salen todos inmediatamente! ¡Ennfeeermersaaa! Llame a seguridad y manda a sacar a esta gente de aquí...

—Como usted diga, doctor. —respondió solicita la enfermera auxiliar.

Los familiares y allegados del recién nacido y de otros pacientes internados se metieron en sus respectivas habitaciones; pero los familiares de Eduvigis, como no tenían habitación asignada se quedaron en el pasillo. Como en previo acuerdo, se sentaron al unísono en las sillas de los pasillos mirando hacia el techo. En un momento, advertí que Benigna no roncaba, volteeé y estaba sentada en el borde de la cama. Se había acicalado, cosa que no practicaba mamá Edecia, pero mientras más se arreglaba, más se me parecía a ella

—Te hacía durmiendo... estaba tan abstraído en lo que es este mundo de Servisalud por dentro, que ni te sentí pasar al baño. ¿Cómo pasaste la noche?, ¿te sientes mejor?

— Es que yo en ningún momento me he sentido tan mal como para que me internaran; tú sí tienes cara de no haber pegado un ojo.

—Cómo puedo dormir si toda la noche fue un solo escándalo, pese a que yo estaba convencido que en clínicas como Servisalud esto no sucedía, y si no hubieran armado ese barullo tampoco hubiera dormido con tus ronquidos, que ahora se han vuelto quejidos —le hablé así porque mi buen humor se derranchaba. Pese a su estado de salud, ella me comprendía—. Debí haber pasado esta experiencia mucho antes, porque siempre viví una sola cara de la moneda, autopsias, tejidos y más tejidos; aun con los pacientes a quienes les examinaba las biopsias, generalmente para informar malas noticias, no tenía una relación directa, porque de eso se encargaban mis secretarias; aunque muchos de ellos con un diagnóstico tempestivo podían alargar un poco su vida y solo con eso me sentía un héroe, porque al menos trataba de arrebatárselos a la muerte.

—Yo lo estoy viviendo en carne propia, a lo mejor si tengo alguna enfermedad no encuentran con quién hacérmelo saber,

y nosotros esperando aquí como unos tontos —aprovechó Benigna para comentar.

—Fui poco amigo de estar hablando sobre diagnósticos con los pacientes ya que la mayoría de las veces le hacían daño psicológico, además de la enfermedad de los órganos que ya tenían, porque creía que de esas informaciones de carácter científico solo debíamos saberlas los médicos y, en su defecto, lo hacía a través de colegas intermediarios, que eran los que le indicaban exámenes y eran a los que les correspondía dar buenas o malas noticias; sin embargo, también eran ellos los que podían dar falsas promesas, o algún tipo de ayuda podían prestar, tanto así que uno puede ver en las páginas de condolencias de la prensa, notas de agradecimiento para el doctor Fulano de tal, por haber acompañado a nuestro deudo en su gravedad, quien hoy descansa en la paz del Señor. A mí me ha tocado trabajar con cadáveres, como si ellos fueran robots que yo desarmaba y luego no sabía armarlos; ahora palpo otra arista de la realidad, que nunca había sentido tan cerca la presencia de esas personas: sus familiares, dolientes que llegaban al departamento donde yo trabajo. Algunos lo poco que saben de mí es el nombre, pero no así de mis gustos, dónde vivo, nunca llegaron a verme; tenía que pasar este momento para entender que es diferente; uno como paciente quiere saber cuál es la enfermedad que lo afecta, quién tiene el tratamiento para ella, y cómo es el médico; pero nunca es tarde, todavía estoy a tiempo y al salir de aquí lo pongo en práctica. —Etanislao, no debes de estar preocupándote por esas nimiedades, tú has sido muy altruista, un gran científico; no solo lo digo yo, es que lo dice toda la gente.

—Te insisto en que no es así como tú piensas, esto es un rompecabezas más complicado de lo que me has visto hacer; mucho antes debí estar de este lado: en el rol de paciente, que considero es la única postura de la que verdaderamente se pueden conocer las vicisitudes y el dolor de los demás. Desde esta habitación, ahora que te acompaño, lo que hago con mi mayor entrega y voluntad porque la felicidad que tú me has dado así me obliga, me doy cuenta de que yo he estado del lado de la omnipotencia, siempre viendo al paciente como a

alguien en desventaja, que llega a mí para saber de qué morirá o, en el mejor de los casos, los familiares quieren saber de qué murió, y nosotros actuamos como unos dioses que todo lo resolvemos, y esta es la mejor prueba: el respeto que nos tiene la gente. Ahora siento un poco de humanidad, te juro que si los familiares del paciente de la terapia intensiva siguen llorando, rezando y dándole golpes a la pared, termino llorando con ellos. No tengo dudas que, en menos de una noche, han comenzado a aflorar mis verdaderos sentimientos, pero eso no significa que la coraza que me he creado durante muchos años para enfrentarme al dolor, al sufrimiento de la gente y a la muerte, vaya a cambiar tan fácilmente. Es posible que algo superior nos dictamine frialdad emocional, quizá por las limitaciones para absorber tanto dolor humano tenemos que transformarlo en fuerzas para poder luchar y ayudar a nuestros congéneres. Tienes que comprender, si uno va a estar llorando por cada requerimiento humanitario es que simplemente no sirve para esto; tanto así, que no me veo haciendo otra cosa en mi vida que no sea mi profesión.

—Tú siempre hablas en forma muy determinante: la profesión, la profesión, ¿y qué harás un día con la vejez?

—Bueno, para eso cuento contigo, lo nuestro es una relación bonita y cada vez será mejor, ya lo verás; tengo muchos planes y muchas sorpresas para ti, la voz de mamá Edecia me lo dice.

—Yo pondré de mi parte todo lo que esté a mi alcance, porque lo que ha pasado en mi familia, que pronto, al salir de aquí te lo contaré, ha sido un sufrimiento muy grande que he tenido que callar para no agravar las cosas.

—Ese encarcelamiento de las emociones nunca es bueno, es peligroso, porque cuando tu mente no pueda callar más tu cuerpo te cobra el silencio.

—Yo no creo; más bien pienso que esta es un arma de un solo filo, llega el momento en que se es indiferente, ya que se hace el hábito de ver sufrir a los demás; tanto así, que fíjate, prácticamente son muy pocas las personas que me han visitado, y las que vienen lo hacen como por diplomacia, a hablar de lo que se les ocurra, menos porque se sientan preocupadas por una. Cada quien lleva su vida.

—Te doy toda la razón; yo por mi parte he optado por disminuir esa entrega al trabajo apenas hace un año, para eso tengo a mis médicos residentes; pero lo más grave es que eso de ver cadáveres y tejidos todos los días y varias veces al día se me volvió una necesidad imperiosa como sucede con muchos cirujanos, que solo por apaciguar sus ansiedades personales y ganar más dinero tienen que estar viendo sangre, porque si no andan malhumorados...

La conversación culminó cuando me percaté que hablaba solo, porque ella estaba, nuevamente, en brazos de Morfeo, con sus típicos ronquidos quejumbrosos. Continué meditando y pensaba que “trabajar con cadáveres acentuó mi aislamiento; aún tenía la esperanza de que a través de Benigna mi vida iba a mejorar, ella me haría feliz, por algo mamá la puso en mi camino, ya me lo había dicho la vieja Chelina con su boca de chaure”; sentía que ella era mi salvación. Así es la vida: cuando uno menos piensa le llega su oportunidad y no debemos perderla.

En este lapso pude observar que mis impulsos necrofílicos no aparecían por ninguna parte. Eso me reforzaba la esperanza de que mi cura era Benigna; y, sin ningún esfuerzo, establecía sobre mí un control, el que yo necesitaba antes de que llegara mi debacle profesional y personal, por el camino que yo llevaba, y bien avanzado, me veía como atrapado en un callejón sin salida.

Aproveché este momento en que ella dormía para salir a la calle como una necesidad que sentía dentro de mi cuerpo, cosa que no debía hacer porque me exponía a dirigirme hacia la morgue a cometer mis locuras. Para mi gran satisfacción me conformé con dar unas vueltas en el coche. Vi un poco de la ciudad y regresé sin ni siquiera detenerme a tomarme un café, y ni pensar en la morgue.

Otra mañana, Servisalud tornó su cara de un nuevo duro día. Le dije a Benigna que mientras ella dormía salí a poner orden en el apartamento, que hasta ahora había estado bajo el cuidado de la servidumbre. Iba muy preocupado pensando que no tenía lo más preciado para ella proveniente de mis colegas tratantes: un diagnóstico.

A las nueve de la mañana comenzó la revista médica. Una enfermera tocó a la puerta de nuestra habitación.

— ¡Buenos días doctor Parabaviré!, disculpe que lo interrumpa, ¿cómo amaneció su prima? —Me habló así, porque al entrar me sorprendió ensimismado y con cara de preocupación.

— ¡Buenos días!, imagínese, una mujer que nunca se ha enfermado y ya lleva más de tres días encerrada aquí, y yo, muy preocupado porque de toda mi familia a ella es a la que más quiero —le respondí, sin poder salir del todo de mi expresión y sentimientos melancólicos.

— ¿Y la paciente, dónde está? —inquirió la enfermera.

—En el baño —le respondí.

—Es necesario que se apure y esté presente durante la revista, porque los doctores quieren hablar con ambos.

— ¡No, no!, dígales que pasen, con mi presencia es suficiente; cualquier cosa yo se lo informo a ella.

En la brevedad entraron cuatro médicos a la habitación.

— ¡Buenos días!, doctor Parabaviré, ¿cómo se siente? —saludaron.

— ¡Buenos días!, aquí, ansioso por verlos; llevamos mucho tiempo esperándolos, ¡no es justo!, los casos deben discutirse temprano para que tengan un diagnóstico tempestivo, librarse de la angustia que acarrea el no saber qué tiene el paciente y reciba el tratamiento más adecuado oportunamente.

—Doctor Parabaviré, usted sabe que tratándose de un familiar de usted esperábamos cautelosamente por los resultados de las biopsias para tener un diagnóstico preciso, los hemos repetido tres veces y todos los hallazgos son coincidentes —me señaló el jefe de residentes.

— ¿Malignidad...? —les pregunté inmediatamente al ver sus caras de preocupación.

—Sí..., osteosarcoma...

— ¿Entonces qué, la tienen que operar?

— ¡No, porque ya es tarde! —respondió el médico tratante con voz firme.

— ¿Cuánto le queda? —agregué, sin fuerzas.

—Estamos en manos de Dios, esperamos lo mejor...

— ¡Quiero la verdad, ya a mí me ha tocado decírsela a tanta

gente! ¿Por qué ahora a ella...? —respondí irritado, ahogándome en mi sequedad.

—Tres meses —me contestó dadivoso, con voz derretida por los años, el *Dios* más viejo.

— ¿Está de alta?

— ¡Aún no!, debemos reunirnos para establecer el tratamiento más adecuado para que todo sea lo menos penoso posible, tanto para usted como para la paciente...

— ¡Tranquilo que mañana egresa!

Salí de la clínica... Recalé a Servisalud como a las once de la mañana. No lo podía aceptar. ¡Maldito destino!

Al enterarse Benigna en detalles de la mala nueva a través de una camarera, que, además, le exageró toda la información, ya que al momento de la revista se obnubiló y no logró entender la gravedad de lo que sucedía. Inmediatamente ella tuvo una crisis de llanto con agitación... La llevaron a emergencias. No fue fácil, tuvieron que inyectarle un sedante. Ese día quise estar solo con mi Benigna, ni una visita más. Estuvimos cada uno mirando lo que nos diera la gana, menos a nuestros ojos. El tiempo flotaba. Como a las ocho y media nos dimos las buenas noches, ella ya estaba casi dormida. Su conducta era paradójica ante la fatal noticia de una enfermedad mortal. Aunque ella cuando tenía problemas graves se veía serena en el día, en la noche dormía profundo y roncaba dolorosamente.

Yo, en permanente vigilia, estaba imbuido en una atroz pesadilla; mi mente era anárquica y pensaba maquiavélicamente en cosas que mi conciencia no avalaba. Como a las dos de la madrugada —sin pegar un ojo— le di un beso en la frente, que era como dárselo a mamá Edecia. Una película de toda mi vida pasó por mi mente en escasos segundos. Sin ella mi mundo retrocedería, yo solo no sabría controlarme, ella sí sabía cuidarme, respetarme, soportó mi obsesiva entrega al trabajo, mi descarada descalificación de su persona, aceptando los retazos de tiempo que le dejaba, siempre a cambio no me pidió nada, escasamente lo que a mí se me ocurriera obsequiarle; su presencia en mi vida había producido cambios radicales en mi conducta. Nunca le prometí nada personal en serio, y en la cumbre del frenético idilio de nuestra relación

cruelmente la abandoné, sin un ya vuelvo o un piadoso adiós; solamente en la clínica le manifesté algo de lo que ella significaba para mí. Por eso ahora me resistía aceptar el suplicio por el que ella tenía que transitar.

Amanecía cuando se escucharon los gritos de la enfermera que debía aplicarle el tratamiento para el dolor a la paciente de la cama trece:

— ¡Está muerta!, ¡la prima del doctor Parabaviré está muerta! ¡Oh, Dios mío, cómo se irá a sentir el doctor cuando sepa que su prima murió!

A la paciente Eduvigis hacía dos días que la habían pasado a la habitación siete, lista para su egreso. Pero los familiares aún permanecían en la clínica porque no le habían firmado el alta. Ellos fueron los primeros en entrar a la habitación trece y en una sola voz rezaron: “¡Dios te salve María, llena eres de gracia...! ¡Ten piedad señor, llévala a tu reino, que fue una gran mujer, servicial y entregada a la humanidad...!”. Los demás permanecían enmudecidos, sin poder entender lo sucedido. Solo una de las rezanderas, de las que pernoctaban en las sillas del pasillo, dijo: “A eso de las tres de la madrugada yo sentí que alguien entró a esa habitación”. Por su parte, la jefa de enfermeras reportó que en el armario de medicamentos faltaban dos ampollas de cloruro de potasio y una jeringa... El médico de guardia despertó sobresaltado, cuando la enfermera licenciosamente tocó a su puerta:

— ¡Doctor!, ¡doctor!, ¡la paciente de la habitación trece está muerta!

— ¡La de la terapia intensiva! —respondió el médico, aún medio dormido.

— ¡No, la prima del doctor Parabaviré... la de la habitación trece!

Cuando el galeno se dirigió al cuarto donde estaba el cadáver, no pudo evitar que un grupo de gente de ojos chismosos y enfermeras en ristra entró detrás de él. La miró de pies a cabeza, incólume, no obstante su presión mandibular revelaba su tensión emocional; se inclinó ante el cadáver, que parecía que los miraba a todos, puso el estetoscopio en el precordio y, a continuación, paseó un haz de luz tembloroso por las pu-

pilas, y por automatismos —convencido de que ya no había vida— le bajó los párpados superiores.

La gente con sus miradas le pedía que la reviviera. El médico estaba anonadado, con parpadeo ausente; su impotencia estrangulaba su endiosamiento. La muerte le había ganado otra vez. Solo barbulló, hablándole a nadie: “Esta es la habitación más pavorosa de Servisalud, donde mueren más pacientes y siempre suceden cosas extrañas”. Benigna quedó boca arriba: parecía dormida, sus manos asidas una a la otra, como orando al Señor, delataban el deseo de marcharse de este mundo. Cuando regresé, serían las siete de la mañana, apenas me asomé a la puerta principal de la clínica y ya estaba rodeado de todo tipo de gente. No se acercó ningún médico a darme alguna explicación sobre lo sucedido, ellos tampoco sabrían qué decirme, ya que no entendían lo que había sucedido; porque Benigna estaba condenada a morir, pero no tan abruptamente, tampoco se merecía prolongar su sufrimiento. En el curso de la mañana fueron llegando familiares y amigas que se aglomeraban en la puerta de la habitación: todos abatidos. Marisela notó que la cadena y los zapatos, con los que ella tanto se entretenía porque los adoraba, no estaban entre las cosas que recogió antes de que se llevaran el cadáver e internaran a otro paciente de los que estaban en cola esperando por una habitación. Pensó que seguramente alguna aprovechada con el alboroto le llevó sus preciadas prendas.

Yo me mostraba profundamente compungido; torpemente me acerqué a las hermanas de la difunta y, musitadamente, les dije que me encargaría de todo el acto fúnebre y de cualquier diligencia que hubiera que hacer. Les sugerí incinerarla, bajo el argumento de que por el tipo de enfermedad que ella tenía el cadáver se descompondría muy rápidamente. Mi mente confundida albergaba la idea de llevármela para que le hiciera compañía a mamá Edecia en el Museo del Dolor. La fuimos a velar en una funeraria muy costosa que yo mismo escogí, ya que no quise llevarla a ninguna de las de nuestra empresa. Mientras tuvieron el cadáver en el salón velatorio lloraba desconsoladamente abrazado en círculo junto con las hermanas de la difunta, quienes comprendían que yo no era el culpable

de su muerte, sino que ella desde hacía tiempo tenía una enfermedad maligna que poco a poco se la fue llevando.

Cayendo la tarde todas gritaban, sobre todo Ifigenia, despidiéndose de su hermana, cuyo cadáver yo mismo llevaría al crematorio ubicado a las afueras de la ciudad. “Allí un buen amigo le hará un buen trabajo”, les dije. Luego le entregaría las cenizas a Marisela por solicitud de ella misma, y que realmente era quien se las merecía.

Como a la una de la madrugada estaba llegando a San Juan con mi tétrico fardo, buena hora para librarme de los ojos chismosos de la vieja bruja y dar inicio a mi felonía.

Apenas amaneció, llamé a mi maestro para pedirle disculpas por haber extraviado el teléfono móvil mientras pasaba unos días en San Juan, tratando de recuperarme de tanto dolor por la pérdida de Juliette, pero que ya lo había encontrado y, de paso, me sentía bastante recuperado. Él, por su parte, me dijo que mejoró mucho más rápido de lo que esperaba y tenía que retomar las riendas de todas sus actividades y muchas otras, ahora que se le había ido su hija amada y tampoco estaba yo, por lo que esperaba que me recuperara totalmente para que lo ayudara, que no me preocupara por los días que necesitara descansar porque primero estaba mi salud.

Capítulo IV

Muerte de Etanislao

Ahora le toca narrar al doctor Saúl Ernesto Hogilling Bracamonte, cómo él vio transcurrir los pasajes más resaltantes de los últimos momentos de vida de su enigmático pupilo y paradójico hijo putativo.

Decidí darle una sorpresa a Etanislao, pensando que si a él le prestaba la tranquilidad del pueblo seguramente a mí también me ayudaría, por lo que me trasladaría hasta allá acompañarlo por lo menos unos tres días; dependiendo de cómo me sentía, porque soy poco amigo de las incomodidades de los pueblos. Desistí de llevar a mi chofer porque quería meditar, desahogarme; además, de que lo que me sucedía no podía contárselo a cualquiera. En la carretera comencé a pensar dónde él podía encontrarse, porque, a mi manera de ver, en ese pueblo no había ningún atractivo como para pasar tantos días. Concluí que lo más lógico era que estuviera en la edificación que, según comentarios de él mismo, por dentro era una lujosa mansión con todos los servicios, excepto una especie de depósito amplio que siempre se mantuvo bajo llaves, según me contaba Juliette, sin ninguna explicación válida, salvo que una vez me dijo que sería algo así como una sala para llorar en privado cuando funcionara la funeraria.

Al llegar al pueblo, di varias vueltas ubicando la obra, la que no lograba identificar porque no veía su coche por ninguna parte; “a menos que lo haya dejado estacionado en algún sitio especial para guarecerlo de la intemperie, que aquí es inclemente”, pensaba. Ya había pasado dos veces por el frente de una fachada descuidada, con basura, escombros y mucho monte, y me convencí que por las dimensiones de la cerca de bloque esa tenía que ser; pero, “¿cómo él había soportado tantos días en ese sitio?”, me pregunté.

Continué dando vueltas, y una vez convencido de que ese tenía que ser el sitio que buscaba, me recordé que en la guantera del vehículo en el que viajaba había una serie de llaves

magnéticas que pertenecieron a mi hija, que Dios la tenga en la gloria, como socia y además que ella estuvo al frente del proyecto durante un buen tiempo. Decidí detenerme. Sería sencillo, con alguna de esas tarjetas la puerta de la entrada principal debía de abrir, y si él permaneció allí por tantos días esto era sospechoso de algo, sobre todo teniendo al lado nada menos que a Chelina, su acérrima enemiga; y siendo este un pueblo inhóspito que no disponía de un buen restaurante, menos de un cine o un teatro.

Me detuve unos metros más allá de la puerta principal de la fachada, caminé y noté una disparidad entre el mantenimiento de la entrada y el abandono del resto del frente. Me persegñé y comencé a probar llaves magnéticas: ¡Eureka!, abrió la primera puerta apenas al intentar con la segunda tarjeta. Al entrar, me sorprendí al encontrarme con un espacio muy amplio, limpio y lujoso, pero allí no había vida ni se sentía ningún ruido. La segunda puerta me fue mucho más difícil abrirla, pero con insistencia lo logré... ¡Me quedé estupefacto...!, allí estaba mi hijo putativo, sentado, sin camisa, frente a un mesón con un libraco muy próximo al lado izquierdo de su cuerpo, varios envases de químicos, dos microscopios, una cadenita con un medallón, numerosos cadáveres momificados, y uno de ellos, colocado en un mesón de mármol propio para hacer autopsias y tratamiento de cadáveres, correspondía a una fémina sin embalsamar que comenzaba a oler mal, ; a su lado derecho había pedazos de tela de sacos color piel, fibra de vidrio desechada, un frasco con ojos de vidrio de todos los colores y tonalidades, olores sui generis que me eran familiares —acetona, formol, alcoholes...— formaban una etérea amalgama.

Lo que estaba viendo no tenía nombre.

Al percatarse de mi presencia, sin darme oportunidad a más nada, me dijo con voz fuerte, sin voltear a mirarme ni levantar la cara:

— ¿Por qué entró de esa manera, profesor?

Hubo un largo silencio, sentí que medio cuerpo se me dormía, pero por mi enardecimiento no le di crédito; hasta que respondí.

— ¡Esto no lo puedo creer! ¡Siempre tuve la sospecha...! pero era mucho para que fuera cierto... —le expresé, haciendo un esfuerzo sobrehumano para hablar y sostenerme de pie, sin salir de mi asombro—. Cuando llegué a este sitio no esperaba encontrar nada bueno. Hubiera preferido no haber traído esas tarjetas magnéticas; pero esto fue parte del plan que tu paradójal destino te tenía trazado. En todo caso, es muy difícil que alguien pueda soportar tanta farsa. Quizá si tú regresas un día antes no pasa esto, pero cuando las cosas van a suceder nadie puede evitarlas, es precisamente porque alguien superior lo ha querido así.

Mi mente no podía digerir tal monstruosidad, apenas tiré la vista más allá, ahí estaban las momias, en una franca manifestación de irrespeto a sus memorias. Avancé sin romper el sepulcral silencio y sin que él hiciera siquiera un gesto para impedírmelo. Uno, dos, tres, cuatro pasos, a pesar de que cada pierna me pesaba mil kilos, apenas voltéé a mi derecha —a unos cuatro metros— y casi de espaldas a él: estaba mi hija en posición ginecológica; yo no pude contener el llanto, que más que llanto fue un grito de rabia desgarradora... Allí ante mis ojos estaba el monstruo, el de las conductas impuras inimaginables en un ser humano, el hijo que deseé tener y nunca tuve, y sin embargo lo adopté para hacerlo un gran hombre. Ahora, en este mismo momento tendría que destruirlo con mis propias manos. Era lo menos que se merecía. Más allá estaba mi difunta esposa, Estefanía, el amor de toda mi vida, ¿cómo llegó hasta acá?, ahora entiendo el empeño de él en ver fotos de ella en vida y saber dónde descansaba mi amada esposa, por eso me hizo llevarlo al camposanto donde ella fue enterrada, haciéndome ver que hubiera deseado conocerla; solo para profanar su tumba y poner en práctica sus nefastos propósitos. A continuación, había una señora octogenaria, alta y huesuda cuyas orejas descansaban sobre sus hombros, apoyada en el brazo derecho de una momia de un hombre alto y fornido, con un sombrero pelo e' guama que sonreía y lucía un diente de oro, y luego una serie de momias que supongo correspondían a sus amigos de la infancia, esos de los que tantas veces me habló que habían muerto trágicamente y

él los disecaba para poder soportar tanto dolor, y no solo eso, sino que él temía morir en circunstancias similares.

Por qué este endemoniado tenía que haberme hecho esta burla, si yo se lo di todo; aunque pensándolo bien, él no era del todo el culpable: fue su madre que era una loca, a quien la naturaleza, en una de sus erradas decisiones, anidó en su vientre amargado a un ser tan prodigioso, que ella en su ignorancia lo único que pudo hacer de él fue un monstruo, que donde quiera que estuviera todo lo transformaba en dolor, pérdida y sufrimiento; lo mismo que, no por casualidad, sucedió con mis familiares, todos mis primos murieron en accidentes de tránsito, siempre muy jóvenes, sucesos que aprovechaba mi madre para torturarme repitiéndome lo mismo: “Estudia para que no termines como tus familiares paternos que todos han sido unos desquiciados provocando tragedias para irse de este mundo; sin embargo tu padre que ha sido un bandido refugiado en las riquezas mal habidas, con sus múltiples trastornos de conducta tiene un diablo que lo protege para que nunca le pase nada”. Ahora entiendo porque él se comió en mi presencia la carta y la foto que le envió el que decía ser su padre, todo por el odio que le tenía, infundido por Edecia, a la que sus rencores y frustraciones la mantenían al filo de la locura. Conmigo mi madre hizo una crianza similar, pero yo no llegué a tanta perversión como él.

Habían transcurrido tres o cuatro minutos, los que el tiempo inmanente me hacían parecer un siglo, de haber entrado a la edificación,—que tenía una profundidad de unos treinta metros, contenía múltiples obras de arte en una continua armonía una con otra— y él se mantenía sentado, encorvado, cabizbajo; conmigo a sus espaldas, cuando bruscamente de la parte baja del mesón de granito abrió una gaveta y echando su cuerpo hacia atrás extrajo algo que yo no pude ver en lo inmediato: solo escuché el disparo y vi el huraco rojo que inmediatamente se formó en su espalda desnuda, salpicándome de sangre y con la posibilidad de haberme matado con la misma bala, porque me encontraba exactamente detrás de él. Sentí que el cuerpo se me dormía, hasta que me quedé paralizado, no sé por cuánto tiempo.

Cuando reaccioné, lo examiné con la mirada, estaba relajado, con la mitad derecha de la cara con la que tumbó el microscopio que tenía ante sí apoyada en el mesón. Rápidamente, siempre sin tocarlo, me percaté que no había nada que hacer, lo supuse sin signos vitales. Se hizo el disparo en toda el área precordial, la que él anatómicamente bien conocía; su miembro superior derecho quedó extendido sobre el mesón, con la mano tatuada de pólvora, aferrada a la empuñadura de una pistola High estándar calibre siete milímetros, montada, presta a disparar nuevamente. En cosa de segundos, recordé haber leído que los suicidas que destruían su corazón para morir, lo que buscaban era matar a la madre en forma simbólica; fue lo que él hizo, porque su inteligencia le permitía entender que ella crio un monstruo, que lo tuvo desde que él nació y le moldeó su cerebritito gelatinoso a su antojo, creyendo bajo su profunda ignorancia que lo hacía bien, y de esa manera pudo decidir su destino.

Para mí sorpresa, sin un quejido que delatara su dolor, lentamente comenzó a respirar... En forma sorpresiva reaccionó con una sacudida espasmódica, e impulsivamente soltando el arma tomó un recipiente acerado de unos dos litros que contenía un líquido caustico de alta concentración —lo usaba en sus endemoniadas momificaciones—, que tenía al alcance de su mano derecha, y lo derramó desde su cabeza hacia el tórax y sus extremidades superiores, enchumbando el libraco de vida que tenía al frente suyo, inmediatamente se retorció y se fue convirtiendo en una masa amorfa. Reaccioné con rabia e incredulidad... Y con el tercer disparo corroboré que ahora sí estaba muerto. Todos mis sentimientos cambiaron súbitamente aunque, con lo hecho, no me sentía satisfecho del todo. En una confusa simultaneidad de afectos le acaricié lo que le quedó de pelo no enchumbado por el ácido:

—Se me fue mi otro hijo, siempre fuiste un niño... tu mamá Edecia te labró este cruel destino... —le dije, con mis ojos llenos de lágrimas y todos mis músculos tensos, muy tensos, pensando, a la vez, que “él necesitaba morir, porque no podía soportar tanta culpa por sus desmanes y todo el daño que hizo”.

Comencé a recoger en una palangana acerada partes de su pelo, sus uñas y de su cuerpo dehiscente que caía sobre su libraco de vida y el mesón; quedando una mezcolanza de letras y tejidos macerados conformando una masa marrón oscura, gelatinosa, indivisible que contenía su biopatografía. Gracias a esta amalgama de elementos, al tiempo y con gran trabajo, pude corroborar buena parte del relato de lo que fue su vida. Me senté en una de las sillas Luís XV de las que disponía el salón a tratar de calmarme, para no paralizarme otra vez y poder pensar en lo incomprensible.

Mientras trataba de relajarme, una película en mi mente me hizo recordar que un día quise que allí se construyera un centro comercial, una urbanización que mereciera la pena, algo que le diera prosperidad al pueblo, pero nunca lo planteé seriamente; porque él se empeñó en un funeraria y un cementerio, para así “dar continuidad a las empresas de mi familia, que bastante éxito habían tenido”. Él sentía amor, odio y respeto hacia su madre; igual sentía ella por él, pero fue incapaz de tocarle un pelo, y ahora, en este momento en que lo encontré, reaccionó con intensa vergüenza y culpas que se le hicieron imposibles de soportar; estas emociones le frustraron de tal manera que se convirtieron en una rabia incontenible que, en vez de dirigirla hacia ella en vida, la volteó hacia él; no obstante, al dispararse y querer ocasionarse la muerte, deseó que ella muriera por segunda vez, porque estaba metida hasta en la última fibra de sus entrañas, de todo su cuerpo y de su alma.

En todo caso, estoy seguro que no fue tanto por sentirse descubierto por mí que él reaccionó así, sino que tarde o temprano terminaría en una muerte violenta porque él siempre me dijo que moriría trágicamente, además de la carga genética suicida de los Parabaviré, sumado a ello todas los pecados albergados en su mente que ya le eran insostenibles a su conciencia; por otro lado, no es de extrañar que él tuviera su muerte previamente planificada, y la anunciaba cuando decía que ocupaba el punto de una línea en la que estaban ubicados una serie de jóvenes de su pueblo que habían muerto trágicamente, los que él en nuestras largas tertulias me describía

como sus amigos, pero realmente no se reunía ni jugaba con ellos como lo hacían otros niños , porque la madre no se lo permitía, con el argumento de que aprendería malas costumbres, que más bien se pusiera a estudiar. De allí que en sus largas horas de soledad le daba por jugar y competir imaginariamente con ellos. La muerte de cada uno de sus supuestos amigos le producía tanto dolor, porque sentía el vacío de la etapa más importante de la vida como lo es la infancia, la que nunca cerró; por eso los llevaba al Museo del Dolor, para algún día con sus inventos electrónicos poder jugar con ellos. Así que yo no creo que mi hallazgo haya sido el motivo de su muerte. Entre otras cosas, pensé que yo podía permanecer allí un tiempo más, antes de notificar este macabro descubrimiento a los cuerpos policiales, los que nada podrían demostrar en relación a mi persona.

Ligeramente recuperado del impacto emocional, quise observar más antes de que el dantesco escenario fuera desarmado por los gendarmes. Cuando caminé hacia mi lado derecho, donde hacía unas horas esbocé la imagen de Edecia, pude detallar que en esa mesa, muy bien servida, estaban todos sus difuntos afectos, como en una especie de tertulia, una jarra bronceada repujada en bajo relieve con esfinges y simbología egipcia y cada momia con una taza del mismo acabado de la jarra; de abajo de la mesa tenuemente se escuchaba La Pastoral de Beethoven. Estaba imbuido en mi sorpresa cuando atónito vi que Edecia levantaba el brazo en un gesto como de tomar el té, e inmediatamente las demás momias le seguían en el movimiento. Todo lo que estaba mirando parecía un insólito y macabro parque del dolor, por toda la artificialidad de las momias moviendo partes de su cuerpo, con música que procedía de dispositivos ocultos que desencadenaban en mí todo tipo de emociones: rabia, enorme tristeza, celo profesional, incredulidad. No podía digerir tanta monstruosidad junta en un solo ser, al lado de quien viví durante años y del que tuve tantas sospechas de su conducta sicopática; pero así son las cosas cuando sospechamos de que alguien de nuestra intimidad actúa al margen de las normas, inconscientemente lo negamos, tratamos de ignorarlo con mil excusas para no

aceptar la cruda realidad. ¿Por qué yo tenía que esperar este momento?, si aquella noche en que conversamos, en dicho encuentro estaba decidido a desenmascararlo para saber si debía entregarle a mi hija, mi única hija del alma; pero él fue suficientemente escurridizo como para desviarme del tema, tocándome ese punto de mi debilidad por el alcohol, él sí pudo ser asertivo conmigo al señalarme que cuando estuviera fuera de tragos hablaríamos de eso.

En mi mente afloraban en forma repetitiva recuerdos dubitativos: ¿por qué tuve que tomar esa noche?, ¿por qué no esperé un momento de sobriedad?, que sí lo hubo, pero a lo mejor sin alcohol me faltaba valor por ese amor que le tenía, para hacerlo sufrir y destruirle su vida profesional, que siempre hubiera sido mejor que este final, porque de todas maneras él pudo haberse suicidado, pero mi hija, quien después de la muerte de Estefanía, fue mi mano derecha para todo, estaría viva. Todas las fuerzas de mis emociones se minimizaban por mi confusión entre el afecto que le tenía y porque todo lo que estaba viendo me removió celo profesional; ya que hace muchos años yo pensé lograr un museo de estas características, sin necesidad de jugar con los sentimientos de los seres más queridos como lo hizo él. Nunca dudé de su genialidad, pero no creí que llegara a tanto, mi mente no se cansa de pensar cómo logró mecanismos electrónicos tan complicados sin la participación de conocedores de la materia. Esa era la realidad de un ser con un cerebro prodigioso, que por lo imperfecto de la vida y la naturaleza cayó en manos de esa loca que lo hizo un monstruo; yo no tuve la fortuna de tener un hijo así para convertirlo en lo que verdaderamente merecía ser.

De principio, sabía que esto ameritaba una denuncia policial, aunque estaba convencido de que la justicia divina se había encargado de él; yo no tenía que buscar ninguna coartada, lo único que tenía que tergiversar era la hora de mi hallazgo, sin negar el temor que me producía pensar que ni aun con mi vasta experiencia, conocía ni había leído de alguien que se hubiera suicidado de tres disparos, y eso podía ser sospechoso. En realidad si algo me hacía sentir mal era que él había caído en la perversidad y, si bien yo no tenía pruebas contundentes,

tenía las fuertes sospechas de que sí era un enfermo y debí ser más directo con él para ayudarlo. No salía de mi sorpresa, me acercaba cada vez más a las momias y sentía vida en ellas, eran unas verdaderas obras de arte. Observando varias sillas vacías que estaban alrededor de la mesa, a continuación de las ocupadas por las momias, en el borde superior y tallado bajo relieve en letras góticas había algo escrito; tuve que acercarme muy bien para leer lo que allí decía: Chelina, El Mocho..., Maestro Hogilling... Era difícil creerlo, toda mi mente nuevamente se trastornó, porque sentí que ese campesino, *pata en el suelo*, acomplexado porque venía de la pobreza, que se crio sin padre, con una madre loca que lo confundió todo, que se aprovechó de mi apellido y de mi posición social para *levantar cabeza*: no me tuviera ninguna consideración, había tocado mi dignidad, mi amor propio y lo más valioso para un ser humano: mi vida.

Después de pensarlo, olvidándome de la parte legal y de mis riesgos, decidí que esa silla donde estaba escrito mi apellido, donde aún en su adefesio me trataba como su maestro, sería para él; ahora el museo y su gran secreto serían míos, lo superaría en sus logros artísticos, le daría un poco de su propia medicina y, a la vez, demostraría que yo era superior; lo momificaría de tal manera que superaría lo que él hizo, ¡sí, lo superaría! Al ver lo deformado que quedó su cadáver, por el ácido que vació desde su cabeza, concluí que él, en ese último instante cuando moría, previó mi venganza, y por eso arruinó su cara y su cuerpo.

Previamente tenía que salir a solucionar muchas cosas de mi trabajo, las delegaría arguyendo que fui invitado a visitar culturas indígenas suramericanas, para estudiar sus ancestrales técnicas de taxidermia. También pensé que si el museo estuvo allí tanto tiempo y nadie lo sabía, por qué tendrían que saberlo ahora. Debía buscar la forma de permanecer en él sin delatar mi presencia, ya bastante sabía de esa señora vecina y su hijo, y todos los obstáculos que creo para que lo del cementerio no se hiciera realidad, quien además de ser conflictiva, era una peligrosa voyerista, así que tendría que cuidarme mucho de ella.

Afortunadamente entre las extremas previsiones que Etanislao tomó estaba el sistema de micrófonos y cámaras, las cuales eran tan diminutas que resultaba difícil detectarlas, y que permitían estar al tanto de lo que sucediera al frente y alrededor de toda la edificación, y lo más importante, casi todo lo que hablara y cualquier paso que diera la vieja Chelina era detectado por el sistema, la que me seguía preocupando por su inquietud por averiguar que sucedía en la construcción. Aunque la observaba que lucía muy agotada, por eso ya no atendía a sus clientes, y sin compartir con nadie su preocupación, salvo con su hijo; por eso sus asiduos visitantes y tomadores consuetudinarios la extrañaban, porque ella le daba vida a las tertulias con sus chismes, anécdotas y ocurrencias; aparte de que su presencia hacía rendir su negocio de venta de cervezas y comidas.

El Mocho le habló con sinceridad:

—Mamá, el ojo del amo engorda su ganao, eso de que la gente llegue, se atiendan ellos mismos y después me digan: “toma, Mocho, me tomé tanto y esto es lo que te debo”, a mí no me parece, acuérdate que yo no saco cuentas rápido, si seguimos así vamos a quebrar el negocio que apenas alcanza para medio vivir, ya verás.

En la tarde del mismo día que el hijo le hiciera los certeros señalamientos ella reapareció, con su cara rechoncha y empolvada para enmascarar su agotamiento, su largo pelo descansando en su pecho izquierdo, ropa recién planchada con olor a jabón y zapatillas de las baratas nuevas; presentándose con su nuevo *look* ante sus asiduos clientes. Había un grupo de unos diez, quienes la recibieron con un estruendoso aplauso. Hubo manifestaciones de sincero cariño. Ella tenía el don de insuflarle alegría y motivar las conversaciones hablando de cualquier tema con suma facilidad, aunado a ello su personalidad histriónica. Los temas más motivadores eran los chismes, de los cuales nadie sabía cómo se enteraba, porque pocas veces salía a la calle a conversar en otras casas.

Con la vecina hablando sin parar por más de dos horas frente a los clientes, dos de ellos se levantaron, pagaron y se fueron. Cuando ella se percató que se le iba la gente —porque en San

Juan se acostumbra a cenar entre cinco y seis de la tarde—, recurrió a una de sus argucias y pensó: “de aquí no se me va ni uno más”, y apenas se levantó Wilfredo, no había dado ocho pasos cuando ella comentó:

—El pobre Wilfredo, todos los días se despide de su mujer para ir al trabajo, le da un beso en la barriga que ya está que se le revienta, porque está preñada hace ocho meses y casi tres semanas; sí, porque ese es el tiempo exacto en que a él le cambiaron el horario de trabajo para la noche; y a veces, ¡pobrecito!, hasta dan ganas de decírselo, segunda barriga que no es de él, pero la vida es así, hay mujeres que tienen tanta suerte. Él la adora.

Hubo entrecruzamiento de miradas y tímidas risitas, porque lo que ella dijo era muy delicado, ya que Wilfredo era un hombre que no entendía de juegos, y tenía el antecedente de dos homicidios. Los clientes que quedaban tenían el temor de marcharse, porque todos tenían rabo e paja; el que lo hiciera caería en la lengua viperina y corroedora de ella; que le sabía la vida a cada cristiano del pueblo.

Lorenzo, que era un muchacho que integraba la banda que daba la retreta dominical de San Juan, a costa de lo que fuera se levantó de la silla con el estómago gruñéndole y se marchó. Inmediatamente, la vieja comentó:

—Pobrecito ese muchacho, cómo le arruinaron la vida...

— ¡Qué..., que se la arruinaron! ¿Cómo... es eso? —acotó uno de los presentes con voz gangosa por la cantidad de cervezas que había ingerido.

—Eso lo sabe todo el mundo —le contestó ella que se la daba de muy feminista, a la par de ser discriminadora—, él se fue pa la capital a estudiar música en una de las mejores escuelas de allá, se fue muy sano, y lo pervirtieron, le hicieron la *maldá*, parece que le gustó; no vieron cómo quedó moviendo el trasero, y hasta novio tiene.

El grupo estalló en fuertes risas —pese a que cada uno tenía su cuento y ella se los sabía—, como una suma de la emoción anterior reprimida y la que ocasionó lo de Lorenzo, que era un joven humilde y tranquilo.

— ¡Muchacho, y tú, qué tienes ahí en esa bolsa! —le preguntó ella a Gustavo, que no era ningún muchacho, porque era un

hombre que pasaba de los cuarenta, quien desde que llegó a la tertulia apretaba una bolsa negra de plástico con su mano izquierda, y ella, que se mostraba inquieta, permanentemente buscaba el mínimo detalle para darle a la lengua.

— ¡No, no, nada importante! —le respondió Gustavo con cara de susto.

Ella se le acercó y arbitrariamente lo zarandeó, le revisó la bolsa y le dijo en voz alta, mirando sobre sus hombros a su alrededor:

— ¡Pero Gustavo!, eso que llevas no es pa prepará la cena — tenía dos bistecs de lomo, dos tomates y una cebolla.

— Sí, mi señora, no me he ido porque tengo cosas que contar y antes que usted las diga yo las diré.

— ¡Qué tan importante es lo que vas a decir! —le preguntó inquisidora, ante la posibilidad de algo novedoso que ella no supiera, porque eso le restaba respeto a su lengua.

— Debo decirle que no solo es Lorenzo, ahora dicen que son dos las que hay en la Sinfónica del Estado.

— ¡De verdad no lo sabía!, ¡qué extraño!, ¿y quién es el otro *mariquita*?

— ¡Ay señora, y usted no sabe que a mí me metieron en esa guarandinga!

Esto causó mayor hilaridad que el chisme anterior, con un fuerte estallido de risas, sin respeto a la presencia de Gustavo que tan inocentemente se había confesado. A la semana siguiente, todo San Juan, que era un pueblo machista y discriminador de géneros, sabía lo de Gustavo.

Aun corroborando lo fabuladora que era esta vieja continué con mi plan. Todo había salido muy bien, hasta el vehículo del monstruo mal parido rescaté de un solar enmontado donde seguramente él acostumbraba ocultarlo; dejé de llevar mi coche para no despertar sospechas y viajaba en taxi vestido de paisano. Fui llevando material poco a poco para hacer a mi manera la momificación de ese mal nacido. Hacía tiempo que no sentía en mi pecho ese susto tan agradable y emocionante que me daba cuando caí en lo mismo que en lo que él terminó.

En un primer intento de embalsamarlo no logré mi objetivo, porque la momia que preparé en nada se le parecía; su rostro

se había tensado de tal manera que perdió su imagen, quería dejarlo sonreído y a mi mente solo venía su cara de disgusto o de dolor; allí me di cuenta que esas eran las expresiones habituales en él, quizá por tantas cosas de su vida que ocultaba. También pensé que por la intensa rabia que yo tenía, así no podía aflorar mi arte, necesitaba relajarme, lo que me resultaría difícil lograrlo. La única solución era buscar una fotografía, pero me recordé que con la pérdida de mi hija todo lo destruí en momentos en que lo sentí culpable de su muerte. Esto me produjo más rabia aún y acrecentó mi envidia, porque me daba cuenta de que no era nada fácil igualarlo, y menos superarlo. De todas maneras insistí en momificarlo, olvidándome de su risa, y aun así, el rostro que logré plasmar para mi mayor decepción no era ni su sombra.

Cuando arreciaron las sospechas de Chelina de que alguien suplantaba a Etanislao, porque hacía casi un tiempo que no lo veía, se tornó incontrolable y asumió como un reto dilucidar lo que allí sucedía. Esto le resultaba sumamente interesante y comenzó a buscar la forma para llevar a cabo sus averiguaciones. Las compras en el supermercado ahora las hacía detalladas, mientras más viajes mejor. En el área enmontada de la fachada de la construcción hizo un camino de tanto pisotearla: pasaba impudicamente a toda hora con bolsitas de cualquier compra; en cada uno de esos viajes metía el ojo por una rendija de la puerta principal, por donde no lograba ver nada que le resultara interesante, pegaba el oído al metal de la puerta y juraba que oía pisadas. Lamentablemente, ella que toda la vida debió ser una persona de una gran agudeza auditiva, creo que ahora la edad la traicionaba.

El Mocho, que era tozudo y muy terco, se había lesionado el único pie que tenía sano —según me contó Etanislao, después de sufrir un fatal accidente automovilístico viniendo de las minas, donde lo daban por muerto y sobrevivió; perdió una pierna y quedó mocho y más turulo de lo que ya era—, ahora no podía ayudar a la madre en nada. Se lesionó porque la madre echó de su casa a la mujercita que ella misma le había buscado, y él, embriagado por el despecho que esto le produjo, dio un tropezón y sufrió un esguince en su pie sano.

Chelina llevaba días que no dormía, casi no comía porque se mantenía con media cara pegada a la pared del patio de su casa que daba a la edificación, averiguando qué era lo que allí sucedía; hasta que un día escuchó música clásica de esa que a ella no le gustaba, fue el momento en que en la computadora encendí los equipos, erré una de las teclas y me excedí en el volumen del sonido. Ella estaba segura de que el ruido vino de de la construcción, pero no había forma de corroborarlo; sin embargo, este incidente le creó un soplo de esperanza. Pasaron dos días y no volvió a tener ninguna señal de vida; entonces tuvo dudas de sí el sonido vino de allí, porque no veía entrar ni salir a nadie.

El Mocho, que estaba bastante recuperado del esguince, le dijo: —Mamá, hace días que me tienes preocupado con tu obsesión, ya no debes seguir averiguando la vida de los vecinos, te ves demasiado agotada.

Ella, inmediatamente, le respondió:

— ¡Quién te dijo que esos son vecinos!, si dejaron de serlo cuando yo les declaré la guerra por lo del cementerio, y cómo no me voy a preocupar, si en esa casa están pasando cosas extrañas y nosotros desde hace tiempo calándonos esos heidores raros que nos queman los pulmones, sin la más mínima idea de lo que allí sucede. Ya te lo dije y tú no me hiciste caso, he observado que desde hace más de una semana Etanislao no se ve por ahí, y un extraño ha entrado varias veces a esa casa; por el aspecto me parece haber visto a ese hombre anteriormente, lo único que el otro era más *fino*. Te acuerdas que hace unos días oímos como unos disparos; bueno, está pasando algo, yo no estoy loca, se están sintiendo ruidos y el dueño de esa construcción no está por ningún lado, y tú, que eres el hombre de la casa, lo que haces es decirme que me quede tranquila y deje de averiguar la vida de los demás.

Apenas al Mocho se le deshinchó el pie y dejó de quejarse de dolores en todo el cuerpo, ella le confió que estaba agotada por tantos días sin dormir averiguando qué pasaba en esa edificación, y le pidió:

—Hijo, ¡por favor! Ayúdame a aclarar lo que está pasando, porque ya no aguanto más.

— ¡Bueno, lo más fácil es abrir un hueco en la pared! —le sugirió el Mocho.

Ella, desaforada por el estado de tensión en que se encontraba, le aclaró:

— ¡Eso es muy riesgoso, enseguida sabrán que fuimos nosotros!; es mejor trepar la cerca del patio para ver quien está ahí. Se encontraron con la dificultad de que el paredón era muy alto —tenía cuatro metros y treinta centímetros de altura— y se hacía muy difícil alcanzar la parte superior del mismo. A la media hora pasaron por el frente de la edificación con una escalera prestada: la vieja chismosa bañada en sudor y con las piernas abiertas que ya no le daban, y el Mocho dando salticos con las muletas, y el borde superior de la escalera, que casi se le caía por el peso, amarrada de dos trabillas laterales de la pretina del pantalón. Este esfuerzo fue en vano, porque la escalera no sirvió, ya que, sumada la estatura del Mocho, que no era mucha, no llegó ni a los tres metros.

La vieja estaba a punto de rendirse por el agotamiento que sentía, cuando el hijo tuvo la genial idea de montarse en una de las matas de coco, de la que algunas de las palmas descansaban en la viga superior del paredón y pasaban al patio de la edificación; por allí se dejaría rodar. Así lo hizo; después de subirse a la mata se desplazó agarrado de dos palmas, pero al llegar a la parte débil de estas, cedieron y se fue de bruces, pegó en el borde de la viga del paredón, tratando de agarrarse para no caer de la considerable altura, y rebotó cayendo hacia el interior de la edificación... Ni un grito, ni un quejido, solo un ¡cuaasshh! seguido de un prolongado silencio, y luego el desespero de la madre gritando:

— ¡Mijo, qué pasó, mijo contesta, contesta por favor!, ¡dime algo!, ¡ay, Dios mío...!

Al no obtener respuesta y viendo hacia la viga del paredón, con llanto y gritos exclamó:

— ¡Se mató Gilberto, se mató!, ¡se mató mi hijo del alma, por culpa del malparido del Etanislao!

Gracias a las cámaras y micrófonos puedo cerciorarme de que estoy en un inminente peligro por culpa de esa señora tan averiguadora de lo que no le interesa. Sé el riesgo que corro,

por eso me preparo para abandonar este lugar, porque estoy viendo como el Mocho sigue vivo, porque aún respira, lo que está es inconsciente por el golpe que se dio en la cabeza. Luego comenzó a patalear con la única pierna que tiene, no hay dudas que está convulsionando.

A continuación se escuchó un disparo, y después cesó el movimiento.

No veo a la vieja por las cámaras; seguramente salió a pedir ayuda. Al ver por el monitor que registraba lo que sucedía frente a la edificación, visualicé una patrulla policial que se detuvo en la puerta principal, dicha área inmediatamente se llenó de policías. Estuve en una permanente alerta y muy nervioso; me preocupaba la parálisis, que desde la muerte de mi hija me asediaba permanentemente ante cualquier situación de estrés. Hubo un momento en que todos los policías, prácticamente comandados por la vecina, estaban aglomerados frente al paredón del patio por donde el Mocho se cayó. Planificaban cómo saltar a rescatarlo usando la escalera que llevó la vieja chismosa.

Esta era mi oportunidad para escapar; digo escapar, pero me apaciguaba el hecho de que no tenían ninguna prueba contra mi persona, simplemente no quería verme envuelto en este escándalo, amén de que estaba en juego mi reputación. No pude hacer más nada, tuve que salir de allí, las circunstancias me lo permitían y así lo hice. Me marché tranquilo, con mi ropa de paisano, la que previamente preparé para no despertar ninguna sospecha; hasta un sombrero de cogollo me puse, con mis alpargatas desteñidas y mi franela a medio ensuciar. Me alejé del sitio a una distancia prudente, desde donde pudiera apreciar parte del resto de los acontecimientos.

Los policías, al no poder saltar la cerca, perdieron la calma y rompieron la puerta de la entrada, una puerta tan resistente y costosa. Entraron muy agitados, de miradas desorbitadas, con la vieja al frente, la que al ver todo aquel macabro espectáculo se llevó la mano al pecho, pero cuando vio a su hijo inerte, y los gendarmes corroboraron que estaba muerto, emitió un solo ¡ay! y cayó al suelo inconsciente.

Por el movimiento policial apostado en la puerta principal,

ya derrumbada, una poblada se aglomeró frente a la casa; los que lograban burlar la barrera de gendarmes entraban para en lo inmediato salir estupefactos con lo poco que lograban ver. Yo volví a entrar en momentos en que la muchedumbre al tratar de ser contenida por los policías en ristra, golpeaban con sus rolos de madera a las personas que estuvieran a su alcance. Una vez despejada la entrada, traían a Chelina suspendida por los brazos y piernas, convulsionando, con espuma sanguinolenta dispersa en casi toda su cara, los ojos estaban en blanco. Cuando trataron de meterla en la camioneta policial para llevarla a la medicatura, se oyó su último gemido...

El Museo del Dolor lo tomarían los cuerpos policiales para hacer investigaciones y buscar culpables; simultáneamente se habló de terminar de construir el cementerio. Las momias fueron tapadas con sábanas grises y después de las respectivas investigaciones se contactarían familiares para ver si se les daba cristiana sepultura. Las opiniones eran de la mayor diversidad, desde lo mágico y esotérico que le atribuían la presencia de momias a cosas del demonio, hasta otras sencillas, pero de mayor credibilidad, decían que el autor de todo esto escapó por los caminos verdes, y seguramente era algún peruano de esos que conocían técnicas de momificación muy avanzadas. Otras más sofisticadas hablaban de algún científico loco que hacía experimentos tratando de revivir a los muertos. Solo la vieja chismosa antes de su muerte declaró a la policía que allí estuvo por muchos días el doctor Parabaviré, y luego un extraño lo acompañó por más de una semana.

Retorné a la capital sin riesgo alguno de comprometimiento legal en relación al escandaloso caso de las momias de San Juan; luego me reporté a mi departamento de la universidad. Volví de mi supuesto viaje y mis investigaciones por toda Suramérica sobre las culturas indígenas y sus técnicas de momificación. A lo largo del retorno a mi casa pensaba que todo el sueño del malparido había terminado. Me dolía aceptar que él había sido superior a mí en la carrera con la que me casé para toda la vida, y habiendo sido mi alumno, con lo poco que le enseñé logró superarme. Siempre comprendí que nuestra relación no fue casual, algo superior nos acercó.

Él me contaminó de su dolor y su desgracia, ya que venía con traumas de la pobreza y de la aberrante educación que su madre le inculcó. La naturaleza nunca debió albergarlo en el vientre de Edecia, la que labró su paradójico destino, porque ella tenía una matriz amargada, como lo fue la de mi madre. Hasta se me ocurre pensar que sí el majestuoso Orinoco no le hubiera salvado la vida a ella, depositándola en los copos de esa ceiba, él se hubiera incubado en otro vientre, sin estar signado por esa sombra que lo torturó hasta su muerte. En cambio yo que surgí de la nobleza tuve que vivir muy solo, porque mis amigos de la infancia tenían que ser selectos, lo que conllevó a que nunca los tuviera; mi madre, en sus conflictos con mi padre, cuántas veces me usó para tratar de doblegarlo en sus barbaridades. Muchas cosas de las que sucedieron en mi crianza me ocasionaron frustraciones y traumas afectivos; con todo eso, y a pesar de las extremas diferencias de nuestros orígenes, en la práctica y en nuestras conductas en la vida: literalmente éramos iguales.

Estoy seguro de que en esa interacción humana muchos de mis trastornos y sus graves consecuencias las sufrió él, porque en una vinculación confusa yo se las induje; pero esa relación tuvo un costo muy alto para mí, porque me ocasionó pérdidas personales afectivas, me contaminó de su dolor, volví a cometer actos ilícitos ya superados y se repitieron hasta las frecuentes ingestas de alcohol por las angustias que él me ocasionaba. A veces relaciono su catastrófica existencia con sus traumas, su procedencia y los medios que tuvo que utilizar en la ciudad, incluida mi familia, para alcanzar el éxito. Hoy no sé quién está mejor en este tránsito vital: él, que se fue; o yo, que me quedé.

Contenido

Capítulo I	
Edecia, la de la matriz amargada	5
 Capítulo II	
Profesor Hogilling vs. Destino	41
 Capítulo III	
Las perversiones	73
 Capítulo IV	
Muerte de Etanislao	151

Este libro fue diseñado y exportado para su publicación en AMAZON por SULTANA DEL LAGO EDITORES, en los talleres gráficos del poeta Luis Perozo Cervantes, en Maracaibo, estado federal del Zulia, en el continente americano, del planeta tierra; a los 13 días del mes de abril de 2022, el mismo día del año 1905 en que nace Antonio Angulo, artista zuliano de vanguardia, que realizó cuadros abstractos geométricos en la década del treinta y principios de los cuarenta, incluyendo el célebre plafond y la lámpara del teatro Baralt.